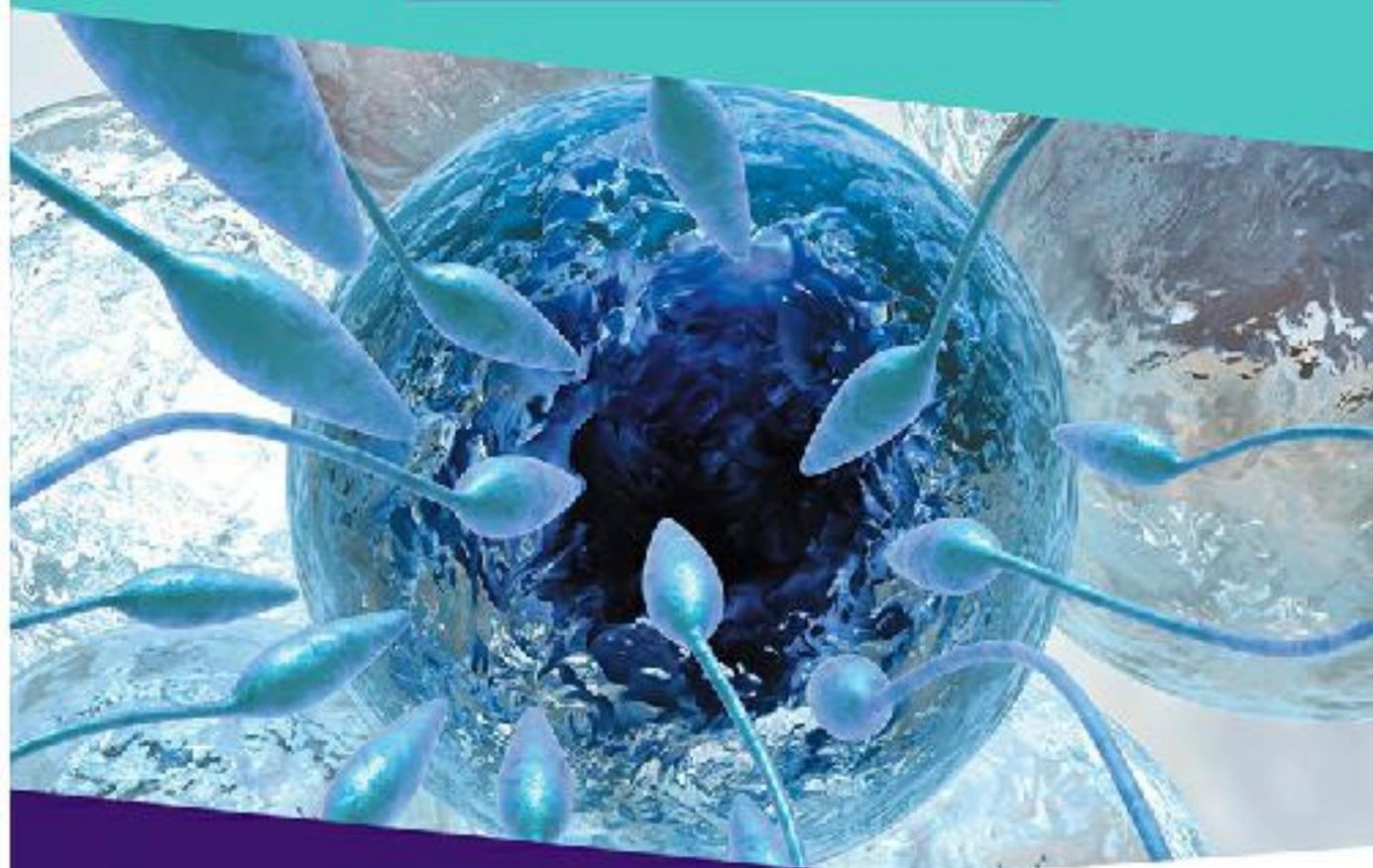


CARLOS A. BOCCARDO



FRAGILE VITA

Cuentos Encadenados

 AUTORES DE ARGENTINA



Un libro ágil y ameno. Sagas de cuentos con microcuentos dentro. La vida y la muerte, el suspenso y el humor, el amor y el desamor. Debut literario de: El Loco Freedom y su psiquiatra, Bernardo Balbor y sus muertes, los Tres Enanos de "Las Tres Palmeras", Victorio Mambetini y su Taj Mahal de arena, Superyó y el Melancólico, Arcagno el Devastador y muchos más. Participación estelar de: Drácula, Pinocho, Dr. Jekyll y Mr. Hyde, Otelo, Don Quijote, Dorian Gray, Robinson Crusoe y otros grandes clásicos de la literatura universal. 42.048 palabras ansiosas y en sus puestos, esperando que levanten el telón



Carlos A. Boccardo

Fragile vita

Cuentos encadenados

ePUB v1.0

3L1M45145 17.10.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *El título del libro*

Boccardo, Carlos Alberto

Diseño de maquetado: Maximiliano Nuttini

Diseño de portada: Justo Echeverría

Editorial Autores de Argentina

Ilustraciones: El nombre del ilustrador

Fragile vita : cuentos encadenados / Carlos Alberto Boccardo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2016.

ISBN 978-987-711-552-9

Editor original:**3L1M45145** (v1.0)

ePub base v2.1

A mi esposa, mis hijas, mi madre y mi hermana.

1. El loco viaje del loco Frengdom

“El mejor invento de Dios es el hombre... o viceversa”.

Anónimo.

El Loco Frengdom

Ya nadie se anima a nombrar al Loco Frengdom. Él es parte de las pesadillas que al despertar no se cuentan, por miedo a que encuentren un camino a la realidad.

De niño, su madre miraba sus ojos e imaginaba que sería un hombre bondadoso, compasivo y alegre. ¿Cómo imaginar un futuro distinto, frente a esa mirada tierna e inocente? Y, sin embargo, algo salió mal. En algún momento algo se torció y una noche negra cayó para siempre sobre el destino de Frengdom.

Pero no me anticiparé.

Mostraré, de a poco, los retazos de la historia de Frengdom que he podido armar. Seguramente escucharán muchas otras, tal vez distintas o más próximas. Pero mi historia tiene el sello de su propia voz.

Sí, Frengdom me la ha transmitido. A veces de forma confusa, caótica, apasionada y hasta contradictoria. Otras, con cansancio y resignación. Pero ha sido su voz.

Escúchenla ahora ustedes. Conozcan la historia de un hombre de contagiosa oscuridad

Frengdom niño: Los primeros temblores

Frengdom niño fue feliz. Frengdom niño fue infeliz. En el medio, la tragedia.

Su familia era de origen humilde. No pasaba hambre ni tampoco sobraba nada. Tenía un perro llamado Bastón, una madre cariñosa y protectora, muchos sueños y una vida de aventuras por delante.

Frengdom padre, en cambio, ya no sentía que aún tenía sueños y una vida por delante. Era trabajador y atento en los momentos en que se encontraba sobrio. Cuando no lo estaba, había que cuidarse de él.

El alcohol lo empujaba, pero era la frustración la que lo volvía violento.

Una noche, como tantas, se bebió toda su frustración en una botella de vino y regresó furioso a su casa.

Bastón conocía a Frengdom padre, generalmente se quedaba quieto debajo de la mesa cuando escuchaba que los pasos venían tambaleantes. Pero esa noche su reacción fue distinta.

Tal vez fue que el perro ya estaba viejo y no escuchaba bien o, tal vez, su instinto lo engañó. Quizá porque de cachorro las cosas eran diferentes y algo de aquella época perdida volvió por un instante.

La cuestión es que Bastón fue corriendo a recibirlo, meneando su cola. La patada en el cráneo fue terrible. Se retorció en el piso. Los ojos se apagaron asombrados. Su cola se quedó quieta.

Frengdom padre maldijo.

Frengdom hijo quedó inmóvil en su silla. Al contrario de Bastón, sus ojos brillaban como nunca.

Por primera vez sentía en su mejilla caer una lágrima distinta a las que conocía. El dolor de lo irreparable.

Su padre lo miró furioso.

-A dormir, mi amor – escuchó que su madre le decía, acariciándole la cabeza y mirando a su marido. El hombre desvió la mirada, tomó a Bastón en sus brazos y se fue de la casa.

Frengdom niño ya no era tan feliz.

Pero aún tenía una madre cariñosa y protectora, sus sueños y una vida de aventuras por delante.

Requiem para Bastón

Era un cachorro de ojos vivos y destino incierto. La madre de Frengdom lo encontró abandonado en una calle olvidada. Frengdom padre accedió a los deseos de su mujer y el cachorro quedó como mascota. Frengdom hijo intentaba dar sus primeros pasos y, para hacerlo, solía apoyarse en el cachorro. Por ese motivo lo bautizaron Bastón. El bastón del pequeño Frengdom.

Fue un perro alegre y leal. Hasta que los años y la furia de Frengdom padre lo volvieron cauto, precavido, algo ausente. Pero una noche, su espíritu aún alegre lo descuidó. Fue en un mal momento. Siguió un inmerecido final. No tuvo tumba. Su cuerpo quedó rígido para siempre entre los despojos de un basural.

Frengdom hijo se sintió trastabillar cuando marchaba hacia su cuarto. Su mano quiso apoyarse instintivamente sobre el perro, pero ya no estaba. Irreparable.

“Descansa en paz, Bastón”.

Inevitable

Era inevitable para la trágica historia de Frengdom que también su madre desapareciera de su vida. Nunca fue muy claro en este punto: a veces declaró que su madre había muerto por enfermedad, otras veces dijo que los había abandonado. De una forma u otra, veía a su padre como el responsable.

Por lo que pude comprobar en mis investigaciones, su madre murió cuando él tenía 10 años. Fue suicidio.

Probablemente por este motivo Frengdom declaraba en algunas oportunidades que su madre los había abandonado.

Era un punto en el que él no quería ahondar y en el que sentía gran negación y contradicciones.

Ahora sólo le quedaban sus sueños y una vida de aventuras por delante.

Rumbo a las aventuras

En adelante, Frengdom padre se encargó de destrozar cada sueño que intentara emerger de Frengdom hijo. Lo alejó de los estudios y los juegos, lo convenció de su inutilidad, le encargó los trabajos de la casa y lo enviaba a mendigar para traer dinero. Lo castigaba físicamente y lo culpaba de la ausencia de la madre. Frengdom padre ahora estaba ebrio de frustración y también de crueldad.

Frengdom hijo lo acuchilló en el cuello al cumplir sus 15 años, como auto-obsequio de su aniversario.

“Matarlo era ya mi único sueño” – me confesó.

Ahora sólo le quedaba una vida de aventuras por delante. Y hacia ellas huyó.

A la conquista de los cielos I: Génesis

Frengdom estaba enojado y había aprendido a matar. No tenía perro, no tenía madre, no tenía sueños. Tampoco tenía ahora a su padre. Esa era su única satisfacción.

Una noche junto al fuego, en una ronda de desamparados, Frengdom estaba pensativo. Veía locura y miseria a su alrededor.

¿Quién era el culpable? ¿Su padre? ¿O su madre, por dejarlo solo junto a él? ¿O el culpable era el mundo, por enfermar de resentimiento a su padre? ¿El mundo era culpable? ¿O era víctima también?

Dios, el culpable era Dios. Alguna vez escuchó al cura hablar de Dios, como el creador de todo lo creado. Dios en las alturas. Dios en los cielos.

Dios riendo.

Frengdom frente al fuego era más fuego aún.

Dios riendo.

El alegre Bastón con el cráneo roto, la imagen de su madre desvaneciéndose cada día un poco más. Y su padre con un cuchillo en el cuello, cayendo en un círculo rojo.

Frengdom era más fuego que el fuego.

Dios riendo.

-¡Basta! – gritó. Levantó su vista, cerró sus puños y arengó a su pequeña horda de miserables y locos. - ¡A conquistar los cielos! – bramó, con el fuego consumiendo sus ojos.

Y la locura contagiosa reconoció a su líder y rugió.

-¡Matemos a Dios! ¡Matemos a Dios! – gritó y saltó enardecido.

El grupo se exaltó, comenzaron a empujarse, a lastimarse y vociferar. Todo fue en segundos una mezcla de alcohol y obscenidades, de desenfreno y lujuria. Era un aquelarre de desesperados, aullando su desesperación.

Frengdom elevó su mirada a las estrellas.

Todo estaba quieto arriba.

Tal vez Dios riera. Pero no esta noche.

Esta noche, no.

A la conquista de los cielos II: Apogeo de la locura

A la luz del fuego, el destino de Frengdom se oscureció para siempre.

Él y su pequeño ejército de harapientos y dementes comenzaron su conquista de los cielos.

Actuaban a escondidas y se refugiaban en las cloacas.

El plan era simple y terrible: cometer los peores pecados, desafiar a Dios y obligarlo a que se presentara para detener los crímenes. Una vez que Dios se manifestara, todo era válido para asesinarlo. Desde arrojar pedradas para lapidarlo hasta convocar a las legiones de Satán para que ellas se encargaran de Él. En principio, sólo tenían que motivarlo para que apareciese.

Torturaron a hombres y mujeres por igual. También mataron a niños y bebés. Antes de cada muerte le daban a Dios la oportunidad de que se presentara.

-Preséntate Padre y salva a esta criatura – susurraban. Ante la falta de respuesta exclamaban: - ¡Entonces Tú lo asesinas! - Y ésa era la última frase que escuchaban sus víctimas.

Cada uno de esos crímenes fue imperdonable. Pero, increíblemente, crecía el número de seguidores de Frengdom en las cloacas de la ciudad.

A la conquista de los cielos III: Loas a Frengdom

Frengdom se sentía un Dios. Un Dios ebrio. Un Dios ebrio de sangre, demencia y maldad.

Cuanto más crecía su locura, más la contagiaba a su alrededor. Tras los crímenes, sus seguidores dejaban la F dibujada con sangre, con los extremos como puntas de flechas.

Y luego le oraban:

“Bendita sea tu maldición, Frengdom, que asusta al Pastor y a su rebaño. Danos la justicia que no tuvimos. Danos la venganza de nuestros sufrimientos.

Acaba con el Farsante que se mantiene en su trono, que empuja nuestros brazos para acabar con sus leales. Estaremos a tu lado y jamás nos rendiremos. Nosotros te rogamos: ¡conquistanos los Cielos!

Y si eres vencido: ¡conquistanos el Infierno!”.

Pero el Infierno ya estaba conquistado. Estaba en esas cloacas y Frengdom era su rey.

A la conquista de los cielos IV: La caída

Las muertes y desapariciones llamaron la atención. La policía investigó y llegaron a las cloacas. La mayoría peleó hasta morir. A Frengdom lo atraparon vivo. La gente de la superficie intentó lincharlo. Lo declararon insano.

Su nombre atemorizará a niños durante generaciones.

Ahora está recluido en una celda de este loquero. Habla sólo conmigo y yo intento entender. Los medicamentos han ido minando severamente su locuacidad. Sus desvaríos son ya inofensivos. A veces me llama Dios y cree que aparezco para enfrentarlo. Sólo sus ojos llamean, pero su cuerpo está muy débil. Ha recibido muchas golpizas desde las cloacas a hoy. Se está apagando.

Frengdom incomprendido

La respiración de Frengdom es lenta, fatigosa. Me preocupa.

Acá llegan los enfermeros. Son dos, uno es nuevo. Tal vez el nuevo no me ignore, como han hecho todos desde que atiendo a Frengdom.

El enfermero viejo le está enseñando el recorrido al nuevo. Qué debe hacer y cómo debe medicar a los internos que lo requieran.

Le señala a Frengdom. Le dice que es un loco tranquilo. No habla, no responde, casi no se mueve. Le dice que a veces lo envidia. Que seguramente se construyó un mundo feliz del que no quiere salir.

Me abren la boca, me fuerzan a tomar la medicación. ¡Otra vez me confunden con Frengdom! ¡Me

confunden sólo porque ocupamos el mismo cuerpo!

-Debe ser feliz en su mundo – dice el enfermero viejo.

-Pero no sonrío... - agrega dudando el nuevo.

El enfermero viejo encoge sus hombros y se van.

Frengdom llegó aquí alguna vez, sin perro, sin madre, sin sueños. Pero sus aventuras, sus aventuras fueron innumerables, geniales, terribles, despiadadas. ¡Qué pueden saber esos enfermeros!

Final

Casi no puedo respirar, estoy llegando a mi final, lo presiento. Es curioso, pero tampoco Frengdom puede respirar. Parece que nos iremos juntos. Lamento que ya no conserve las suficientes fuerzas para intentar comprenderlo. Aunque tampoco sé si aún vigoroso lo hubiese conseguido. Se va y me arrastra con él.

¿Avivará su espíritu la muerte o se apagará para siempre?

Ya no nos quedan fuerzas.

Post-Final

Los enfermeros encontraron el cuerpo muerto. Nadie en ese lugar supo nunca que su nombre fue Frengdom. Tampoco conocieron su historia. Ni las intensas aventuras que febrilmente se agitaron en su mente.

Para ellos sólo fue un demente desamparado que el Estado dictaminó recluir en ese manicomio.

Sólo quedó un papel garabateado con letra temblorosa, junto a su cuerpo.

En él se leía:

“Fui cruel.

Dios también”.

2. Las Aventuras Literarias de Luciano Valdías

¡Plop!
(Condorito)

La Librería Mágica

Hay una elite de compradores de libros que lo saben pero lo ocultan: existe una librería mágica que aparece una vez por año en la ciudad. En esa librería se pueden comprar libros únicos y maravillosos. El problema es que la librería aparece sólo por unos minutos.

Además, nunca aparece dos veces en el mismo lugar. El que la busca, no la encuentra. Y el que la encuentra no sabe que es una librería mágica.

Si el cliente no sale a tiempo, desaparece con la librería y no se sabe más de él por un año. Un año exacto.

Luciano Valdías entró a la librería una tarde de lluvia. Estaba buscando un libro para regalar a Verónica, una chica que le gustaba y a la que tímidamente se iba arrimando.

Como no estaba muy seguro de qué tipo de libro buscar (en rigor de verdad, tampoco estaba muy seguro de regalarle un libro), fue paseándose lentamente por los estantes. Tomó algunos libros, los hojeó, los dejó en su lugar.

Hasta que, repentinamente, una densa niebla comenzó a poblar la librería. Luciano pensó que era el comienzo de un incendio y corrió hacia la salida.

La niebla lo cubría todo. Luciano creyó encontrar una puerta y la abrió. Ya no llovía y el sol estalló en su cara. Faltaba la avenida, el tráfico, los edificios. Todo era verde y campo.

Una figura alta y delgada, que vestía una antigua armadura, se acercó a él. Lo acompañaba un hombre regordete con un burro.

-¿Quién eres? – preguntó Luciano.

El hombre lo miró extrañado y respondió:

-Don Quijote soy, y mi profesión la de andante caballería. Son mis leyes, el deshacer entuertos, prodigar el bien y evitar el mal. Huyo de la vida regalada, de la ambición y la hipocresía, y busco para mi propia gloria la senda más angosta y difícil. ¿Es eso, de tonto y mentecato?

Luciano abrió la boca pero no dijo nada. Quedó perplejo observando al caballero de la triste figura durante unos cuantos segundos. Luego se rascó la cabeza.

En uno de los lados, el burro rebuznó.

Don Quijote y el Zorro

Luciano vio arremeter a Don Quijote contra unos molinos de viento. Él acusaba que eran gigantes y Sancho Panza intentaba advertirle de su error.

En el instante en que Don Quijote estaba por caer derrotado, Luciano escuchó que alguien le chistaba. Al girar su cabeza se encontró con un zorro.

El zorro volvió a chistarle y le hizo un ademán para que fuera con él. Luciano se señaló a sí mismo, como dudando de a quién se refería.

-¡Sí, usted! ¡Venga! – le dijo el zorro.

Luciano caminó hacia el zorro. Pero tuvo un poco de temor y se detuvo unos pasos después.

-¡Pero, por favor...! – exclamó el zorro - ¡No tenga miedo! ¿No ve que soy un zorro domesticado? ¡Venga que le estoy haciendo un favor!

-¿Qué favor...? – preguntó Luciano

-¿Usted tiene idea de la cantidad de páginas que tiene el Quijote? Y recién está arrancando. Se nota que usted todavía no está preparado. Quédese con lo que vio, que ya bastante para pensar tiene con eso. Acompañeme ahora. Desde que fui domesticado, no me gusta estar mucho tiempo solo. Extraño al Principito. Él era de un asteroide, no recuerdo cuál. Él me domesticó y me hizo especial.

-¿El Principito? ¡Lo he leído de niño! Fue escrito por Antoine de Saint Exúpery – Luciano sonrió satisfecho de su buena memoria.

-Caramba, todos sabemos que Antoine de Saint Exúpery es el Dios Creador.

-¿El Dios...? No, no... - negó Luciano – Él era un hombre. Un aviador. Un escritor.

-Por favor, caballero, no quiera discutir de teología conmigo. Él fue quien creó al Principito, al asteroide, a mí y a todos. Si es ateo, allá usted. Yo tengo muy claras mis convicciones religiosas. Mejor sigo solo. – Y el zorro se alejó corriendo.

-¡Espere! – gritó Luciano. Y salió corriendo detrás del zorro.

Pero era demasiado rápido para él.

No despierten a Desdémona I

Luciano encontró entre unos pastizales una casucha vieja. Al abrir la puerta, encontró una gran oscuridad. Corrió unas cortinas y la habitación se iluminó tenuemente. Ahora parecía mucho más grande y el lujo no concordaba con la apariencia que daba la casucha por fuera. Luciano dudó de dónde estaría realmente, pero sus cavilaciones duraron poco. Creyó escuchar el sonido de una exhalación, de una respiración agitada.

Agudizó la vista a su alrededor y comprendió que estaba en un dormitorio. Un dormitorio con una gran cama. Una gran cama en la que descansaba una hermosa mujer.

La puerta se abrió. En el marco aparecieron las figuras de dos hombres, vestidos como en la representación de alguna antigua obra de teatro. Uno de ellos lucía intimidante: era robusto, de piel oscura, sus ojos parecían despedir chispas de fuego y de su costado colgaba un sable.

-Perdón – se excusó Luciano – Parece que estoy interrumpiendo un ensayo.

-¡Oh, mi noble señor Otelo! – exclamó el individuo más pequeño –Este extranjero, al que no conocemos, tiene modales muy atentos.

-¡Yago, este hombre está en mis aposentos! – gritó furioso Otelo

-Mi señor, posiblemente este buen caballero estuviese perdido y por tal motivo llegó a tu habitación. Seguramente fue deseo del azar que tú no estuvieras en ese momento, pero sí la virtuosa Desdémona. Es curioso verla yaciendo agotada en la cama y él tan cerca. Estas casualidades ocurren, mi señor. Que la cama esté deshecha como si dos amantes se hubiesen revolcado entre sus sábanas no tiene por qué significarnos nada.

Otelo gritó desenchajado y arrojó lejos una silla de un puntapié. Luciano retrocedió asustado. Desdémona despertó. En la tenue luz de la habitación, la mueca de una sonrisa escapó de los labios de Yago.

No despierten a Desdémona II

Luciano intentó recomponer su compostura.

-Evidentemente son actores de método, muy comprometidos y apasionados. Pero creo que será mejor que me vaya.

Otelo apretaba fuerte sus puños, mientras su pecho se contorneaba bruscamente por la respiración agitada.

-¡Mi amado! – exclamó Desdémona - ¿Qué es lo que ocurre?

-¡Mi señor! – intercedió Yago -. Con tanto ruido hemos despertado a Desdémona de su dulce e inocente descanso.

-¡Quién es este hombre! – gritó Otelo a Desdémona, señalando a Luciano.

-¡No lo sé! – se defendió Desdémona -. Estaba inmersa en mis sueños, y en mis sueños estabas vos, mi amado. Yo estaba agitada y feliz, tus manos estaban sobre mi cuerpo y tus labios me buscaban. Pero ahora desperté con sobresalto y asustada por tantos gritos.

-Mi señor – susurró Yago –, quizá Desdémona estuviese en tal estado de somnolencia que supuso estar soñando. Es posible que al creer que todo era sueño confundió al extranjero con vos. No deberíamos dudar de su honra por eso, mi señor. Si el extranjero le ofreció sus caricias y sus besos, seguramente ella lo permitió por creer que él eras vos. Los sueños confunden las apariencias. Aunque este sueño debió confundirla bastante, porque ese extranjero no se os parece en absoluto, mi señor...

-¡Los mataré! – aulló Otelo, al tiempo que blandía la espada con su mano derecha.

Luciano comenzó a correr alrededor de la cama, seguido por Otelo. La puerta de un armario se abrió intempestivamente y Luciano vio asomar la cara de un muñeco de madera:

-¡Por aquí, por aquí! – gritó Pinocho.

Luciano, casi alcanzado por Otelo, saltó dentro del armario. Otelo golpeó fuerte con su espada cercenando un pedazo de nariz de Pinocho.

El sol brillaba e inexplicablemente ya estaban fuera de la habitación.

-Tú nariz... - señaló Luciano hacia el rostro de Pinocho.

-No importa – le dijo Pinocho -. Volverá a crecer.

Luciano sonrió e, inmediatamente, cayó desmayado.

Conociendo a Pinocho I

-Me gusta espiar a Otelo porque tiene mucha pasión – le dijo Pinocho a Luciano -. ¡Es tan humano que lo envidio! Pero el que lo enferma es el otro: Yago.

-¿Y qué pasará ahora con Desdémona? – se preocupó Luciano.

-Otelo la matará por sus celos. Ella ya lo sabe, porque siempre termina matándola. El destino está escrito.

-Fui muy cobarde – bajó su cabeza Luciano -. Podría haberla defendido.

-¡No debes reprocharte! – intentó consolarle Pinocho -. Todos tenemos nuestra naturaleza y nuestro carácter ya delineado. Lo que los dioses no te han dado, entonces no puedes usarlo. No todos cargamos con la misma tinta en nuestras venas.

-Basta ya, Pinocho. Cada cual forja su carácter y su destino. ¡Ya no seré un cobarde!

-¿Serás valiente? – preguntó Pinocho en tono burlón.

-¡Sí, seré valiente! ¿Acaso no lo crees? – se irguió con enojo Luciano.

-¡Por supuesto que te creo! – respondió con seriedad Pinocho.

Enseguida, su nariz creció unos cuantos centímetros.

Conociendo a Pinocho II

Luciano y Pinocho estaban ahora en una pradera llena de puertas. Puertas sin paredes ni techos ni ventanas. Sólo puertas. Luciano resopló y lanzó la pregunta que lo angustiaba.

-¿Dónde estamos? Recuerdo que estaba en una librería. Luego comenzó un incendio, intenté escapar... ¿Estoy muerto?

-No – respondió Pinocho. Y Luciano se sintió feliz al ver que la nariz no le crecía -. Estás donde vivimos los que alguna vez fuimos leídos por ti. Somos retazos, malformaciones de nuestras auténticas historias. Estás en un mundo de héroes, aventureros, pensadores, dementes, románticos, cínicos y asesinos. Un mundo peligroso, Luciano. Para todos nosotros el destino está escrito, pero en este mundo tenemos ciertas libertades.

-¿Por ejemplo? – preguntó Luciano.

Pinocho sonrió tiernamente y levantó la suela de su zapato. Ahí se veía la figura de quien fuera Pepe Grillo.

-¿Quién quiere escuchar todo el tiempo: “esto está bien” o “esto está mal”? Supongo que lo último que pensó Pepe Grillo fue que pisarlo estaba mal – rió Pinocho.

-Yo sólo quiero ser un niño de verdad – dijo acercándose a Luciano, mientras exhibía una sonrisa inquietante -. ¿Tú que quieres ser?

-Yo, yo... - titubeó Luciano. Pinocho se acercó un poco más. Luciano abrió una de las puertas de la pradera y desapareció tras ella.

-¡Pensé que querías ser valiente! – gritó Pinocho. Y se fue saltando y tarareando una canción infantil.

Don Quijote y el amor

Luciano se alivió al ver que la puerta tras de sí quedó cerrada. Continuaba en una pradera salpicada de puertas, pero ahora el pasto era más amarillento y el viento soplaba más fuerte. Era como si estuviera en el mismo lugar, pero en otra estación del año.

Vio a Don Quijote pensativo, sentado a la sombra de una roca. A su lado estaba Rocinante, su caballo. Pero ni Sancho Panza ni su burro estaban a la vista.

Luciano se acercó a Don Quijote.

-No puedo menos que admirarte – le dijo Luciano -. En la fiebre de tu locura eres valiente y estás

enamorado. En cambio mi cordura vive habitada de temores.

-El amor nunca hizo ningún cobarde – respondió Don Quijote.

Luciano lo miró y sintió que en su pecho faltaba latir esa fuerza vital, ese sentimiento que vuelve al débil poderoso.

-Es verdad. ¡Yo también buscaré el Amor Verdadero!

-Cuidado – dijo con seriedad Don Quijote -. Que no sea la gentil Dulcinea del Toboso. – Y apoyó la mano en su lanza.

-Descuida – susurró casi ahogado Luciano. Y se fue dando pasitos rápidos.

La Taberna de Las Palabras

Encontró Luciano una taberna, donde muchos parroquianos comían y bebían alegremente. Pronto vio Luciano que en este extraño mundo lo que se consumía se pagaba con palabras.

En el centro de la taberna, en una mesa grande, había un banquete entre dos payadores y algunos invitados.

En los rincones la luz era magra y pocas mesas estaban ocupadas. Luciano se sentó frente a una de ellas. Al poco rato se presentó una mujer que arrastraba unos cuantos kilos, un delantal bastante sucio y desprolijo, un trapo en sus manos y un pañuelo rosa atado en su cabeza.

Pasó rápidamente el trapo por la mesa y le dijo a Luciano:

-Se paga por adelantado. Se come y se bebe dependiendo del pago. Lo escucho.

Luciano ya había entendido este método, pero ahora no sabía qué decir.

-Humm – murmuró vacilante -, perdemos mucho tiempo lamentándonos del tiempo perdido... - sonrió Luciano al terminar su frase.

La mujer se quedó mirándolo seriamente. Luego levantó sus cejas como esperando el resto. Luciano se mantuvo callado.

-¿Es una broma? – preguntó la mujer.

Luciano negó con la cabeza, bajando un poco la mirada porque sentía vergüenza.

La mujer resopló y le dejó un pan y un vaso de agua.

-No quiero imaginar lo que será la propina – se alejó refunfuñando.

La Taberna de Las Palabras y Dorian Gray

Un hombre apuesto y desenvuelto se paró frente a Luciano.

-¿Me permite compartir la mesa con usted? Odio cenar solo.

-Sí – concedió Luciano, mientras terminaba de comer las migas de su pan.

-Permítame presentarme. Soy Dorian Gray.

-Encantado, Luciano Valdías – y se estrecharon la mano.

-¿No pensará cenar solamente ese pan con ese vaso de agua, verdad? ¿Le parece bien un poco de vino y algo salteado para pellizcar? No se puede pedir mucho de este lugar, pero sí algo más que pan y agua.

-Ehmm – balbuceó Luciano -, me gustaría, pero la señora que nos sirve es un tanto... rigurosa.

-¿Rigurosa? – preguntó Dorian y, enseguida, estalló en carcajadas - ¡Veo que tiene usted un

exquisito sentido del humor! Esa mujer es ordinaria, vulgar, mi querido amigo. Solamente bastarán algunas frases con un poco de ingenio, para que podamos alimentarnos decentemente. ¿O acaso le parece que es éste un lugar de gustos caros?

-¡Camarera! – Dorian Gray levantó ampulosamente la mano. La mujer retornó a la mesa rezongando.

-Disculpe – le dijo Dorian Gray a la mujer, dibujando admiración y asombro en su rostro-, ¿la señorita quiere compartir la mesa con nosotros? Será un gran honor y un placer para nuestros ojos el cenar esta noche con su compañía. Ya llamé a la camarera, no deberá siquiera esperar para hacer su pedido.

-Es que no vengo a cenar – dijo la mujer confundida -. Yo soy la camarera.

-¿De verdad? ¡Acepte mis disculpas! Debo confesar que aunque aquí el menú es tentador, es el servicio el que luce más apetecible.

La mujer rió con risa franca y grotesca. Hizo un gesto con sus manos como rechazando con simpatía la exageración.

-Por favor, señor. Me hace usted reír. ¿Qué es lo que desea?

-Creo que no podré decir abiertamente lo que deseo, señorita, porque temo que me considerará usted un atrevido. Así que me concentraré solamente en el alimento. Quisiera pedir una variedad de platillos con carne, queso y algunas otras menudencias para degustar con mi amigo. Y vino, por supuesto, para que podamos acompañar esas delicias.

-Será un placer, señor. Pero sabrá usted que se paga por adelantado. Si bien algo de su comida se podría considerar ya paga – dijo sonriendo -, aún no alcanza para todo.

Dorian le guiñó un ojo.

-Muy bien, dígame usted cuando sea entonces suficiente.

Dorian se puso de pie, dio la vuelta a la mujer y acercándose a su oído susurró:

-Uno debería estar siempre enamorado. Por eso jamás deberíamos casarnos.

La mujer rió despacio, tapando su boca.

Luego Dorian se puso frente a la mujer y tomando sus manos exclamó:

-¡El único deber es el deber de divertirse terriblemente!

La mujer asintió y volvió a reír.

-Créame mi querida dama, para la mayoría de nosotros la verdadera vida es la que no llevamos.

-Aunque soy hombre de virtud, es terriblemente triste que el talento dure más que la belleza.

-Los solteros ricos deberían pagar más impuestos, no es justo que unos sean más felices que otros.

-A veces pienso que al crear al hombre, Dios sobreestimó un poco su habilidad.

Luego Dorian acercó sus ojos a los de la mujer y suavemente murmuró:

-Logro resistirlo todo, menos la tentación.

La mujer escupió su risa sobre la cara de Dorian Gray.

-¡Suficiente, suficiente! – dijo - ¡Voy a buscar los platillos y el vino! ¡Pero antes tengo que ir al baño! - Y se alejó dejando una sonrisa amplia e incompleta.

Dorian Gray volvió a sentarse, mientras limpiaba su rostro con un pañuelo.

-Como le dije mi amigo, sólo algunas pocas frases sin demasiadas pretensiones. Las he heredado de mi creador, el señor Oscar Wilde. Tengo la bolsa llena de ellas, pero como verá, no estamos en un lugar que merezca gastar demasiado.

-Al menos la camarera ha quedado satisfecha. Se la veía muy complacida – comentó Luciano.

-Ciertamente – afirmó Dorian -. Una hermosa sonrisa para tan pocos dientes.

Luciano rió con Dorian Gray, aunque forzó su risa porque ya estaba seguro de que Dorian no le caía bien.

La mitad del alma

“Los buenos terminan felices; los malos, desgraciados. Eso es la ficción”. Oscar Wilde.

Dorian Gray y Luciano caminaban vacilantes por unas calles empedradas, Todo era alcohol y estrellas. Dorian tenía su brazo sobre el hombro de Luciano y ya no se trataban de usted.

-Tengo un secreto, Luciano: mi alma está corrompida.

-Entiendo. Yo tengo mis uñas mugrosas – dijo Luciano, extendiendo sus manos.

Dorian sonrió.

-Al verte, Luciano, supe inmediatamente que eras un joven simpático y de pocas luces. Y esas pocas lucecitas titilantes que aún resistían ya fueron apagadas por el alcohol.

-Me gustaba más como le hablabas a la camarera.

-No importa, Luciano. No soporto más la fealdad de mi alma. ¡Dame la mitad de tu alma ingenua, Luciano! ¡Toma la mitad de la mía!

-¿Y ahora quién es el de las pocas luces? ¡Es tan ridículo lo que estás diciendo! Es imposible.

-¿Entonces aceptas este trueque? – Luciano lanzó una carcajada – ¡Sabes que es un juego de borrachos y que nada pasará!

-Sí, sí. Todo me da vueltas y ya no soporto escucharte. Sí, acepto. Pero no hables más.

-Gracias, amigo – dijo Dorian Gray. Y acarició suavemente el lado izquierdo de la cara de Luciano -. Ahora descansa. Ya no te molestaré.

Dorian Gray se alejó a grandes pasos por el empedrado y Luciano se recostó contra una pared.

Luciano cerró sus ojos y se apagaron las pocas luces que aún brillaban en el camino.

La metamorfosis – El Inicio

Por la mañana, Luciano despertó en la calle y con un fuerte dolor de cabeza. Sentía algo extraño, pero no podía definir bien qué era.

Abrió la puerta para entrar al pequeño hotel que estaba frente a él pero, como siempre, se encontró con algo distinto a lo que esperaba ver.

Apareció en un modesto dormitorio y un hombre joven dormía inquieto sobre una cama. Pero más extraño fue lo que comenzó a suceder: el hombre se transformaba en un insecto. Luciano restregó sus ojos. El hombre ahora tenía caparazón y muchas patitas.

Habitualmente Luciano hubiera escapado corriendo o se hubiera lanzado por una ventana. Pero no vio ventanas en el cuarto y la puerta ahora estaba cerrada. Además, sentía algo distinto en él: como una balanza que equilibraba su miedo y su confianza (cuando antes todo el peso recaía sobre su

temor). También sentía un cansancio profundo, aunque se mezclaba con la sensación de vitalidad fluyendo en su cuerpo.

El reloj marcaba las seis y media cuando el hombre, el insecto en verdad, se despertó.

-¿Eres Gregorio Samsa? – preguntó Luciano – He leído esto alguna vez.

El insecto emitió silbidos, gruñidos y resoplidos.

-Sí, eres Gregorio Samsa. Kafka fue bastante cruel contigo.

La metamorfosis – El Final

Primero llamó a la puerta de la habitación la madre de Gregorio Samsa. Luego su padre y, finalmente, su hermana Greta. Estaban preocupados por Gregorio, que debía haber tomado el tren de las cinco para ir a su trabajo. Ahora perdería también el tren de las siete.

Luciano vio al insecto balancear su caparazón sobre la cama, pero no conseguía bajar.

A los pocos minutos, escuchó la voz del gerente: “Buenos días, ¿está Gregorio en casa?”. Enseguida se escucharon unos pasos y otra vez la voz del gerente.

-No lo puedo creer, señor Samsa, yo había confiado en usted y usted ni siquiera quiere ir a trabajar.

Luciano vio al insecto girar con fuerza y caer de la cama a la alfombra. El insecto comenzó a caminar hacia la puerta, pero Luciano tomó el picaporte y logró abrirla antes.

Al abrirla, el gerente quedó espantado, la madre cayó desmayada y el padre amenazó con su puño.

-Mucho me temo que su hijo se ha convertido en un insecto – les dijo Luciano.

El gerente huyó corriendo. El padre de Gregorio vio a su hijo y cerró la puerta. La madre recobró la conciencia.

-Pero y usted... - señaló a Luciano

-Yo me llamo Luciano Valdías. Lamento esto.

-Pero y usted – insistió la madre de Gregorio Samsa -, usted... ¿qué es? ¿Qué pasó con mi hijo y con usted?

-No entiendo – dijo Luciano. Inquieto se acercó a un espejo y vio horrorizado su cara: el lado derecho estaba igual que siempre, pero el izquierdo había envejecido décadas. Recordó las palabras y la caricia suave de Dorian Grey. No tuvo voz siquiera para gritar y escapó de la casa corriendo.

En el cuarto de Gregorio volvieron a escucharse silbidos, gruñidos y resoplidos.

La metamorfosis estaba completa.

El joven, el viejo y el zorro

-Señor, disculpe señor, ¿me escucha? No tenga miedo, soy un zorro domesticado. Sé que para usted yo soy igual a otros cien mil zorros y también para mí usted es igual a otros cien mil hombres. Pero yo soy especial para alguien, ¿sabe? Para un niño de cabellos dorados como el trigo.

Luciano estaba sentado, apoyado contra un árbol. El zorro estaba parado a su costado izquierdo.

-Sí, lo sé. Ese niño es el Principito.

-¿También lo domesticó a usted, señor? – se alegró el zorro.

Luciano se puso de pie.

-No, pero ya tuvimos esta conversación – y dio un giro de 180 grados sobre sus talones. El zorro vio ahora el perfil joven de Luciano.

-¡Ah, eres tú! El joven e impetuoso ateo. Seguramente ahora estás molestando a ese pobre anciano que está pegado al otro lado de tu cara, burlándote de sus creencias.

-¿Pero no comprendes que soy la misma persona? – preguntó impaciente Luciano.

El zorro calló unos segundos y luego dijo: “Reconozco que no es común tu caso. Evidentemente tu lado izquierdo ha vivido y sufrido mucho más, porque ya es viejo”.

Luciano pasó el dorso de su mano por la mejilla derecha y, al sentir su piel fresca y suave, sonrió. Luego repitió el movimiento sobre la otra mejilla. La piel estaba seca, ajada y rugosa. Una lágrima se desbarrancó entonces por esa mejilla.

El zorro, que había cambiado de posición, le dijo: “No llore, señor... Usted parece un buen hombre”.

Luego dio unos pasos y se acercó al otro perfil: “Claro, si este jovencito impertinente y egocéntrico tratara de ayudarlo”. El zorro nuevamente dio unos pasos: “Pero es la juventud de hoy, señor. Se olvidan de sus mayores”. Y volviendo a rodear a Luciano, dijo: “Tal vez el señorito podría ser más considerado y...”

-¡Basta! – interrumpió Luciano. Y fue a esconderse detrás del árbol.

El zorro dio unos pasos tras él, pero entonces sus ojos vieron a lo lejos un campo de trigo. Y se quedó quieto allí, por largo tiempo, añorando unos cabellos dorados.

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Al dar la vuelta al árbol, Luciano se encontró entre unas calles estrechas y húmedas.

-Interesante – dijo alguien desde las sombras -. Ese es un nuevo giro a mi brebaje. Sus dos naturalezas se manifiestan, al mismo tiempo, en su cara.

-¿Quién está ahí? – se inquietó Luciano.

Un hombre apareció desde las penumbras de un rincón.

-Encantado. Soy el Dr. Jekyll. ¿Quisiera usted acompañarme a mi laboratorio? Es cruzando esa puerta. Tal vez lo pueda ayudar - Luciano desconfió, pero siguió al Dr. Jekyll a su laboratorio.

-Tome asiento, por favor – dijo el Dr. Jekyll -. Le explicaré: dentro de cada humano coexiste el bien y el mal en una lucha continua. Bien, yo he creído que es posible separar estas fuerzas antagónicas. He ido más lejos aún: he desarrollado una fórmula que permite que la fuerza oscura se manifieste en mí, mudando mi apariencia física. Ese es el señor Hyde. Pero también he creado el antídoto que me devuelve como el Dr. Jekyll.

Luego detuvo un momento su explicación y observó con atención a Luciano.

-Estimado Luciano, creo que en su caso, su señor Hyde es el costado izquierdo de su cara. ¿Cree que desvarió? Se lo demostraré.

El Dr. Jekyll bebió de la poción y luego de unas convulsiones terminó su transformación. Ahora su estatura era más baja y su apariencia desagradable. Era ya el señor Hyde.

Buscó con su mirada maléfica e inteligente a Luciano, pero no lo encontró. Hasta que sintió un ligero movimiento en la mesa de su laboratorio. Bajo ella se encontraba Luciano, acurrucado y

temblando.

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde II

-Luciano, salga de ahí. Ahora soy el señor Hyde. Todos mis instintos reprimidos se han liberado. Créame que se siente un gran bienestar. Puedo gozar de los placeres a los que el esmirriado Dr. Jekyll temía acercarse. Por eso él me ha dejado salir. Para vivir con plenitud a través de mí, Luciano. ¡Para vivir!

Luego de unas convulsiones, nuevamente estaba ante Luciano el Dr. Jekyll.

-Creo que usted es el único que me puede entender, Luciano. Usted convive con Jekyll y Hyde en la cara. Usted... - nuevas convulsiones afectaron al Dr. Jekyll, quien en poco tiempo quedó transformado nuevamente en el señor Hyde.

-Detesto al Dr. Jekyll. Es tan débil y tan hipócrita. Ya no lo necesito – otra vez las convulsiones dejaron al señor Hyde atrás.

-¡Luciano, ya no puedo controlar al señor Hyde! ¡Quiere apoderarse de mí! Es cada vez más fuerte y mi antídoto no está funcionando. El señor Hyde es un asesino, Luciano. El volverá a matar. Pero más terrible aún, ¡él puede dejarme expuesto! Admiro que usted tenga el valor de mostrar sus dos caras. Yo no puedo. ¡Y ahora el señor Hyde intenta controlarme otra vez! ¡No puedo permitirlo! ¡No puedo!

-Luciano daba pasos cortos y rápidos hacia atrás, hacia donde sabía que estaba la puerta. Cuando llegó, giró el picaporte con gran velocidad y, a una velocidad aún mayor, escapó hacia la calle.

-¡Luciano! – gritó el Dr. Jekyll - ¡No puedo permitirlo, Luciano!

En la soledad de su laboratorio, el Dr. Jekyll supo que había llegado el momento de matar al señor Hyde.

En la calle, tal vez por su costado izquierdo o por un instinto que no podía controlar, Luciano sintió que debía regresar. Al abrir tímidamente la puerta, vio el cuerpo muerto del Dr. Jekyll en el piso. Se había suicidado para matar a Hyde.

Esta vez el portazo fue definitivo. Pasaron unas cuantas cuadras y unos cuantos minutos para que Luciano dejara de correr.

El señor de las moscas

Luciano sentía que cada costado de su cara quería guiarlo. La visión desde su lado izquierdo, el envejecido, se tornaba más oscura y tenebrosa.

Caminando en forma sinuosa, llegó a un cruce de caminos. Sabía que debía tomar el derecho, pero un impulso que no pudo controlar lo llevó a tomar el izquierdo.

A medida que pasaba el tiempo, el paisaje se volvía más pedregoso y siniestro. Sintió el estrépito de unos caballos tras de sí y, al voltear, se encontró con una diligencia acercándose hasta detenerse junto a él. Una de las puertas se abrió.

-¡Entre señor! No es momento ni lugar para estar a pie.

Luciano ingresó al pequeño coche y se encontró sentado frente a un hombre de mirada inquietante que le sonreía.

-Encantado señor. Mi nombre es Reinfeld.

-Mucho gusto. Soy Luciano Valdías.

En el momento que iban a estrechar sus manos, la de Reinfeld se desvió con un movimiento brusco y atrapó a una mosca, que enseguida llevó a su boca.

-Se... comió la mosca – le señaló Luciano.

-¡Perdone mis modales, Luciano! Prometo que la próxima la podrá degustar usted.

Luciano hizo una mueca de desagrado y resopló.

-Supongo que alguien con media cara envejecida como yo, no puede decir que esto sea curioso – agregó enseguida.

Reinfeld rió a carcajadas y luego cambió a una expresión seria.

-Algo curioso sería hablar sin la “a”. ¿Lo ha intentado? La “a” es imprescindible, pero sólo en las palabras que llevan “a” – Reinfeld agrandaba sus ojos al hablar con Luciano, levantaba el mentón y restregaba nerviosamente sus manos.

Sin desviar sus ojos de Luciano, su brazo se extendió rápidamente hacia un costado y logró atrapar otra mosca. Enseguida la engulló.

-Perdón, olvidé mis modales otra vez. Quizás la próxima.

Afuera, la noche comenzaba a caer.

.

Drácula en la oscuridad

-Ya está oscuro, muy oscuro – susurró Reinfeld restregando sus manos. Su voz denotaba temor.

-¿Sucede algo, Reinfeld? – preguntó Luciano.

-Afuera siempre sucede algo cuando está oscuro – dijo Reinfeld. Y los dos miraron por la ventanilla.

-¿Ven algo? – se escuchó una voz burlona pero firme. Ambos se sobresaltaron. Sentado a un costado de Reinfeld había ahora un hombre de piel muy pálida.

-Voy a enfrentarte esta vez – dijo Reinfeld.

El hombre sonrió.

-¿Y cómo piensas vencerme? ¿Escupiendo moscas?

Reinfeld se abalanzó sobre el hombre de pálida figura. Este le dio un cachetazo tan violento, que Reinfeld voló literalmente fuera de la diligencia, rompiendo la puerta.

-Encantado, soy el conde Drácula. Aunque sospecho que ya lo sabía - Luciano asintió con su cabeza e, instintivamente, puso su mano derecha sobre el lado izquierdo de su cuello.

-Descuide, no pasará nada – dijo Drácula, notando el gesto - Pero si ocurriera, preferiría morder el lado joven de su cuello, el que ha dejado al descubierto.

Luciano bajó su mano y preguntó:

-¿Adónde vamos?

-A morir. ¿Acaso no es adónde van todos?

Luciano quiso decir algo, pero sintió la voz ahogada. A través de la puerta rota, creyó ver la sombra del cuerpo roto de Reinfeld. Pronto las moscas tendrían su revancha.

Amor Vampiro

Luciano estaba inquieto. Su ojo izquierdo miró con determinación a Drácula, aunque se notaba el temor en la expresión de su otro ojo. Finalmente soltó:

-¿Esta noche voy a morir?

El conde Drácula miró con furia la insolencia del ojo izquierdo, pero se suavizó al observar la mitad derecha de la cara de Luciano.

-No. No esta noche. Esta noche es sólo para mí. Para que yo muera.

Luciano lo miró sorprendido y un poco aliviado.

-Mi querido amigo, ¿hasta cuándo seguirá con esa media alma que no es suya? ¿Acaso no ve que está corrompida? Deshágase de ella antes de que lo contamine irremediablemente.

-No sé cómo hacerlo – respondió Luciano.

-Con decisión – respondió Drácula - ¿O acaso cree que logré convertirme en vampiro pidiendo un deseo y soplando velitas? Con decisión no hay imposibles. Así logré vivir cientos de años y así elegí morir hoy.

-¿Y por qué quiso vivir tanto? – preguntó Luciano

-Por amor – respondió, con solemnidad, Drácula.

-¿Y por qué quiere morir hoy?

Drácula sonrió y su mirada pareció perdida en la noche.

-También por amor.

Drácula adiós

La diligencia se detuvo frente a un castillo. Drácula bajó junto a Luciano.

-Váyase de aquí, Luciano. Usted no pertenece a esta historia. Todavía no estuvo lo suficientemente enamorado ni lo suficientemente desesperado. Y devuélvale a su alma la mitad que le corresponde.

Detrás de una columna asomó la figura de un hombre.

-Pero qué sorpresa, Doctor Van Helsing. ¿Acaso cree que puede lastimarme? Y está acompañado, si no distingo mal. ¿Señor Jonhatan, es usted?

Agazapado desde el portón del castillo, Luciano vio que los hombres comenzaban a luchar. Sabía que Drácula había elegido perder, aunque no se lo demostraría a sus rivales.

El lado rugoso y envejecido de su cara tuvo el impulso de defender a Drácula. Su otro lado supo, entonces, que era lo correcto dejarlo morir.

Luciano subió al carruaje.

-¡Arre! – gritó Pinocho, sentado en el asiento del conductor y sosteniendo las riendas de los caballos.

Luciano vio frente a sí al zorro.

-Buenas noches, caballero – saludó el zorro al costado viejo de Luciano.

-Buenas noches, jovencito – saludó con cierto desdén al otro costado de Luciano.

-¡Arre! – volvió a azuzar Pinocho.

Pronto el castillo fue devorado por la oscuridad.

La Divina Comedia

Luciano caminaba afiebrado por una oscura selva, llena de tupidos árboles que confundían su camino. Ignoraba cómo había llegado ahí y qué había sido del zorro y Pinocho.

El lado joven discutía ahora con el lado viejo de su cara:

-¡No te soporto! – dijo su costado joven.

-No te soporto – repitió burlón el viejo.

-Eres malo, oscuro, tenebroso.

-Es verdad, muchas gracias. También soy soberbio, traicionero y tramposo. En fin, no quiero jactarme frente a ti, que sólo eres aburrido y cobarde.

-Seguramente nos hemos perdido en esta selva por tu culpa.

-Así es. Y lo encuentro placentero. Perderme fue siempre un estímulo para mí. Piensa en los peores vicios: ¡en todos ellos me he perdido! – su labio izquierdo se contrajo para lanzar una risotada.

-¡Nunca podremos salir de aquí! ¡Jamás encontraremos el camino! – se quejó Luciano.

-Yo te guiaré para salir de aquí – le dijo una sombra a Luciano.

-¿Quién eres? – se sobresaltó Luciano joven y viejo.

-Virgilio – respondió la sombra.

-Quiero hacer esto rápido – continuó hablando Virgilio -. Te he estado observando y es evidente que no eres muy despierto. Tratemos de terminar esto por el camino corto.

El lado joven de Luciano miraba desconcertado.

-¿No entiendes nada, verdad? – preguntó Virgilio -. No importa. Debemos cruzar el Infierno y el Purgatorio para llegar finalmente al Paraíso.

Luciano seguía mirando ensimismado.

-Sígueme – dijo Virgilio.

-¡Esto es maravilloso! – exclamó Luciano viejo - ¡Ojalá podamos perdernos en el Infierno!

-¿Y si diéramos un rodeo? – preguntó Luciano joven.

Virgilio resopló fastidiado y su sombra comenzó a avanzar. Luciano lo seguía con media cara sonriendo y con mucho temor en la otra mitad.

Vestíbulo del Infierno

-Apura el paso, Luciano. ¡Qué vergüenza, qué ignominia, qué indignación!. Yo, Publius Vergilius Maro, el príncipe de los poetas latinos, convertido en mero guía turístico de un joven-viejo.

-¿A quién no le gusta ser guía turístico? – protestó Luciano – ¡Ese es un oficio que sin dudas elegiría!

-Sí, sí, sí, como sea – refunfuñó Virgilio -. Pero apura el paso.

Llegaron ambos al portal del infierno. Sobre las puertas Luciano vio unas inscripciones y allí leyó en voz alta: “Lasciate ogni speranza, voi chentrate”

-¿Aquí dice que hoy servirán lasagna? – preguntó Luciano joven.

-Qué estúpido eres – sentenció Luciano viejo.

-“Abandonad toda esperanza, aquellos que entréis aquí”. Eso dice – indicó Virgilio.

-¿Estamos en el Infierno? – preguntó Luciano, denotando temor en su voz.

-En el Vestíbulo del Infierno – respondió Virgilio

-Así llamaba mi madre al baño cuando yo salía – comentó Luciano – “El vestíbulo del infierno”.

Lo decía por el olor. Me acomplexaba con eso. Reconozco que tengo una digestión difícil. Yo...

Virgilio se dio vuelta y miró severamente a Luciano. Luciano entrecerró sus ojos y se calló.

-Qué estúpido eres – dijo Luciano viejo.

-No te soporto – respondió el joven.

-No te soporto – repitió burlón el viejo.

Luciano enmudeció enseguida al ver una multitud de hombres y mujeres, de aspecto miserable, correr desnudos atrás de una bandera. Mientras corrían eran picados por tábanos y avispas. Unos gusanos succionaban su sangre y sus lágrimas.

-Parece un deporte peligroso – reflexionó Luciano joven.

-¡No es un deporte! – se exaltó Virgilio- Ese es el castigo a los que no se han comprometido, las almas que prefirieron ser indiferentes, los que no han elegido ni el bien ni el mal y que vivieron sólo para ellos mismos. Son rechazados por el cielo, el purgatorio y el infierno. Aquí deben quedarse, agujoneados por su conciencia. Como no han elegido seguir a nadie en vida, ahora deben seguir a ese estandarte que los lleva a ninguna parte. Siguen sólo una ilusión. Aquí están los ángeles que no han tomado partido en la rebelión de Lucifer, aquí está Poncio Pilatos, aquí...

-Aquí estará cierto hombrecito cobarde que nunca se compromete... - cantó burlón Luciano viejo.

-¡No te soporto, no te soporto! – exclamó Luciano joven.

-Caminemos – exigió Virgilio – Deberemos cruzar el río Aqueronte para llegar al Infierno.

Y siguieron avanzando a través de esa marea de miseria y desolación.

El Aqueronte

-No, no y no – dijo Caronte, el remero encargado de cruzar las almas por el Aqueronte – Él está vivo y no puede cruzar.

-¡A la cola! – gritó una de las almas perdidas - ¡Que respeten el orden de llegada!

Virgilio dio unos golpecitos con dos de sus dedos sobre su propio hombro y luego movió la mano señalando con el pulgar hacia arriba, indicándole a Caronte que eran órdenes superiores.

-Siempre la misma cosa – refunfuñó Caronte -. ¿Tanto cuesta enviar un memo, una notificación, un mensajito de texto para avisar? No se puede trabajar así. ¡Acá las reglas nunca se cumplen! Claro, total soy yo el que tiene que estar remando ida y vuelta, una y otra vez. Ahora resulta que además de a los muertos, también tengo que cruzar a los vivos.

-¡Cállate, viejo quejoso! – gritó otra de las almas - ¡Eres peor que mi suegra!

-¡Viejo corrupto! – acusó otra alma - ¡Hablas de reglas mientras te enriqueces con las monedas que nos obligas a pagar! ¡Te armaste un lindo negocio acá, cerdo aprovechador!

-¡Pero también he cruzado almas que no traen su óbolo para pagarme, bestias asquerosas! – se defendió sin mucho tacto Caronte.

-¡Cien años nos haces esperar a los que no tenemos para pagarte, viejo ladrón!

Las almas comenzaron a arremolinarse frente al bote de Caronte, enfurecidas y quejosas. Caronte las golpeaba con sus remos.

-¡Aléjense, miserables! ¡Fuera de aquí, escorias! ¡No me rayen el bote, imbéciles! – Caronte insultaba y golpeaba a las almas – Vamos, suban, suban – le ordenó a Virgilio y a Luciano.

La barca se fue alejando por el Aqueronte, mientras Caronte y las almas seguían gritándose.

-¡Vayan juntando las monedas! – gritó Caronte con el puño en alto – ¡Tendrán que pagar el doble!

Desde la orilla, las almas continuaban insultándolo.

Primer Círculo: Limbo

-Vamos, Luciano. Ya estamos atrasados y recién llegamos al primer círculo – dijo Virgilio.

-¿Podríamos dar una vueltita más, señor Caronte? –preguntó Luciano joven.

-Eres un idiota –dijo Luciano viejo -. Sólo tienes miedo de dejar la barca.

-Cállense – ordenó Virgilio -. Estamos en el Limbo. Aquí es donde yo paso mi eternidad.

-No parece muy terrible. Qué decepción – comentó Luciano viejo.

-Nuestro tormento es estar alejados de Dios, desearlo y nunca alcanzar su gracia. Nuestros pecados no son importantes, pero somos no bautizados.

-¿Y quién habita en ese castillo? – preguntó Luciano joven.

-Vivo allí con Ovidio, Homero, Horacio, Sócrates, Aristóteles, Euclides, la reina amazona Pentesilea y otros más.

-No parece un mal lugar para vivir – dijo Luciano joven - Un castillo, praderas verdes, vecinos ilustres. Yo vivo en un departamento pequeño y las reuniones de consorcio no son justamente tertulias filosóficas.

-No es el paraíso pero admito que no está mal. Tal vez si Aristóteles hablara un poco menos... - reflexionó Virgilio.

-Me aburro – dijo Luciano viejo.

-No te soporto – respondió Luciano joven.

-Vámonos – se fastidió Virgilio.

Segundo Círculo: Lujuria

-Éste es el segundo círculo, Luciano. Aquí caen los que han pecado de lujuria, los que han sido dominados por sus apetitos carnales.

-¡Jujuuu! – exclamó alegre Luciano viejo –. Creo que adoraré este círculo.

-En aquel grupo pueden ver a Aquiles, Paris, Tristán, Helena, Cleopatra...

-Parecen barriletes – se asombró Luciano joven

-No estás muy equivocado – respondió Virgilio -. Un viento impetuoso los empuja y arrastra de un lado a otro, los hace embestir las paredes y el suelo, chocar entre ellos una y otra vez y perder el dominio de sí mismos. Ese viento es como la pasión que los encegució en vida.

-Sí, o como el autobús en que viajo todos los días – sonrió Luciano joven.

-Hmm, es interesante cómo agita el viento a Cleopatra – comentó con lascivia Luciano viejo.

-Pierdo mi tiempo contigo, Luciano – se quejó Virgilio – Vamos al siguiente círculo.

-¡Espera! – soltó con vehemencia Luciano viejo – Hmm, ahí pasa de nuevo Cleopatra.

Tercer Círculo: Gula

Unos ladridos bestiales ensordecieron a Luciano. Un enorme perro de tres cabezas se dirigía amenazante hacia él.

-Tranquilo, Luciano. Es el can Cerbero. No te hará daño a ti, aunque desgarrará con sus uñas y dientes a los desgraciados que encuentra en su camino por este círculo.

-No te escucho bien – respondió Luciano, sin quitar su atención de Cerbero.

-¡Te hablaré más fuerte, ya que hay mucho ruido por la lluvia, el granizo y los ladridos! Este es el círculo de la gula, para los que han sucumbido al placer de la comida y la bebida en exceso. Los condenados son todos los que ves arrastrándose por este barro infecto y maloliente.

-Este lugar es repugnante y hediondo. El olor me da arcadas. ¡Vámonos de aquí! – suplicó Luciano joven.

-Tenemos que atravesar este círculo para descender al siguiente – explicó Virgilio.

-No hay lugar donde pisar – se preocupó Luciano joven.

-Tenemos que caminar sobre los condenados. Vamos – dijo Virgilio.

Caminaron sobre los cuerpos cubiertos de fango, lluvia y granizo, mientras estos se quejaban e insultaban al ser pisoteados.

-¡Maldición! – gritó una de las almas condenadas a Luciano – ¡Bastante fétido es el olor aquí como para agregar el de tus pies!

-Perdón – se excusó Luciano.

-¡Hey! – gritó otra alma - ¡Córtate las uñas alguna vez! ¡Las garras de Cerbero son suaves a tu lado, desgraciado!

-¡Cuidado donde pisas, idiota! – gritó otra.

-¡Saca el pie de mi espalda, imbécil!

-Basta – dijo Luciano -. No sean desagradables.

-Tranquilo, Luciano. Ya hemos llegado al final. Pasemos al siguiente círculo.

-Has estado silencioso – le habló Luciano joven a su contraparte vieja.

-Hmm, pensaba en Cleopatra.

Cuarto Círculo: Avaros y Pródigos

-No entiendo por qué debo ser yo el que haga de guía. Por qué no lo eligen a Aristóteles, así los demás podremos descansar en el Limbo. ¡Todo el tiempo metiendo barullo con la Teoría de la Generación Espontánea, las nociones de Categoría, las de Sustancia, y qué se yo qué más!. ¡Me taladra la cabeza escuchar a Aristóteles! Al menos Sócrates nos hace preguntas y nos deja participar a todos. Sí, sugeriré que Aristóteles sea nombrado el nuevo guía.

-No entiendo lo que hacen – dijo Luciano al observar a las almas del cuarto círculo.

-Aquí están los avaros y los pródigos –le indicó Virgilio-. Por un lado, los que sólo vivían para acumular posesiones. Por el otro, los que sólo se esforzaban en derrocharlas. Como ves, están divididos en dos grupos de acuerdo a su condición. Cada uno tiene que cargar con grandes pesos y avanzar en círculo, en direcciones opuestas. Cuando chocan, se enervan, se enojan, se insultan y se

reprochan: “¿Por qué acaparas?” gritan unos. “¿Por qué gastas?” gritan otros. Luego dan media vuelta y comienzan a avanzar en círculo hacia el otro lado, hasta chocar de nuevo.

-Sigo sin entender. Es un poco ridículo, ¿no?

-Supongo que si te lo explicara Aristóteles lo entenderías mejor – se indignó Virgilio -. Pero no te preocupes. Seguramente él sea el próximo guía. ¡Ese reptil envidioso ya debe estar haciendo sus movimientos para arrebatarme el puesto!

Luciano joven no dijo nada.

-Hmm... – suspiró Luciano viejo (era indudable que pensaba en Cleopatra).

En el Infierno con Pinocho

Luciano caminaba un poco rezagado de Virgilio, que apresuraba su paso mientras rezongaba contra Aristóteles.

Apareció corriendo Pinocho y tropezó con Luciano. Ambos cayeron al suelo.

-¡Pinocho! – se asombró Luciano - ¿Qué haces aquí?

-Estoy escapando... Baja la voz... - Pinocho tomó de un brazo a Luciano y lo llevó a un rincón oscuro.

-Luciano, qué alegría verte – a Pinocho le creció un poco la nariz -. Bueno, ya te apreciaré con el tiempo – se excusó Pinocho -. Pero no puedo dejarte aquí. Tenemos que escapar. Esto es muy peligroso.

-Pero estoy en una visita guiada, con Virgilio...

-¡Virgilio está bastante loco! Ya no es el Virgilio que imaginó el Dante. En cualquier momento pensará que eres Aristóteles y se te irá al cuello... Además, cuando lleguen al Noveno Círculo, el de los traidores, no podrás salir de allí.

-Pero yo no soy un traidor. ¡Mis traiciones siempre fueron pequeñas e insignificantes! – se excusó Luciano.

-Recuerda que tu alma ya no es tan limpia como antes. Ahora llevas la mitad del alma de Dorian Gray, que es cada vez más ruin y perversa. Son sus traiciones las que te condenarán. ¡Tiene muchas!

-Y pienso acumular muchas más – dijo Luciano desde su costado viejo.

-Cállate. Luciano, tenemos que escapar. Nunca llegarás al Purgatorio ni al Cielo. Ni siquiera llegarás a ver a Lucifer. ¡Quedarás en el Noveno Círculo, congelado en un lago de hielo por toda la eternidad! Ese es el castigo a los traidores.

-Pronto se comenzó a escuchar la voz amenazante de Virgilio, que desandaba su camino.

-¿Aristóteles, eres tú?

Pinocho y Luciano se alejaron corriendo.

Huyendo del Infierno

Luciano y Pinocho buscaban salir del Infierno.

-Gracias, Pinocho. Eres muy valiente por venir al Infierno a rescatarme.

-¿De qué hablas Luciano? Yo no vine a rescatarte ¡Yo escapaba del Séptimo Círculo cuando tropecé contigo!

-¿Qué es el Séptimo Círculo? – preguntó Luciano

-Es donde van los violentos. El asunto con Pepe Grillo parece que trajo ruido. Me llevaron al Anillo Exterior y estaba a punto de ser hundido en el Flegetonte, un río de sangre hirviente, cuando apareció el Minotauro y los Centauros se distrajeron un instante. Entonces aproveché la oportunidad y comencé a correr y correr, hasta que choqué contigo.

-Pero si eres un muñeco de madera sin alma, ¿por qué te condenarían?

-Ese es un buen punto. Tal vez por eso nadie me persiguió. Ahí está Caronte, pidamos que nos vuelva a cruzar y vayámonos de aquí.

-No, no y no – se negó Caronte – No es posible volver.

-Olvidamos nuestras mochilas en la otra costa – dijo Pinocho y su nariz creció-. Sólo tenemos que cruzar, tomarlas y podremos volver. Tenemos permiso de Lucifer – su nariz seguía creciendo.

-¿El mismo Lucifer les dio permiso? ¿Es que nunca nadie me puede notificar a mí? ¿Y por qué crece tanto tu nariz? – preguntó Caronte, acercándose a Pinocho.

-Es un nuevo castigo, está en etapa de evaluación. Me ofrecí de voluntario, por eso recibo ciertas libertades. Si el castigo cumple con los parámetros de calidad y es aprobado, he escuchado que piensan aplicarlo a las almas del limbo. Las han notado bastante relajadas estos últimos tiempos.

-Sí, eso he escuchado sobre el limbo. Aunque también escuché que están un poco agitados contra Aristóteles. Bueno, suban de una vez. Me impresiona tu nariz que sigue creciendo.

Cruzaron el Aqueronte y, una vez en tierra, Pinocho le dedicó un corte de manga a Caronte.

-¡Ya encontrarás tu mochila y vendrás a que te cruce de nuevo, renacuajo! – replicó Caronte, enojado por el gesto - ¡Además no sólo te crece la nariz, sino que te transformaron en un maldito muñeco! – Caronte comenzó a reír estruendosamente.

-¡Me convertiré en niño alguna vez! – gritó Pinocho.

Caronte ya no lo escuchaba. Estaba discutiendo con otras almas y amenazándolas con su remo.

Frengdom Hijo

-Disculpe, señor. El muñeco es Pinocho y yo me llamo Luciano. Estamos huyendo del infierno. ¿Debemos seguir en esta dirección? – preguntó Luciano, tal vez con demasiada sinceridad, a un sufriente.

-El señor se llama Frengdom y yo soy su analista. Encantado. A ver, déjeme pensar... – respondió el sufriente.

-No le entiendo – interrumpió Luciano confundido -. ¿Frengdom y usted son la misma persona? No veo a nadie más.

-No importa, siempre ocurre lo mismo. He muerto junto con el señor Frengdom y lo sigo acompañando. Intento que entienda que debe desistir.

-¿De qué? – preguntó Luciano

-¡De todo! Ahora está buscando a su padre muerto.

-Quiere reencontrarse con su padre, eso no es extraño. ¿Por qué debe desistir?

-Porque quiere matarlo.

-Pero si ya está muerto... - reflexionó Luciano.

-Eso no parece importarle. Él me ha dicho que matará una vez más a su padre. Tal vez muchas veces más. Después conquistará el Infierno y marchará con sus tropas infernales a conquistar el Cielo. Luego, matará a Dios.

Luciano lo miró unos instantes.

-Sí, seguiremos en esta dirección –dijo finalmente –. Vamos, Pinocho.

-Usted no entiende. De pequeño Frengdom tenía un perro llamado Bastón, una madre cariñosa y protectora, muchos sueños y una vida de aventuras por delante – los ojos se le volvieron llorosos y la voz le temblaba - ¡Usted no entiende!

-Creo que fui muy severo con Pepe Grillo. Debí escucharlo más – dijo Pinocho, mientras se alejaban a paso rápido.

Hamlet con H

Luciano caminaba solo. Pinocho ya no estaba, había desaparecido de su lado al salir del infierno. Marchaba inmerso en sus pensamientos, cuando escuchó a su voz vieja gritándole:

-¡Qué pechos los de Cleopatra! ¿No es verdad, compañero?

-¡No soy tu compañero!

-¡Ah pícaro, pero lo de Cleopatra no lo niegas! Dan ganas de regresar al Infierno.

-Ya volverás tú solo al Infierno – dijo Luciano joven –. No estarás conmigo mucho más.

-Como si yo me divirtiera con esta situación – se quejó Luciano viejo -. También quiero recuperar mi otra mitad. Me llevará tiempo ensuciarte lo suficiente y temo que antes lograrás aniquilarme del tedio. El cerdo de Dorian Gray ni siquiera se animó a cambiar nuestras almas por completo. No quiere ver en qué me he convertido, pero tampoco quiere desprenderse del todo.

-Ya lo resolveremos...– Luciano joven se interrumpió para señalar una calavera sobre el polvo del camino- ¿Qué es esto?

-“Esto”, estimado caballero, es Yorick. O lo que fue Yorick – una figura vacilante apareció tras unos árboles. – Soy Hamlet. Con H.

-Ser o no ser - recitó Luciano.

-He ahí la cuestión – completó Hamlet -. Créame que he pensado en eso.

Yorick fugaz

Hamlet tomó la calavera de Yorick y le quitó algo del polvo con su manga. Luego carraspeó para aclarar su voz y dijo:

-¡Ay, pobre Yorick! Yo le conocí. Era un hombre de infinita gracia y poderosa imaginación. ¿Dónde están ahora tus burlas, tus piruetas, tus canciones? ¿Qué fue de tus destellos de alegría, que solían animar la mesa con gran estrépito? ¿Nada, ningún chiste siquiera para burlarte de tu propia mueca?

-Yorick era el bufón de la corte, ¿cierto? – preguntó Luciano.

-Yorick “era”. Su virtud fue “ser”. Como mi padre, a quien le fue arrancada esa virtud por el traidor Claudio. Ahora es sólo una sombra. Como Polonio, Ofelia, Gertrudis, Laertes. Como yo, noble caballero. Me han herido con una espada envenenada y estoy muriendo. Pronto podrás decir:

“¡Ay, pobre Hamlet! Yo le conocí”. Sólo te pido que cuentes mi tragedia al mundo – Hamlet fue cayendo mientras hablaba y unos instantes después de pronunciar sus últimas palabras, quedó inerte tendido sobre el suelo.

Luciano observó el cuerpo de Hamlet durante unos momentos, sin animarse a hacer nada.

De pronto Hamlet se levantó de un salto, con gran agilidad.

-Gracias, muchas gracias – agradeció con una reverencia – No importa si el público es poco, siempre es importante. Espero que hayas disfrutado y aprendido algo de esta representación. Debo marcharme ahora. A las 18 hs debo morir, esta vez, ante un público más exquisito. ¡Sin desmerecerte, por cierto! Adiós y disfruta. Como ya has visto, entre muerte y muerte sólo se vive una vez. Adiós. Me llevo a Yorick, si no te molesta.

-¿Me perdí de algo? – preguntó Luciano joven bastante desconcertado.

-Supongo que hablaba, ya sabes, de morir con el olvido y de resucitar en cada recuerdo. Pienso que eso sea vivir entre muerte y muerte – reflexionó Luciano viejo.

-No tengo idea. ¡Creí que era yo el que te mataría del tedio! Pareces un castigo de los Círculos del Infierno – exclamó Luciano joven.

-Eres muy limitado – se quejó Luciano viejo -. Pero ahora que mencionas los Círculos...: ¡qué pechos los de Cleopatra! – y se alegró rápidamente.

Luciano siguió caminando, preocupado y pensativo, pero con media sonrisa vieja colgada en su cara.

A bordo del Pequod

Luciano estaba parado frente a un muro de puertas.

-Son muchas puertas – dijo Luciano viejo.

-Sí, entremos por esta – respondió Luciano joven.

-Me gusta más la de la izquierda – lo detuvo Luciano viejo.

-Dije por esta – sostuvo Luciano joven.

-¡Cuánta resolución para elegir una puerta! ¿Qué es ese llanto de bebé que se escucha? ¡Oh, es tu personalidad! Mira que chiquitita que es todavía – se burló Luciano viejo.

-No te soporto... – se quejó Luciano joven. Pero al abrir la puerta se interrumpió de repente al verse zarandeado en un barco, entre olas y tormenta.

-¡Nada me detendrá! – gritó el capitán - ¡Iré hasta el infierno a buscarte! ¡Maldita criatura del averno, monstruosa, blanca y terrible!

-¿Dónde estamos? – se preguntó Luciano.

-¿Bromeas? – preguntó un jovencito - ¿Te has golpeado la cabeza? Viajabas escondido, ¿cierto? – el joven rió – Bonito barco has elegido para ocultarte. Estás en el Pequod y el que grita es el capitán Ahab. Perseguimos a Moby Dick, una ballena blanca e inmensa, que es el mismo diablo según nuestro capitán.

-¿Y ese polizón? ¡No eres de mi tripulación! – gritó el capitán Ahab -. Apártate Ismael. ¿Cómo te llamas polizón?

-Soy Luciano.

-Si no estuviera tan obsesionado con Moby Dick – dijo el capitán Ahab- , me preocuparía que tengas media cara joven y media cara vieja. Pero sólo me importa acabar con esa abominación de los mares. ¡Así que si no quieres que te tire del barco, ponte a trabajar!

-¡Sí, capitán! – exclamó Luciano joven, que enseguida se acercó a acompañar a los demás tripulantes en sus tareas.

-El capitán llamó Ismael al jovencito. Es el grumete. Tenemos que mantenernos cerca de él. Esto se va a poner feo. Todos morirán, menos Ismael – susurró Luciano viejo.

-¡Basta, viejo cobarde! – se quejó Luciano joven con furia y vivos destellos en sus ojos – Esta vez el capitán no fallará.

Ahora fue Luciano viejo quien quedó pensativo y preocupado, mientras una sonrisa joven se insinuaba del otro lado de su cara.

La tragedia del Pequod

Tres días duró la caza a Moby Dick desde que Ahab la avistara. Ahora el Pequod se hundía con casi toda su tripulación. La embarcación no soportó la furia blanca con que fue embestida y naufragaba inevitablemente. Todos los botes también fueron destruidos por la ballena, salvo el de Ahab, que aún se mantenía a flote. Luciano e Ismael también estaban en este bote. Los ojos del capitán Ahab estaban infectados de locura y fuego. Luciano joven también había jurado como propia la locura de Ahab y compartía la determinación de su capitán.

Moby Dick ya había pasado por el costado del bote y dejó a la vista, enredado en su lomo por los cables de los arpones, el cuerpo medio destrozado del parsi Fedallah, el oscuro servidor del capitán. Al pasar, los ojos muertos del parsi se volvieron de lleno hacia Ahab.

Antes de ser hundido el barco, Starbuck, su primer oficial, le había gritado: “No es demasiado tarde, incluso ahora, el tercer día, para desistir. ¡Mira! Moby Dick no te busca. ¡Eres tú, eres tú el que locamente la buscas!”.

Ahab disparó el arpón que impactó en la ballena y la soga se atoró. Ahab se agachó para soltarla y lo logró, pero el lazo al vuelo le dio vuelta al cuello y, sin voz, salió disparado de la lancha, arrastrado por Moby Dick.

Ismael, Luciano y los demás cayeron del bote sacudido. Luciano sintió como la succión del barco lo arrastraba, él también se sumergía más y más.

Cerró sus ojos y se entregó a las frías aguas del océano.

La isla desierta

Cuando Luciano abrió sus ojos, se asombró al verse recostado sobre unas tibias arenas. No estaba muerto. Este extraño mundo le había abierto otra de sus puertas.

Se sintió avergonzado de haber seguido en su locura al capitán Ahab. Él había hecho morir a todos sus hombres, arrastrándolos con su odio. Él era un hombre amargado por la pérdida de su pierna en las fauces de Moby Dick y, desde entonces, estaba enfermo por su obsesión de venganza.

Ahab fue la tragedia.

Fue el capitán Ahab, su devastadora locura y su implacable odio, los que causaron tantas

muertes.

Pero Luciano lo había admirado y sus hombres le habían seguido. Todos enceguecidos por una pasión que los quemaba y empujaba a una misión que creían superior, una pasión que no admitía vacilaciones ni retrocesos. Una pasión que los consumió a todos.

Moby Dick no era el demonio. Era Ahab.

-Rápido Martes, vámonos de aquí antes de que lleguen los caníbales – alguien le sacudió del hombro y lo quitó rápidamente de sus pensamientos.

-¿Martes, Caníbales...? – preguntó Luciano, espantado y confundido.

-Sí, caníbales... ¡Vamos, Martes!

Y corrieron por la arena hasta ocultarse entre el follaje y los árboles.

Robinson Crusoe

-Tienes una cara muy rara, Martes – le dijo Robinson Crusoe a Luciano, mientras lo observaba con detenimiento.

-La mitad de su cara corresponde a la mitad de otra alma, tenebrosa y malvada – agregó un joven de piel oscura que se acercó a Robinson.

-Lamento que mi cara les arruine su Luna de Miel – se quejó Luciano viejo, al verlos juntos.

-¡No estamos de Luna de Miel! Soy un náufrago, me llamo Robinson Crusoe. Él es Viernes, lo salvé de ser comido por los caníbales.

-Y habiendo naufragado en esta isla y encontrado luego a este hombre, ¿me quieres decir que no hubo ningún festejo un poco excedido, siquiera? – Luciano viejo sonrió – Estoy seguro que Viernes debe haber mostrado un poco de su agradecimiento.

Robinson y Viernes se miraron y un leve rubor cruzó las mejillas de Robinson.

-Martes, olvidemos lo de tu cara y alejémonos de aquí. No estamos seguros en este lugar.

-¿Vas a seguir llamándome Martes? – preguntó Luciano joven.

-Bueno, es el día en que te encontré, ¿no? Estoy casi seguro. Puedo decirte Miércoles, si prefieres.

-No, Martes está bien – se resignó Luciano.

Y se adentró en la isla detrás de Robinson y Viernes.

Jueves en la isla

-Robinson es como mi padre. Vivo gracias a él. También me ha enseñado muchas cosas – le dijo Viernes a Luciano.

-Imagino algunas cosas que te habrá enseñado – se burló Luciano viejo.

De pronto unos acordes de guitarra y una voz extraña los sobresaltó:

“Un padre que da consejos
más que padre es un amigo;
así como tal les digo
que vivan con precaución:
naide sabe en qué rincón

se oculta el que es su enemigo”.

-¿Martín Fierro? – preguntó Luciano joven.

-¿Lo conoces? – preguntó Robinson – Aparece cada tanto y siempre canta alguna estrofa. No entiendo muy bien lo que dice, pero parece que tuvo problemas con la ley. Creo que es un desertor o algo así.

-Sí, es un gaucho que ha sufrido mucho. Perdió su rancho, su mujer, sus hijos. Lo llevaron a la frontera, le hicieron padecer la pobreza y la injusticia, vivió con los indios – explicó Luciano – Martín Fierro, ¿qué hace usted...? – Luciano se calló. Martín Fierro ya había desaparecido.

-Es como un fantasma – dijo Robinson – Aparece y desaparece. ¿Martín Fierro me dices? Yo lo llamaba Jueves.

Aprovecha la ocasión

-Iremos a vigilar los alrededores – dijo Robinson – Jueves cantó que tengamos precaución porque nadie sabe en qué rincón se oculta el que es su enemigo. Por algo lo dijo.

-Ahí, en la playa –Viernes le señaló hacia un rincón donde unos veinte caníbales traían a tres prisioneros.

-¡Aquél es mi padre! – exclamó Viernes.

-Sí – le dijo Luciano viejo -. Ya sabemos cuánto lo veneras a Robinson.

-No, ¡aquél es mi padre! ¡Mi verdadero padre! – y señaló a uno de los prisioneros.

-Vamos a salvarlos – sentenció Robinson.

-¿Acaso estás ansioso en juntar gente para completar los días de la semana? – ironizó Luciano viejo – Son demasiados caníbales. No podrás salvar a esos prisioneros.

-Tengo un arma y pólvora. Mataré algunos y confío en que el resto se asustará – planeó Robinson Crusoe – Tenemos la oportunidad de sorprenderlos.

Unos acordes se escucharon y enseguida la voz de Martín Fierro:

“Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente;
y ténganlo bien presente
si al compararla no yerro,
la ocasión es como el fierro,
se ha de machacar caliente”.

-¡Ahora no, Jueves! – Robinson le hizo gestos para que se callara – ¡Nos pueden escuchar! – pero Martín Fierro ya había desaparecido - ¿Martes? ¿Dónde estás? – tampoco Luciano estaba ya en la isla.

Encajada entre dos árboles, una puerta acababa de cerrarse.

Frente a la Taberna de Las Palabras

-Reconozco este lugar – dijo Luciano Joven.

-Sí, estamos frente a la Taberna de Las Palabras – le respondió Luciano viejo – Esperamos a Dorian Gray.

-¿Él está aquí? – preguntó Luciano joven, denotando la furia en su voz.

-También nosotros – dijo Pinocho, escoltado por el zorro y Don Quijote.

-¿Luciano, eres tú? – preguntó Dorian Gray, que acababa de asomarse desde la puerta de la Taberna. Inseguida lanzó una carcajada. Dio dos pasos hacia fuera y volvió a girar hacia la Taberna: “¡Prepárame una botella de vino, bella camarera! ¡Debo atender ahora a un joven y a un viejo que me reclaman, pero ya regreso!”.

-¡Luciano, querido amigo! ¿Cómo has estado todo este tiempo? – preguntó Dorian Gray, acercándose amistosamente.

Luciano cerró sus puños y lo golpeó con fuerza y certeza, primero en el estómago y luego en la cara. Dorian Gray cayó aparatosamente. Desde el piso insultó y maldijo a Luciano varias veces.

-Esas palabrotas no están bien, señor Gray – dijo Pinocho, levantando su zapato y moviendo la suela, imitando la voz de Pepe Grillo.

-Devuélveme la mitad de mi alma, Dorian – ordenó Luciano.

-Hicimos un trato – respondió Dorian Gray, mientras se levantaba.

-No era un trato. Me emborrachaste y me engañaste.

Dorian Gray rió.

-Está bien – siguió sonriendo -. Pareces una dama despechada – Dorian rió un poco más y se acercó a Luciano. Luego quedó serio y le acarició la mejilla izquierda.

Luciano pasó su mano por ambos lados de su cara y sintió la piel joven.

-Tienes razón, Luciano – dijo Dorian Gray -. Te engañé a ti y me engañé a mí. He cometido algunos errores, pero ahora corregiré mi vida. ¡No me arrepiento de mantener mi belleza y juventud! ¿Quién podría arrepentirse de eso? Pero sí me arrepiento de algunas otras cosas... Algunas mentiras, algunas traiciones, algún crimen... ¡Sé quién es el culpable!

Dorian dio media vuelta y caminó resuelto hacia su carruaje. Sacó del equipaje un lienzo cubierto con una tela. Luego lo descubrió. Empalideció y tembló su cuerpo cuando vio su rostro en el retrato: su cara manchada, llena de pliegues, arrugas y fealdad. Sacó su cuchillo y alzó el brazo.

-No lo hagas, Dorian – dijo el retrato – No sabes lo que haces.

Enloquecido Dorian apuñaló la tela y luego estremeció a todos con su grito. Todos corrieron hacia él.

Cuando llegaron, encontraron a Dorian apuñalado en el corazón. Había envejecido notoriamente. A su costado, el cuadro mostraba a Dorian Gray radiante, en el esplendor de su belleza y su juventud.

365 días

-Feliz aniversario, Luciano – dijo Pinocho – Hoy cumples un año aquí. ¿Sabes lo que eso significa, no?

-Sí – respondió Luciano -. Que ya han pasado 365 días. Como sea, creo que este tiempo aquí me ha cambiado un poco. Estoy preparado para nuevas aventuras. Me siento más osado, más libre, más vivo. Y, por favor, ¡díganme qué puerta debo abrir para encontrar una mujer! No seré exigente y espero que tampoco ella lo sea.

-Aquí ya no quedan puertas para ti, Luciano – le respondió Pinocho – ¿Es que nadie te lo dijo? Se

supone que Virgilio te lo debía comentar en algún momento. O el zorro. ¡O Don Quijote mismo!

-¡Es culpa de Aristóteles! – exclamó la sombra de Virgilio, que se había acercado silenciosamente.

-Admito que me distraje cuando vi los campos de trigo y recordé al Principito – se excusó el zorro.

Don Quijote miró hacia otro lado, haciéndose el desentendido.

“Yo nunca tuve otra escuela

que una vida desgraciada:

no estrañen si en la jugada

alguna vez me equivoco;

pues debe saber muy poco

aquel que no aprendió nada”, cantó Martín Fierro.

-Está bien – dijo Pinocho -. En verdad era Pepe Grillo quien se encargaba de todos estos protocolos. Supongo entonces que me toca a mí informarte: aquí el viaje dura un año. Hoy te vuelves.

-¿Hoy...?

-Hoy – confirmó Pinocho -. Te extrañaré, amigo – enseguida le creció la nariz -. Bueno, ya sabes que soy desapegado – se excusó Pinocho.

-Seguro que pronto te convertirás en un niño – quiso ser compasivo Luciano.

-Seamos realistas – respondió Pinocho - Aplastar a Pepe Grillo me ha complicado ese trámite.

-Espero que todo lo vivido y visto te hayan enseñado algunas cosas, Luciano – dijo Virgilio - .

Fundamentalmente: no confíes en Aristóteles.

-Ojalá el Principito sea el próximo en llegar de la Tienda Mágica, así podré estar un año con él – rogó el zorro.

-Sí – sonrió Luciano -, creo que volver es una buena noticia. Además, con todo lo vivido en este año, a la fuerza debo haber aprendido y mejorado. ¡Creo que he superado algunos temores y puedo enfrentar la vida!

Martín Fierro tomó su guitarra y dando unos acordes cantó:

“Para vencer un peligro,

salvar de cualquier abismo,

por experiencia lo afirmo:

más que el sable y que la lanza

suele servir la confianza

que el hombre tiene en sí mismo.”

-¿Y ahora qué debo hacer? – preguntó Luciano.

Una densa niebla comenzó a levantarse. Luciano llegó a ver a Don Quijote saludándole con una reverencia. La niebla se hizo más espesa y un brillo enceguecedor golpeó sus ojos. Luciano cerró instintivamente sus párpados y, al abrirlos, estaba en una calle que no conocía y la puerta de la Librería se cerraba tras él.

El viaje había terminado.

Una nueva historia

Era una hermosa tarde de sol. Habían pasado unos cuantos días desde el regreso de Luciano. Ya había dado explicaciones falsas a sus padres y amigos. También tuvieron que notificar a la policía de que había aparecido. Se excusó ante todos e inventó una historia en la que argumentó que quiso aislarse por un año y probarse a sí mismo. Que si bien lo había logrado, comprendió que fue una locura y que extrañaba a los suyos. Pidió disculpas muchas veces y nunca dijo la verdad.

En esa hermosa tarde de sol, cerca de una esquina sombreada, Luciano se encontró a Verónica. Recordó el inicio de su viaje, en la Librería Mágica, cuando él fue a comprar un libro para regalarle. En aquella época, Verónica le gustaba. Ahora, al verla, le gustaba más.

-¡Luciano! – se alegró Verónica - ¡Hace mucho que no te veía! ¿Cómo estás?

-¡Hola, Verónica! Sí, hace mucho que no nos veíamos. Un año. Aunque no lo creas, tengo un regalo para darte.

-¿De verdad? ¿Por qué? ¿Qué es? – se asombró Verónica

Y en esa hermosa tarde de sol, cerca de una esquina sombreada, Luciano besó los labios de Verónica como tal vez Don Quijote hubiese besado a su Dulcinea.

Enseguida sintió el cachetazo de Verónica sobre su mejilla izquierda, donde antes lo acompañaba Luciano viejo.

-¿Qué te pasa? – dijo Verónica

-Es que me gustas tanto – respondió Luciano -. Cuando ríes, cuando hablas, cuando te enojas. Me gusta cuando estás cerca. El mundo se ilumina y se detiene. Siento que todo es posible. Eres luz para mí, Verónica. Eres vida.

Verónica lanzó un gruñido de furia y dijo:

-Encima tengo que escuchar todo este verso.

Dio media vuelta y se fue con pasos rápidos y cortos.

Al llegar a la esquina sombreada, Verónica volteó su rostro lentamente y... sonrió. Luego se perdió de vista.

Luciano quedó contento y acarició sus labios, como si todavía estuviera Verónica en ellos.

“La vida tiene muchas puertas”, pensó. Sabía que no eran pocas las que había dejado cerradas por sus miedos.

Hasta ahora.

En algún lugar, tal vez Pinocho sintiera un poco de orgullo por él.

Y se marchó, silbando una canción, a recorrer los laberintos de la ciudad.

3. Las muertes de Bernardo Balbor

“El universo es una perversa inmensidad hecha de ausencia. Uno no está en casi ninguna parte”.

Alejandro Dolina.

Nacimiento y despedida

Bernardo fue un bebé muy esperado. Su madre tuvo dificultades para quedar encinta. El día que el embarazo fue confirmado, los Balbor lloraron largamente de emoción.

Bernardo asomó su cabeza al mundo un 5 de agosto a las 05:41 hs. Su nacimiento fue para asombro de toda la familia, ya que faltaban 9 semanas para la fecha estimada de parto. Pesó 1,02 kg.

El 8 de agosto su cuerpecito se apagó. Eran las 17:26.

Los Balbor lloraron más largo esta vez.

El Jardín de Infantes

Sin ninguna duda Bernardo era la bendición y el orgullo de sus padres: Laura y Joaquín.

Laura fue docente pero dejó todo para dedicarse por entera a su alumno favorito: su pequeño Bernardo. Joaquín, en cambio, se sintió revitalizado como proveedor de la familia y empezó a abrirse camino en la empresa de cereales en la que trabajaba.

Bernardo comenzó el jardín de infantes a sus 3 años. Sus padres estaban contentos porque les gustaba esa escuela y podría seguir ahí sus estudios primarios y secundarios.

Pronto hizo amistad con Milena, de 3 años también. Les gustaba jugar juntos.

El primer año en el jardín transcurrió rápido. Su padre consiguió un nuevo ascenso en la empresa. Su madre se hizo amiga de la madre de Milena, lo que hizo que los niños también compartieran horas de juego fuera del jardín.

Cuando Bernardo tenía 4 años, una mañana en que Milena estaba ausente, ante un descuido de la maestra se separó de su grupo y se escondió debajo de unas colchonetas. Llegaron los chicos de la secundaria y, sin saber que él estaba ahí, comenzaron a saltar y a correr sobre ellas.

Bernardo murió de asfixia. Lo encontró el profesor de gimnasia de los grados superiores, cuando todos lo buscaban después del 2do recreo.

Su padre ya no se interesó por la comercialización de granos y renunció a su trabajo. Comenzó a manejar un taxi unos meses después. Laura, su madre, vio a la madre de Milena en el cementerio, con la cabeza gacha y anteojos oscuros. Nunca más la volvería a ver.

Las vacaciones inolvidables

La familia Balbor estaba emocionada. Era la primera vez que viajaban juntos en avión, fuera del país. El pequeño Balbor era, a todas luces, el más emocionado. El vuelo lo tenía ansioso, un poco asustado, pero feliz.

Todo fue maravilloso. El viaje, la playa, el clima. Bernardo disfrutó mucho de sus vacaciones. A sus 9 años, esta era una de las mayores aventuras que había vivido.

Joaquín, su padre, se sentía íntimamente orgulloso de haber podido ofrecer a su familia estas vacaciones, que eran un sueño para todos ellos.

Laura, su madre, estaba muy contenta por lo alegre que se mostraba Bernardo y por notar a su marido tan complacido. Ella sacó muchas fotos y, pese a la distancia, habló muchas veces con la madre de Milena. Eran muy amigas y les gustaba estar al tanto de las novedades de cada una.

Volvieron bronceados y con grandes sonrisas.

En el vuelo que los trajo de regreso, Bernardo tuvo temor por algunas sacudidas del avión debido a las turbulencias.

Todos se alegraron cuando por fin aterrizaron.

Una vez en casa, Bernardo fue a recostarse porque no se sentía bien. El viaje fue largo y sus padres lo atribuyeron al cansancio.

Luego comenzó la fiebre.

Lo llevaron por si acaso a un control, aunque supusieron que estaría engripado, seguramente por el cambio del clima.

La fiebre no bajaba y la mirada del médico se notó preocupada.

Quedó internado para más controles.

Una bacteria extraña, difícil de detectar. No recibió antibióticos adecuados. El cuadro empeoró hora a hora.

Falleció al cuarto de día del regreso de las vacaciones soñadas de los Balbor.

Casi una Luna de Miel

Bernardo terminó la secundaria con excelentes notas. Era un estudiante destacado y se le auguraba un gran futuro. A sus 18 años recién cumplidos aún recordaba con alegría su primer viaje en avión, en unas vacaciones inolvidables para su familia.

Y otra vez sentía esa felicidad, porque ahora repetiría ese viaje pero con su novia Milena. Los padres de ambos consintieron y contribuyeron en este plan, como un regalo al esfuerzo que los dos habían dedicado a sus estudios.

Después de los abrazos, besos y recomendaciones de rigor, partieron en su ansiado viaje.

Fueron felices, disfrutaron de la playa, el mar y de estar juntos.

Una noche fueron a bailar. Bernardo fue a buscar bebida y Milena quedó sola. Otro turista que estaba con un amigo se acercó a ella. Había bebido bastante. Quería que fuera a bailar con él. Milena se negó sin ser antipática. No quería enfadarlo, porque se dio cuenta que estaba borracho. Pero el joven continuaba cargoso e insistía de malas maneras, hasta que finalmente la tomó del brazo y quiso arrastrarla a la pista. Justo llegó Bernardo. Discutieron. Uno empujó al otro. Forcejearon. Bernardo le pegó con el puño en la cara y lo tiró al piso. Nunca supo Bernardo que atrás suyo estaba el amigo de ese joven con una botella en la mano. Le rompió la botella en la cabeza.

Bernardo murió cuando era llevado a un hospital, por el fuerte traumatismo de cráneo.

Una lista de malas noticias

Las cosas cambiaron después de aquellas vacaciones de Bernardo y Milena. Toda esa escala ascendente de felicidad que iba logrando la familia, comenzaba ahora su descenso. Una sucesión de hechos fueron desmoronando lo que parecían los sólidos cimientos de la familia Balbor.

Cronológicamente, los hechos más destacados:

La cerealera en la que trabaja Joaquín Balbor, el padre de Bernardo, es absorbida por una multinacional. En esa fusión, Joaquín es despedido.

Unos dos meses después del regreso de las vacaciones, Milena le informa a Bernardo que está embarazada.

El padre de Milena le avisa a su mujer que la deja por su amante.

La madre de Milena cae en una profunda depresión y toma un frasco de pastillas. Milena la encuentra, llama a urgencias, le hacen un lavado de estómago y salva su vida.

El padre de Bernardo utiliza el dinero de su indemnización para realizar algunas inversiones arriesgadas.

Bernardo se muda a la casa de Milena, ya que Milena no quería dejar sola a su madre.

Bernardo comienza sus estudios de administración de empresas.

Bernardo comienza a trabajar como administrativo en un banco.

Nace Sebastián, el hijo de Bernardo y Milena.

Las inversiones del padre de Bernardo son un fracaso y pierde su dinero.

Bernardo deja sus estudios.

El padre de Bernardo comienza a beber.

La madre de Milena sigue con depresión.

Rubén, el padre de Milena, se desentiende de la situación y se va a vivir al exterior con su mujer actual.

Tal vez Bernardo repasaba esta lista cuando con su pequeño y viejo auto pasó el semáforo en rojo. El camión le pegó de lleno. Murió en el acto.

Milena secretaria

No eran tiempos fáciles, pero el nacimiento de Sebastián trajo un poco de aire fresco a las familias. Bernardo tenía pensado retomar sus estudios. En lo posible, el año siguiente. O el otro año, tal vez.

En la actualidad, su situación era difícil. Su madre no trabajaba, su padre no conseguía otro trabajo y era ya evidente que la bebida lo iba deteriorando. Su suegra se mostraba siempre lánguida y desganada. Bernardo tuvo que ayudar a sus padres, sostener su nueva casa, su mujer, su suegra, su hijo. Y el sueldo era magro. Intentaba compensar con horas extras en el trabajo, pero no era suficiente.

Milena decidió que era hora de que ella también contribuyera a la economía familiar y comenzó a buscar trabajo. Su presencia, soltura e inteligencia la favorecieron.

Consiguió trabajo como secretaria en el consultorio de un cirujano plástico.

Le dio la noticia a Bernardo por teléfono, que estaba trabajando en el banco. Los dos se sintieron muy felices.

Llegando la noche, Milena prendió la televisión, supuso que Bernardo llegaría tarde porque seguramente estaría haciendo horas extras.

Las noticias comentaban que seguía la toma de rehenes, tras el fallido asalto al banco. Milena

reconoció enseguida esas imágenes.

Entrada la noche, un grupo especial de la policía entró al banco a la fuerza. Murieron 3 delincuentes y 2 rehenes.

Bernardo ya no volvería a su casa.

Jaque Mate

Los meses siguientes del asalto al banco, del que Bernardo salió milagrosamente ileso, Milena y él se sintieron más juntos que nunca. Ella había tenido mucho miedo por Bernardo y estuvo feliz cuando pudo abrazarlo.

Pero no duró mucho tiempo. El contexto no les favorecía y ellos comenzaron a perder la batalla. Las discusiones ganaban terreno. Discutían por pequeñas cosas. Cada discusión era una reacción a las frustraciones que se les presentaban. Día a día la relación se degradaba.

Bernardo no estaba contento con su trabajo, se sentía prisionero de sus obligaciones, ver a su padre lo deprimía, vivir con su suegra y sus lamentos lo volvía más infeliz. Pero lo que más le dolía era notar a Milena distante, alejada, como si él se fuera tornando insignificante para ella. Sólo Sebastián le daba luz a tanta oscuridad.

Milena también era infeliz en su casa, salvo por Sebastián. Sentía que Bernardo no la comprendía y que se había encerrado en sus insatisfacciones. Fuera de la casa, Milena renacía.

Cuando Bernardo quiso sorprender a Milena a la salida de su trabajo, llevarla a cenar, recomponer su relación, sintió un mazazo en sus sienes al verla salir del consultorio con el Dr. Tormalo del brazo, subir a su coche y, una vez dentro, besarse apasionadamente.

Cuando el auto del Dr. Tormalo se fue con Milena, a Bernardo todavía le flaqueaban las piernas.

No volvió a su casa esa noche. Se emborrachó y drogó en los barrios bajos. Una voz en su cerebro le repetía una y otra vez “jaque mate, Bernardo”. Y él no encontraba la jugada salvadora.

“Jaque mate”.

En las primeras horas de la mañana, unos obreros encontraron su cuerpo sin vida, en una calle oscura y fría.

Sólo tenía 26 años. Demasiado pronto para retirarse.

A pesar de todo

Separarse de Milena fue un duro golpe en la vida de Bernardo. Pero contra todos los pronósticos y, pese a las cartas perdedoras que sacaba una y otra vez del mazo, Bernardo logró recomponerse.

Sin embargo, no fue de un día para el otro. Durante los primeros tres años posteriores al divorcio, Bernardo fue una triste versión de sí mismo. Pero, poco a poco, comenzó a sostenerle la pulseada al destino, a confiar un poco más en sus fuerzas y a rearmar un nuevo rompecabezas con los fragmentos de sus sueños.

Tal vez fue Sebastián el que primero comenzó a notar los cambios positivos en el humor de su papá. Esperaba ansioso los días en que se encontraban para estar juntos.

Al tercer año de su divorcio, Bernardo renunció al banco. Nada le quedó de su antiguo trabajo, salvo Lucía. A veces eran novios, a veces no lo eran. Bernardo la quería, pero no estaba seguro de

querer una relación permanente con ella.

En una de sus salidas nocturnas, Bernardo conoció a Antonio, un joven diseñador de ropa femenina que tenía un pequeño local. Bernardo y Antonio se hicieron buenos amigos. Bernardo consiguió clientes en el exterior, gracias a internet, y se dedicó a comercializar algunos vestidos exclusivos preparados por Antonio. También de otros diseñadores, que Antonio le presentó. Así fue que Bernardo comenzó a armar su cartera de clientes y la actividad a prosperar.

Los siguientes cinco años Bernardo se dedicó con pasión e intensidad a sus negocios. Se asoció con Antonio, alquilaron un viejo depósito que prepararon como un taller textil. Crearon una marca. Contrataron más empleados. Subieron las ventas en el país y en el exterior. Compraron un nuevo taller. El éxito crecía... Hasta que llegaron de la Agencia Federal de Impuestos. No estaban claras las cuentas, aparentemente se debían verdaderas fortunas y Bernardo estaba seguro de que su contador los había estafado.

Estaban en plena auditoría y Bernardo sentía que la quiebra se presentaba amenazante. Antonio creía que Bernardo exageraba.

El auditor entró a la oficina de Bernardo y le dijo seriamente: “tengo que hablar con usted”. Bernardo esperaba lo peor. Lo peor, como pasó con Milena cuando salió abrazada al Dr. Tornalo. Como la muerte de su padre, en un hospital público, arruinado y con el hígado destrozado. Lo peor, como aquella vez que escuchó al pequeño Sebastián decirle “papá” al Dr. Tornalo.

No, esta vez Bernardo no quería estar ahí. No quería ver ni escuchar. Esta vez quería escapar de lo peor.

Murió de un ataque al corazón, a sus 34 años.

Milena en el viento

Bernardo aún sonreía cuando recordaba al auditor fiscal, hace unos años, entrando a su oficina. ¡El susto que se había llevado!. Antonio tenía razón. Sus temores eran exagerados. Sólo algunas desprolijidades, un plan de pagos y fin del problema.

Ya había pasado un tiempo y el negocio siguió prosperando. Su posición económica era muy buena.

Recordó a Lucía con algo de melancolía. Ella trajo a su vida aire fresco y esperanzas. Pero no era la mujer para él. O, tal vez, ninguna mujer era para él en ese momento. Algún tiempo después supo que ella se casó y que tenía una hija.

Lucía le dio melancolía. Pero recordar a Milena le produjo dolor.

-Lo siento, papá – le dijo Sebastián. Sebastián, su adorado Sebastián. El fruto más puro de su amor con Milena.

-Gracias, Sebastián. Pero estoy bien. Con Marcela coincidimos en que era lo mejor separarnos – a Bernardo le pareció raro escucharse tan frío, al hablar de su nueva separación.

Sebastián ya había pasado sus 20 años. Bernardo lo notaba raro últimamente, pero supuso que era por cuestiones de su edad.

-Papá – Sebastián miró fijo a su padre y los ojos se le nublaron -. Mamá no quería que te lo dijera, pero está enferma... Muy enferma.

Bernardo lo miró asustado, gesticulando pero sin poder hablar.

Milena y el Dr Tornalo se habían separado hacía unos pocos años. Tal vez coincidieron en su decisión, como él con Marcela. Tal vez, no.

Bernardo telefoneó a Milena. Arreglaron para cenar. Hablaron. Tomaron sus manos. Se besaron. Siempre se habían amado.

Milena murió un año y siete meses después.

Bernardo Balbor lloró mucho. Lloró durante semanas. Una tarde dejó de llorar. Abrió sus ojos y sonrió.

Y fue así, sonriendo, como Sebastián encontró el cuerpo muerto de su padre, tendido en la cama.

La última cruz

Bernardo dejó unas flores sobre la tumba de Milena. Era un ritual que repetía cada mes.

Ahora iría a visitar a su hijo. Estaba orgulloso de Sebastián y de sus nietos. También quería mucho a Sofía, la mujer de Sebastián.

Primero tenía que buscar a Julia, su mujer. La conoció unos años después de la muerte de Milena. Julia y él se querían con armonía y sin pasión. Dos náufragos compartiendo su balsa.

Dentro del cementerio, Bernardo pensó en sus padres. Los extrañaba.

Su padre lo quiso y lo cuidó, aunque le faltó valor y la vida lo terminó doblegando. Su madre fue fuerte y luchadora. No sólo se preocupó por él, sino que recordaba cómo había acompañado a la madre de Milena hasta que pudo rearmar su vida. También fue una excelente abuela con Sebastián.

Bernardo caminaba lentamente hacia la salida del cementerio. Sintió un dolor fuerte en su cabeza. Todo se le hizo borroso. Sentía que se le volvían dificultosos los movimientos. Se abrazó a una cruz. Veía a sus seres queridos que se acercaban, los que ya no estaban.

En su confusión, no supo si él venía al cementerio para visitarlos o si eran ellos los que venían para visitarlo a él.

Un brillo fuerte de luz encegueció sus cansados ojos.

Luego todo se apagó.

FIN?

La Muerte apagó su cigarrillo y cerró el libro. Sólo se había detenido en algunos capítulos. Pero ya había marcado la hoja en que visitaría a Bernardo Balbor.

4. Centro comercial “Las Tres Palmeras”

“Estoy empezando a sospechar que cuando la maestra pregunta algo, no es porque ella no lo sepa”
(Mafalda)

Compre en “Las Tres Palmeras”

Había mucha gente el día de la inauguración del centro comercial “Las Tres Palmeras”. Su nombre se debía, justamente, a tres palmeras que estaban en el corazón del centro comercial. Un cantero en círculo las rodeaba. En el medio del cantero, las palmeras parecían nacer juntas y luego abrirse. Unas luces tenues las iluminaban desde el suelo.

Describir el resto del centro comercial sería muy difícil. Podría decirse que su estructura era no convencional o laberíntica o improvisada o delirante: pasillos que se cortaban abruptamente, escaleras mecánicas que cambiaban de sentido aleatoriamente, ascensores con un solo botón que al apretarlo giraba una ruleta: la ruleta indicaba el piso al que iría el ascensor. Escaleras que terminaban contra una pared.

Las salidas de emergencias de los pisos superiores eran puertas que daban a toboganes en caracol. Pronto estas salidas de emergencia fueron uno de los principales centros de atracción de “Las Tres Palmeras”.

Pero si todo esto parecía extraño, conocer los negocios y los empleados aportaba aún más extrañeza.

La vida de este centro comercial fue efímera.

Para revivir la emoción de sus antiguos clientes y para ilustrar a los que no llegaron a conocerlo y, posiblemente, nunca hayan escuchado de él, aquí va a continuación un muestrario del brillo fugaz del centro comercial “Las Tres Palmeras”.

“El bazar de Benito. Ofertas always” I

“El bazar de Benito. Ofertas always” era un local situado en el primer piso y atendido por su dueño, Benito Tolber. Era de estatura baja, gordito, calvo y locuaz. Era común ver a los clientes discutiendo con él.

Benito siempre aseguraba que su mercadería era imposible de conseguir en otro negocio. Y que él se reservaba el derecho de venderle al cliente, en caso de que no estuviese de acuerdo en que el producto era adecuado para la persona que lo compraba (aunque nadie recuerda nunca haberlo visto rehusar alguna venta).

En sus propias palabras, Benito Tolber se definía como: “un ser espiritual, un romántico, un soñador... En definitiva: un fenicio”, lo cual hacía un poco contradictoria su visión de sí mismo.

Para las fiestas, Benito agregó a sus ventas unas cañitas voladoras, a las que anunciaba como “prodigiosas”.

Juraba y perjuraba que ofrecerían un espectáculo único y maravilloso.

Luego de las fiestas los compradores regresaron furiosos. Reclamaban que las cañitas se habían

perdido en la noche, sin siquiera explotar.

-Es que no están hechas para explotar – se defendió Tolber -, sino para mostrar las estrellas.

“El bazar de Benito. Ofertas always” II

Benito Tolber comenzó a vender ventiladores que, aseguraba, eran para refrescar la memoria. Luego de algunas ventas, varios clientes insatisfechos se presentaron a reclamar. Aducían que las evocaciones provocadas eran bastante inexactas.

Benito comenzaba entonces, con paciencia, a dar una serie de explicaciones al cliente. Finalmente, le terminaba regalando una tarjetita con un calendario para el año próximo.

Al final, ninguna devolución fue realizada.

Y, en rigor de verdad, nadie puede asegurar que los clientes tuvieran la razón: es que los recuerdos y el ayer no siempre son iguales.

“El bazar de Benito. Ofertas always” III

Benito Tolber puso en la vidriera pequeñas cajas de llamativos colores. A su costado colocó un pequeño cartel en el que se leía: “Espejos de la Verdad”.

Cuando se acercaba algún curioso a preguntar, Benito le explicaba que era un espejo que mostraba a la persona como verdaderamente era.

-¿A qué se refiere? – preguntaba el interesado.

-A que lo muestra tal cual usted es. A veces para bien y a veces no. No es una experiencia para cualquiera. No sé si todos querrían saber cómo realmente son. Y con eso me refiero a cómo realmente son, ¿me entiende?

La persona asentía, ante el gesto insinuante y reflexivo de Benito.

-¿Puedo verlo? – preguntaba la persona.

-Sí, si lo compra – afirmaba Benito -. Aquí no. No es un negocio el lugar adecuado para pasar por este trance. Además, si a usted no le gusta quién es, no quiero que haga una escena en mi local. Tampoco quiero una reacción desmedida si la imagen lo alegra. Porque, entiéndalo bien, el cristal lo mostrará como verdaderamente usted es. Como verdaderamente es, ¿entiende? - bajaba la voz cómplice.

-Sí... ¿Y por qué es tan barato? – preguntaba el cliente.

-Porque todo aquí es barato. Porque todos tenemos metas en la vida y las mías trascienden lo material. Porque soy un ser espiritual, un soñador, un romántico... Un fenicio, báh. Aquí lo importante es si usted quiere conocerse. El precio es barato y la revelación única.

-Lo llevo – se convencía el cliente.

Como era costumbre en el bazar de Benito, al poco tiempo el comprador regresaba para quejarse.

-¿Cuál es el problema? – preguntaba Benito.

-¡Es un espejo común y corriente! – reclamaba la persona

-¿Y cómo se ve? – volvía a inquirir Benito.

-Como me voy a ver... Me veo como siempre. Como soy...

-Justamente – sentenciaba Benito -. Lo que le prometí. Y si me permite, mírese atentamente la

próxima vez. Verá que lo de “como siempre” no es del todo así.

Y le obsequiaba una tarjetita con un calendario al cliente, que se marchaba bastante confundido.

“Lechuga, Tomate y Zanahoria”

“Lechuga, Tomate y Zanahoria” era el nombre de la librería del “Tres Palmeras”. Su nombre resultó siempre misterioso e, incluso, se prestó a confusiones. Muchos que veían el cartel de lejos se acercaban con su bolsa de mandados, pensando que iban a encontrar una verdulería. Otros creían que llegaban al patio de comidas. Hubo también quienes creían que solamente se vendían libros naturistas o de cocina. Algunos llegaron a sospechar que Lechuga, Tomate y Zanahoria eran los apodos de los dueños de la librería.

Si bien este misterio nunca fue develado, una lista del catálogo de los libros ofrecidos, conteniendo una sinopsis de cada uno, logró perdurar en el tiempo y llegar a mis manos. Sólo exhibiré unos pocos títulos, que dan una idea de la naturaleza de esta librería:

- “Pinocho y Pepe Grillo: una historia de pasión y violencia”. Expone los entretelones en la historia de Pinocho y Pepe Grillo. Diálogos y situaciones desconocidas hasta hoy.

-“Así habló Zarathustra. Dios ha muerto” de Friedrich Nietzsche, con prólogo de Freud y comentarios de su psiquiatra.

-“Todos los perros van al cielo”. Narra en forma conmovedora la historia de un perro, Bastón, desde que era cachorro hasta su final.

-“No te soporto” por Virgilio. Un libro extraño, de 457 páginas, en las que el autor se dedica obstinadamente a denostar e insultar a Aristóteles.

-“¿Sólo se muere una vez?” por Bernardo Balbor. Un ensayo sobre la fragilidad de la vida y la aleatoriedad de la muerte.

-“Cómo influir en el otro” por Yago. Libro de aprendizaje.

-“Por si las moscas” género culinario, de Reinfeld. Libro de recetas para comidas rápidas.

-“Artes Plásticas” del Dr Tornalo. Consejos para distintas cirugías correctivas. Casos de famosos.

-“Serás lo que soy” de Hamlet. Novela corta protagonizada por la calavera de Yorick.

-“Secretos para una piel joven”. Libro de cosmética de Dorian Gray.

-“Aprende a cambiar”. Libro de autoayuda escrito por el Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

-“Viernes de fiesta” por Robinson Crusoe. Acusa a su amigo Viernes de su debilidad por las fiestas y los escándalos. ¿Participaban los caníbales?

-“Liposuccióname suavemente” de Milena. Novela romántica, protagonizada por una secretaria y un cirujano plástico.

Muchos otros libros figuraban en el catálogo de “Lechuga, Tomate y Zanahoria”. Se desconoce la editorial que imprimía estos libros. Como indicio, en el papel del catálogo y junto al nombre de la librería, aparecía escrito en cursiva: subsidiaria de la Librería Mágica.

“Cenicienta”. Zapatos de mujer

En la planta baja del centro comercial “Las Tres Palmeras” estaba instalado un coqueto local de

zapatos para mujeres. Su nombre era Cenicienta.

En la entrada y como gancho comercial, se exhibía un hermoso y fino par de zapatillas de cristal, entre almohadones de terciopelo. Un cartel con elegante caligrafía anunciaba: “Buscamos a nuestra princesa. Si calzan en sus pies, son de usted”.

Una mujer magra y bajita fue la primera cliente. Se probó las zapatillas de cristal y le entraron perfectamente.

-Son mías, me las llevo –dijo, entonces, la mujer.

De nada sirvieron los ruegos ni las ofertas del gerente del local para cambiarlas por algún otro producto. A la mujer le gustaron esas zapatillas y haciendo valer la promesa del cartel, se las llevó.

Al poco tiempo, comenzaron a llegar otras clientas a las que les llamó la atención los almohadones de terciopelo en la entrada y, sobre ellos, unas sandalias verdes.

Un cartel de irregular caligrafía anunciaba: “En oferta”.

Los tres enanos. Testimonios.

Dicen que uno de los motivos de la pronta decadencia del centro comercial fue a causa de tres enanos que se paseaban por allí burlándose de la gente.

Este motivo parece exagerado y seguramente el pronto cierre y abandono de “Las Tres Palmeras” tiene otras raíces más profundas.

Pero de todas maneras resulta interesante contar las andanzas de los tres enanos, ya que, al día de hoy, los pocos clientes de dudosa credibilidad que pudieron ser localizados, aún los recuerdan.

Por razones de pudor estas personas accedieron a dar sus testimonios a cambio de no publicar sus nombres completos. Estas son sus palabras:

Julián J.: “Recuerdo que era cerca de Navidad, el Bazar de Benito estaba lleno de cañitas voladoras y él garantizaba a todos que darían un espectáculo maravilloso. Por el pasillo de su negocio, aparecieron los tres enanos vestidos de duendes o gnomos, no sé. Pensé que tenían que ver con Papa Noel y la Navidad. Cuando notaron que los miraba, se acercaron a mí con pasos rápidos. Se veía la malicia en sus ojos. Como verá, yo soy un hombre alto, mido cerca de 2 metros. Ellos me rodearon y con las manos en su cinturón uno me preguntó: - ¿Cómo está el clima allá arriba? -. Sonreí e iba a responder, cuando el otro agregó: - ¡Debe estar caluroso, con lo desabrigada que está la cabeza! -. En aquel entonces yo era joven, pero ya había quedado calvo. Los tres comenzaron a reír a carcajadas. Sentía que toda la gente me miraba y se reían. Escapé del “Tres Palmeras” corriendo, sonrojado y tapándome la cara”.

Los tres enanos. Testimonio 2.

Emilia P.: “Estaba en Lechuga, Tomate y Zanahoria cuando al sacar un libro de un estante, por el hueco que quedó veo la cara de uno de los tres enanos. Él me sonrió y enseguida noté la maldad en sus ojos. De pronto, los otros dos enanos estaban a mi lado. Uno vio el libro que tenía en mi mano y repitió el título en voz alta: “Cama salvaje” de Desdémona. Los tres rieron y comenzaron a gritar: - ¡Señorita, acá ofrecen el libro “Lujuria descontrolada”! – exclamó uno. - ¡Acá está el de los “10 juguetes eróticos que cambiarán su vida”, el que usted no encontraba! – gritó otro, mientras lanzaban

sus inconfundibles risotadas. Jamás me sentí tan humillada en toda mi vida. Nunca más volví a “Las Tres Palmeras”. Por suerte, pude leer de todas maneras “Cama salvaje” porque una amiga me lo prestó. Hmmm, no imagina lo apasionado que era Otelo”.

Los tres enanos. Testimonio 3.

Jairo V.: “Los tres enanos tenían un rasgo en común y era la mirada. Apenas chocabas con sus miradas, sabías que la ibas a pasar mal. Una tarde cometí el error de subir a uno de los ascensores del “Tres Palmeras”. Quería ir al segundo piso, pero al oprimir el botón la ruleta me marcó el tres. En el ascensor había una chica muy bonita. Cuando las puertas iban a cerrar, rápidamente subieron los tres enanos. Me miraron y sonrieron. Entonces, sospecho que uno de ellos se lanzó una flatulencia. Inmediatamente los tres se dirigieron a mí con grandes gestos de indignación y fastidio. El olor rápidamente fue insoportable. – ¡Usted es un asqueroso! – me acusó uno, con la nariz fruncida. – ¡Señor, yo no fui! – intenté defenderme. - ¿Por qué señala a la chica, si yo estoy a su lado y escuché que fue usted? – dijo otro, mientras la chica se daba vuelta y me miraba con sorpresa y desagrado en su cara. – Además, mire nuestra altura. ¡Usted lo hizo en nuestras caras! – se quejó otro. Siguieron refunfuñando hasta el 3er piso. Cuando el ascensor abrió sus puertas le dijeron a la gente que no suba. –Este señor contaminó el ascensor. ¡Nos gaseó a todos! – dijeron. La chica al bajar no aguantó más, me miró y preguntó con furia: “¿cómo puedes ser tan asqueroso?” No esperé mi respuesta y se alejó rápidamente. Tardé unos meses en volver a “Las Tres Palmeras”. Y, al día de hoy, en cualquier edificio en que esté, utilizo solamente las escaleras”.

Los tres enanos. Algunas conjeturas.

De acuerdo a los testimonios de Carlos T. y Viviana Z. ellos aseguran que los tres enanos eran en verdad estudiantes de teatro y que practicaban con la gente el rol para sus papeles, para resultar creíbles y naturales. Aparentemente iban a formar parte de una obra en la que representaban personajes maliciosos y burlones.

Pero no coinciden con el testimonio de Alberto S. que jura que los tres enanos fueron enviados por una comisión de dueños de los comercios de la peatonal, cercana al centro comercial, que se veían perjudicados al haber decrecido la afluencia de clientes a sus negocios.

Rubén M. dijo conocer a los enanos desde antes de la inauguración del centro comercial y que siempre se burlaron de otros sólo por diversión.

La verdad es que una vez que “Las Tres Palmeras” cerró sus puertas, nada más se supo de los tres enanos. Algunas versiones contradictorias y poco creíbles:

Que andan con chaquetas de cuero y en ciclomotores (alguno dijo que como una especie de club de motoqueros y otro sugirió que haciendo delivery).

Que se dedicaron al stand up sin mucho éxito.

Un espiritista afirmó que cada enano era la manifestación corpórea del alma de cada una de las tres palmeras del centro comercial.

Que ahora son abogados.

Que se mudaron cerca de otro centro comercial, para seguir molestando a la gente.

Como notarán, es difícil saber qué fue de ellos.

Olvide. Recuerde.

El centro comercial “Las Tres Palmeras” tuvo muchas curiosidades. Como el local del 3er piso: “Olvide. Recuerde”.

Este negocio ofrecía al cliente un mecanismo rápido e indoloro para quitar recuerdos.

Según he podido averiguar, al comienzo tuvo numerosos clientes. En apariencia, bastante gente se encontraba ansiosa de arrancar de su memoria diferentes vivencias: pérdidas irreparables, momentos dolorosos, humillantes o difíciles de superar.

Por algún extraño mecanismo que no ha trascendido, el recuerdo era extirpado de la mente y alojado en un diskette (método de almacenamiento de datos en aquella época). Esta era la etapa del “Olvide”.

Para la parte del “Recuerde”, sólo estaba disponible lo guardado previamente en los diskettes. Es decir, el cliente sólo podía recuperar lo que antes había pagado por perder.

¿Quién querría recordar lo que en principio quiso olvidar? De acuerdo a la información que he podido recabar y que fue transmitida de boca en boca, no fueron pocos los que pagaron por los dos procedimientos de este sistema. A continuación expondré algunos de estos casos que me llegaron de forma sinuosa y de los cuales no puedo garantizar su veracidad.

Olvide. Recuerde. Caso 6: El deportista

Me han contado de un hombre que cuando joven se destacaba jugando al fútbol. Se probó en un club importante y fue incorporado a su semillero.

Se siguió destacando entre sus compañeros y todos veían un futuro promisorio en su carrera

Antes de su debut y su primer contrato, tuvo una seria lesión (pudo ser en un partido de inferiores o en un accidente automovilístico). Lo importante es que esa lesión le impidió continuar con el fútbol en un nivel profesional.

Cuando su sueño fue dinamitado se quedó sin ganas de soñar. A partir de ese momento aciago, la frustración fue su motor. Distintos intentos, distintos trabajos, todo formó parte de una única y larga frustración que boicoteaba toda nueva iniciativa. Él siempre había querido ser futbolista. Y su deseo fue aún mayor, después de que el destino lo golpeó con el puño cerrado.

Se dirigió entonces a “Las Tres Palmeras”, luego de unos intentos fallidos con el ascensor llegó al 3er piso y se encaminó con pasos firmes al local de “Olvide. Recuerde”.

Pidió que le quitasen un recuerdo: el de ser casi un jugador de fútbol.

Pensó que sin ese recuerdo no sentiría la frustración y la vida se le haría más fácil.

Pero parece que no funcionaba así.

El recuerdo le fue sacado y guardado en el diskette. El procedimiento fue realmente exitoso. Él no recordaba que casi fue jugador de fútbol.

Pero sentía una tristeza indefinida.

Sentía una ausencia por dentro, una angustia que se mantenía pero que ocultaba con un velo sus formas.

Usando la misma figura con la que me lo explicaron: “era como estar parado ante una orquesta. La orquesta desaparecía y la música seguía sonando sin que uno supiera por qué”.

Así que el hombre quiso conocer la cara de su angustia y pagó para recuperar el recuerdo. Cuando recordó, quiso olvidar de nuevo. Reinició el procedimiento una vez más. Y luego otra vez y otra y otra...

No me han sabido decir qué postura finalmente prevaleció. Pero sí que con estas idas y vueltas al hombre se le fue la tarde... y el sueldo.

Olvide. Recuerde. Caso 14: La pelirroja.

Este es el caso de un hombre que orillaba sus 30 años.

Pagó para quitar de su mente un hecho doloroso. Luego del procedimiento, sintió una angustia indefinida moverse dentro suyo, una angustia sin formas. Entonces volvió a pagar, pero esta vez para recuperar su recuerdo.

Se trataba de una pelirroja de la época de la secundaria, que le había herido de una vez y para siempre en el centro de su corazón.

Recuperar su recuerdo hizo al cliente más aguerrido y resolvió no resignarse esta vez a la tristeza pasiva: decidió buscar a la pelirroja.

Dicen que uno de los tres enanos lo ayudó (aunque siempre lo negó para no dañar su imagen burlona e impiadosa).

El hombre finalmente encontró a la pelirroja. Sus ojos lagrimearon al verla, pero quedó desconcertado cuando la mujer juró no conocerlo. Ni siquiera habían estudiado en la misma escuela.

Cuando volvió a “Las Tres Palmeras”, al local de “Olvide. Recuerde” el misterio quedó develado.

Accidentalmente habían utilizado el diskette de un recuerdo que pertenecía a otro cliente. Su recuerdo extirpado trataba, en verdad, de un álbum de figuritas que con mucho esfuerzo había logrado completar y que se lo habían sustraído hacia el final de su infancia.

Según dicen, este intercambio de recuerdos no fue por negligencia de los empleados del local, sino una travesura hecha por uno de los enanos.

Aunque también se ha dicho que quien realmente manipuló los diskettes fue el mismo enano que lo ayudó en su búsqueda de la pelirroja. Y que esa misma ayuda fue, al fin y al cabo, parte de una burla más refinada y cruel.

Olvide. Recuerde. Caso 19: Plantada en el altar

Con ojos llorosos una joven y agraciada mujer se acercó al local de “Olvide. Recuerde” para que le quitaran un recuerdo que le causaba mucho dolor: poco antes de su boda, el novio se arrepintió y la abandonó.

Quería quitarse inmediatamente ese recuerdo que, según explicaba, inundaba sus noches de lágrimas. Y también sus mañanas y sus tardes.

El joven empleado que la atendía intentaba consolarla pero sólo conseguía empeorar su estado, porque ella entendía que él se apiadaba por lástima y eso la avergonzaba aún más.

El problema es que una vez quitado el recuerdo, el peso de la angustia sin un motivo era peor. ¿Qué hacer para quitarse esa sensación de angustia que persistía, si la clienta desconocía por qué estaba angustiada? Como en los casos anteriores, la bella señorita pagó para recuperar su recuerdo. Y cuando el recuerdo fue devuelto, ella comenzó a llorar y a clamar por el olvido una vez más.

La joven se hizo asidua del “Olvide. Recuerde”. Las lágrimas poco a poco comenzaron a escasear y, en su lugar, a abundar las sonrisas entre ella y el joven empleado del local.

Finalmente salieron una noche al cine y a cenar. Se hicieron novios. Pasó un tiempo y decidieron casarse. Poco antes de la boda, ella lo abandonó.

-Ahora me siento mejor – dijo ella cuando se alejó de él. Y al poco tiempo comenzó a salir con el hijo del dueño de un restaurante.

El joven continuó trabajando en “Olvide. Recuerde”. Y se hizo cliente, también, aprovechando un plan de descuentos para empleados del local.

Olvide. Recuerde. La Manifestación de los Psicólogos

Una tarde llegaron a las puertas del local “Olvide. Recuerde” una manifestación de psicólogos y estudiantes de psicología. Traían pancartas y bombos. Al comienzo hacían un poco de ruido y cantaban algunas consignas en contra del negocio.

-¡Es una barbaridad lo que hacen! – se quejaba una de las profesionales.

-¡No es culpa de ustedes, sino de sus padres! – intentó ser más cauta otra.

-¡Están dañando a la gente! – gritó otro, de anteojos y barba - ¡Dejan las fuerzas reprimidas del inconsciente sin su representación en el consciente!

Otro hombre que llevaba un saco gris gastado negó con la cabeza e interpeló a este manifestante: “Es usted el que hace daño con sus conclusiones. Le recomiendo unos ejercicios de asociación libre...”.

El de anteojos y barba se puso colorado y furioso:

- ¿Está siendo irónico conmigo? – sus puños estaban crispados - ¡Yo sé muy bien de lo que hablo! ¡Estoy en 2do año de la facultad de Psicología y he promocionado tres materias!

El del saco gris gastado volvió a menear su cabeza.

El clima se iba enrareciendo y pronto los cantos se volvieron más hostiles y agresivos. Los guardias de seguridad del centro comercial se interpusieron entre los manifestantes y el frente del local.

-¡Respeten al Yo, al Superyó y al Ello! – gritaba el de barba y anteojos - ¡No atenten contra la estructura del aparato psíquico!

Un curioso, de aspecto muy delgado, le preguntó al de barba a qué se refería con lo de Superyó. El de barba carraspeó e, irguiendo su mentón, le respondió:

-El Superyó representa los pensamientos morales y éticos adquiridos y aprendidos de la cultura, lo que nuestro entorno nos va inculcando. El Superyó le indica al Yo cómo debe ser nuestra conducta. Si las demandas del Superyó se oponen a las del Ello (le recuerdo que el Ello es una reserva de energía inconsciente que pugna por satisfacer nuestros impulsos básicos), el Yo es el responsable de lidiar entre ambos. A su vez, El Superyó está conformado por la conciencia moral y el ideal del yo...

- de pronto voló una pipa de entre los manifestantes y rompió la vidriera del local.

En ese momento se acercaron unos policías, escoltados por los guardias de seguridad de “Las Tres Palmeras”. Los manifestantes comenzaron a correr para alejarse.

-¡No nos culpen! – gritaba el que arrojó la pipa, mientras escapaba corriendo a grandes zancadas
- ¡Lean la Psicología de Las Masas!

El de barba y anteojos también comenzó a correr. Pero antes le dejó una tarjeta personal al curioso que le preguntó sobre el Superyó:

-Si quiere ser mi paciente, llámeme en 3 o 4 años, que me habré recibido. ¡Ya promocioné 3 materias! – y se alejó corriendo.

Superyó, el Superhéroe de Las Tres Palmeras

“Superyó” apareció una tarde en “Las Tres Palmeras”. Vestía una polera celeste y brillante, ajustada a su cuerpo. Era extremadamente delgado. Tenía unos pantaloncitos blancos, holgados, y, bajo ellos, una calza del mismo color que la polera. Como protección usaba unas rodilleras para rollers.

Una capa corta estaba anudada a su cuello, era de color amarillo y blanco. A juzgar por algunas manchas, muchos supusieron que era el pedazo cortado de un mantel.

En el frente de la polera había un rombo que dentro tenían las letras “SY”. Y en la capa, con un fuerte rojo se leía “SuperYó”.

Asomado a las barandas del 3er piso, aplaudió fuerte y pidió atención. La gente hizo silencio y se detuvo para mirarlo.

-¡Ciudadanos de “Las Tres Palmeras”! Soy Superyó, vuestro superhéroe. ¡No permitiré el mal ni las fechorías dentro de este centro comercial! ¡Nada tienen que temer, porque estoy aquí para protegerlos! ¡Muchas gracias por su atención y disfruten de las ofertas!

Los guardias del centro comercial se fueron acercando lentamente a Superyó, pero se detuvieron cuando vieron a los tres enanos que estaban cerca de él. Los tres enanos miraron con malicia a los encargados de la seguridad y movieron sus cabezas, como diciéndoles: “no”.

Los guardias no querían problemas con los enanos y se retiraron, dejando a Superyó sonriente, observando el centro comercial desde lo alto del 3er piso.

El carismático Superyó

Por extraño que pareciese, los tres enanos nunca molestaron a Superyó.

Superyó comenzó a ser una figura corriente dentro de “Las Tres Palmeras”. A la gente le resultaba simpático e inofensivo. También resultaba divertido para los niños.

Todos los días Superyó pasaba largo tiempo parado frente al local de “Olvide. Recuerde”. Luego suspiraba, bajaba su cabeza y se marchaba.

Recorría los pasillos del centro comercial y observaba todo con atención. A veces, al pasar frente al “Bazar de Benito. Ofertas Always” se cruzaba con Benito Tolber que intentaba atraer clientes.

-Nada de fechorías, Benito – le decía, señalándolo con su dedo huesudo.

-Jamás – respondía Benito –. Ya sabes que soy un fenicio – y le regalaba una tarjetita con un calendario.

Era conocido por todos los comerciantes y todos lo trataban con afecto. El tatuador del primer piso, cuyos tatuajes cambiaban en la piel del cliente según el estado de ánimo, los de la juguetería del 2do piso que diseñaban sus propios juguetes, los de la casa de artículos para el hogar, el excéntrico vendedor de la disquera del tercer piso, las chicas sonrientes y peligrosas del local de cosméticos, el peluquero... Todos lo habían aceptado como parte de “Las Tres Palmeras”.

Superyó Salvador

Una tarde, un hombre de barba y anteojos, intentó sabotear las máquinas de “Olvide. Recuerde” armado con un martillo.

Superyó había reconocido en él al estudiante de psicología con el que había hablado el día de la manifestación y que le dejara su tarjeta.

Superyó estaba pensativo y silencioso frente al local, cuando vio pasar al hombre con el martillo en la mano.

Corrió tras él y se colgó de su espalda. El hombre lo ignoró e intentó golpear a una de las máquinas. Los empleados de “Olvide. Recuerde” estaban paralizados y no atinaban a realizar ningún movimiento.

Pero Superyó mordió la oreja del estudiante y éste se revolcó del dolor, tirando el martillo al suelo.

Superyó levantó el martillo y miró amenazante al estudiante de barba y anteojos:

-Nada de fechorías en “Las Tres Palmeras” – le dijo -. El centro comercial está bajo mi protección.

-¡Usted es ridículo! ¡Ridículo! – gritó el hombre - ¡Si usted es Superyó, yo soy Ello! ¡Y lo destruiré! – el estudiante de barba y anteojos se agazapó, siseó como una serpiente y mostró sus blancos dientes. Y en el momento en que iba a lanzarse sobre Superyó, escuchó un carraspeo tras él, donde debía estar la puerta.

Al darse vuelta se encontró con la sonrisa y la mirada maliciosa de los tres enanos.

El estudiante se irguió, con un pañuelo cubrió su oreja y se alejó mirando con furia a todos los presentes.

Una vez que se hubo retirado, los empleados de “Olvide. Recuerde” dedicaron un entusiasta y cerrado aplauso para Superyó.

El Melancólico y Superyó

El joven empleado de “Olvide. Recuerde”, abandonado por una mujer poco antes de su casamiento y al que los demás empleados llamaban “El Melancólico”, se acercó a Superyó una tarde en que éste se encontraba suspirando frente a los cristales del local.

-Tengo una buena noticia, Superyó. Los dueños de “Olvide. Recuerde” se han enterado de tu hazaña y en agradecimiento nos han dado instrucciones para que se te permita un Olvido gratis. ¿Entiendes? ¡El procedimiento será gratis para ti!

-Gracias – respondió Superyó -. Pero sólo cumplo con mi deber ético. No busco recompensas.

-¿No te gustaría olvidar algo? ¿Quitarte algún recuerdo doloroso de encima? – preguntó El Melancólico.

Superyó lo miró con sus ojos brillantes.

-No, no tengo nada que olvidar – respondió. Y se alejó despacio, con su figura endeble, su capa corta anudada al cuello y sus pantaloncitos blancos y holgados.

-Superyó, espérame – dijo El Melancólico -. Si no te molesta, ¿me acompañarías a comer algo? Estoy un poco triste y no sé por qué. Creo que tu compañía me hará bien.

Superyó sonrió y puso sus manos sobre la cintura.

-Por supuesto, amigo – dijo con el rostro más relajado -. ¡Aunque no lo parezca, yo también como!

Y se fueron juntos al patio de comida, charlando como viejos conocidos.

Vuela Superyó

Era común ver al Melancólico y Superyó comiendo juntos y conversando. El joven Melancólico era bastante abierto a hablar de su vida cuando estaba con Superyó. A veces le contaba que sentía una tristeza indefinida y punzante, pero no sabía por qué. Intuía que había un motivo, pero no conseguía descifrarlo. Otras veces, le contaba de cuando estuvo enamorado. Le hablaba de una muchacha hermosa con la que estuvo cerca de casarse, pero ella lo abandonó poco antes de la boda. Le confesó que eso le dolía mucho y que la extrañaba. Que seguramente se sentiría mejor si la pudiera olvidar.

Superyó entendió pronto que su joven y melancólico amigo a veces estaba bajo los efectos del “olvido” y otras recuperaba su “recuerdo”. Siempre respetaba la fase en que estaba El Melancólico y no hacía ninguna insinuación al respecto.

Superyó, en cambio, nunca hablaba de su vida y era un misterio.

Una tarde se despidió del Melancólico en la puerta de “Las Tres Palmeras”. Escuchó el grito agudo de una niña. Vio a un cachorro en medio de la calle. Corrió para sacarlo de ahí. Apareció un auto a gran velocidad y lo atropelló. Con su capa desplegada y su cuerpo arrojado por los aires, pareció por un instante que Superyó había adquirido el don de volar.

Su cuerpo golpeando en el pavimento quebró toda ilusión.

El hombre tras el héroe

El Melancólico corrió desesperado al lado del cuerpo caído de Superyó.

-Se acabó – le dijo Superyó -. Iré con mi hijo...Yo tenía un hijo, ¿sabes?... Murió de niño – la respiración era dificultosa, pero sus palabras eran claras -. Cuando murió, todo se vino abajo. Dejé mi trabajo y comencé a manejar un taxi. Apenas nos hablábamos con mi mujer... Ya casi no comía, no siempre fui tan flaco... Un día, un pasajero del taxi me contó de un negocio que permitía olvidar, en “Las Tres Palmeras”. Por eso vine aquí... Quería pagar para olvidar..., pero me encontré con la manifestación. Y alguien dijo lo del Superyó... A mi hijo le gustaban tanto los superhéroes, disfrazarse como ellos, jugar a tener poderes. Y eso es lo que yo hubiera querido ser: un superhéroe

que hubiese podido salvar a mi hijo... Ser Superpapi, no Superyó... Todos los días pensaba en entrar y pagar por el olvido. Pero no podía, nunca pude... ¡Porque yo no quiero olvidar! Sólo quisiera que no duela tanto...

El Melancólico tenía lágrimas en su cara.

-Melancólico... ¿tú también ves al hombre de la capucha y el cigarrillo? – El Melancólico miró a sus costados pero no encontró a nadie así - ¿Lo escuchas Melancólico? ¿Es verdad...? ¿Tú eres...? Y lo que dices..., ¿es verdad? – Superyó sonrió y sus ojos se mostraron alegres.

-Melancólico, que buena broma resultó todo esto – se alegró – Esta no es la verdadera historia, Melancólico... Mi hijo no muere en el jardín de infantes... Esto no sucede... No es la página que él ha elegido – dijo, mientras señalaba sonriendo adonde no había nadie – Qué buena noticia, Melancólico. Qué buena noticia... Se acabó... Ya puedo despertar – sonrió, por última vez, y su cabeza cayó inerte a un costado.

Llegó la ambulancia y bajaron los paramédicos. Nada podía hacerse. Un policía tomó la billetera de Superyó y miró el documento.

-Por favor, anota – le pidió a su compañero – Se llamaba Joaquín Balbor.

El final de “Las Tres Palmeras”

Dicen que después de lo de Superyó, coincidencia o no, el andar de “Las Tres Palmeras” fue cuesta abajo.

Los comercios de la peatonal recuperaron su clientela a costa de la decadencia del centro comercial. Unos pocos meses después ya había cerrado sus puertas para siempre. Fue demolido y en su lugar se construyeron unos edificios altos y modernos.

El tiempo y el olvido caminaron de la mano y hoy sólo queda de “Las Tres Palmeras” los vestigios frágiles de algunas memorias.

Me han dicho también que nunca existió. Que es parte de una leyenda urbana. Que las historias son falsas y quienes las cuentan, en verdad, sólo cuentan versiones de historias que también llegaron a ellos, sin que se sepa el origen.

Tal vez no convenga averiguar mucho más. Sólo dejar que el oleaje de algunas voces siga arrastrando estas historias a nuestras orillas. Como restos de un naufragio que, quizás, nunca ocurrió.

5. El club de los fundadores de clubes

“La familia pasaba por una desastrosa situación económica, agravada por la muerte del acaudalado tío Nelson... que tardaba en producirse.”
(Les Luthiers)

Club: “Fundadores de Clubes”

Al final de la escuela secundaria, diez compañeros (6 varones y 4 chicas) resolvieron fundar un club: el Club de Fundadores de Clubes. La consigna era simple: cada uno de ellos debería fundar un club.

Estos 10 compañeros se comprometieron a depositar mensualmente, en una cuenta, una cuota durante 10 años. El valor de esta cuota sería mayor cada año.

Una vez pasados los 10 años, el día 10 del mes de octubre serían citados en un lugar a convenir. Entonces, cada uno expondría sobre su club.

Una vez que todos hubieran realizado sus presentaciones, se procedería a una votación. Cada integrante del Club de Fundadores de Clubes tendría 9 tarjetas con los nombres de los demás integrantes. La votación consistiría en introducir, en una urna, la tarjeta con el nombre del Fundador del Club que resultase más atractivo (ya sea por su finalidad, su actividad, su originalidad o por la distinción que cada cual considerase).

El premio al ganador (o ganadores) sería el total de lo recaudado durante esos 10 años y la presidencia sobre el Club de Fundadores de Clubes.

10 años después

Transcurrieron los 10 años pactados. Cada uno de los miembros del club recibió una invitación para encontrarse en el salón de eventos de un importante club de la ciudad, el “Exclusive Life Club”.

Ninguno faltó a la cita. El club estaba abierto solamente para ellos. Unos camareros los atendían.

Javier apareció en la puerta y dio dos secos aplausos:

-¡Amigos! – exclamó – Me alegra verlos a todos aquí. Es muy grato estar juntos, otra vez. Hace demasiado tiempo que no me encontraba con algunos de ustedes.

Todos lo saludaron y hubo algunos abrazos.

-Sí, sí, sí... Tan amable como siempre, Javier – interrumpió con desdén Patricia - Y sigues creyéndote superior a todos, ¿no es cierto?

Javier sonrió.

-¿Todavía despechada, Patricia?

Patricia se ruborizó un poco y apretó sus puños. Pero no contestó. Javier la miró y luego se desentendió de ella.

-¡Amigos! Cenemos primero. Bebamos y recordemos los años felices. Luego empezaremos con la presentación de cada club. ¿Están de acuerdo?

Varios asintieron, chocaron sus copas y se escucharon voces y risas flotando por el salón.

Exclusive Life Club

Luego de la cena y ya instalados sobre unos cómodos sillones, cada cual sacó un número de un bolillero. El número dictaminaba el orden de la presentación. Javier sacó el 1.

Se paró frente a sus colegas del club de Fundadores de Clubes y sonrió.

-El número 1. Qué apropiado – dijo -. No creo que sea necesario que hable mucho de mi club, este club, el “Exclusive Life”. Imagino que todos lo conocen. Es un club de descanso y recreación, para miembros selectos. Pueden ver a su alrededor el lujo y las comodidades. ¡Y esta noche está abierto sólo para nosotros!. Recuerdo los inicios, cuando comencé a andar el camino de este sueño. No fue nada fácil. Con insistencia y creatividad logré convencer a algunos magnates de ser socios fundadores. La idea del club era ser concebido a la medida de sus necesidades y placeres. También como una forma de estar relacionados. Ese fue un punto importante para lograr nuevos socios. Unos cuantos millonarios de menor cuantía rápidamente estuvieron interesados, con el afán de sentirse incluidos en los círculos selectos. De todos modos, les garantizo que la inscripción no es nada fácil – dijo como desalentando a sus compañeros- : deben presentar la recomendación de otro socio y lograr el aval del Consejo Superior.

Javier continuó su presentación unos cuantos minutos más.

-Amigos, creo que ninguno podrá tener un club más exitoso. Incluso entenderé si no quieren presentar sus clubes, aunque sería una lástima privarnos de esa diversión. No pueden siquiera soñar con competir con “Exclusive Life”. Aquí les preparé una lista de asociaciones benéficas a las que donaré el premio de nuestro simpático concurso de Fundadores de Clubes. No obstante mis responsabilidades y ocupaciones actuales, acepto con agrado la presidencia de nuestro pequeño club. Tengo planes para su crecimiento. Gracias amigas y amigos, ¡pueden aplaudir!

-Sí que fue tedioso – rezongó Diego.

-¿Esperamos 10 años para esta sesión de aburrimiento? – preguntó otro

-¿Qué dicen, amigos? – sonrió Javier, un poco desconcertado.

-Qué nunca has entendido nada, Javier – dijo Patricia -. Has logrado plata y éxito. Felicitaciones. Pero tu club es sólo un cliché. Aburrido.

-Creo que no entendieron bien – insistió Javier.

-Sí, sí – dijo Marcela, una morocha de rasgos bonitos – Siéntate, Javier. Cuando sea el momento de votar, veremos cuántos han quedado impactados con tu club. Pero deja que los demás también puedan exponer.

-Apuesto a que no ganas – dijo Tobías, un rubio de piel colorada y con bastantes kilos de sobrepeso.

Javier tomó un vaso de whisky y se sentó visiblemente molesto y en silencio.

Club de los 100 años

-Bien, creo que es mi turno – dijo Jaime, mostrando su bolilla con el número 2 y dirigiéndose al centro del círculo.

Luego entregó a cada uno una moneda de mayor tamaño a lo normal, con la figura de un roble

como relieve y la palabra: “permanece”. En el reverso de la moneda estaba inscripto el número 100.

-Es un obsequio, una moneda con el logo de nuestro club, “El Club de los 100 años”. Nuestro objetivo, mis queridos amigos, es el de realizar sucesos que puedan ser recordados por 100 años. Como verán, no es nada fácil. Por ejemplo, una vacuna contra el cáncer, sin lugar a dudas, lograría el objetivo de todos los miembros de nuestro club. Incluso, lo excedería. ¿Una obra literaria? Tal vez, aunque difícil. ¿Música? ¿Tecnología? ¿Una nueva corriente filosófica? ¿Sucesos extremos? Debe ser algo contundente e impactante, para que se prolongue a través de los años. Debo confesar que, al momento, sólo tenemos proyectos. Nos reunimos y discutimos ideas. No somos muchos, pero confiamos en poder impulsar una obra que perdure al menos un siglo en las mentes de otros, aunque sea unos pocos. Como deben suponer, ninguno de nosotros estará aquí para comprobarlo. Si bien nuestro objetivo es claro y fuerte, el logro del mismo es una cuestión de fe. Al momento, sólo les puedo asegurar que la pasamos muy bien en nuestras reuniones, nos divertimos, dejamos libre a nuestra imaginación y nos nutrimos del mayor alimento de los hombres: los sueños. Grandes sueños. Además del excelente vino que solemos compartir.

Se escucharon algunas sonrisas y la risa clara y fuerte de Javier.

-¡Qué gracioso, Jaime! El club de los 100 años... Es ridículo... Se podrían juntar también para imaginar cómo hacer una colonia en Saturno... ¡Qué gracioso! – y volvió a reír Al rato dejó de reír y dijo con tono solemne: - en serio, Jaime, ¿cuál es tu club?

Jaime levantó sus manos y respondió: - Me temo que acabo de contarlo, Javier. Es el club de los 100 años. Lamento que no compartas nuestra visión.

Javier lanzó una carcajada.

-Lo de la colonia en Saturno fue lo más interesante que has dicho esta noche, Javier. Lástima que lo has dicho como una broma – le susurró Patricia.

Javier se sirvió más whisky y no respondió.

Club de las Románticas

Silvina se paró ahora frente a sus compañeros.

-Es mi turno, amigos. Soy la fundadora del Club de las Románticas.

-No puede ser cierto – se fastidió Javier -. Será una larga noche.

-Cállate, Javier – dijo Patricia.

-¿Qué? ¿Acaso alguien negará que el romance es la parte aburrida del sexo? – preguntó Javier a sus amigos.

-Si mal no recuerdo – respondió Patricia – la parte aburrida del sexo eras tú.

Todos rieron y se burlaron de Javier. Él sonrió e hizo ademanes con su mano, desestimando el comentario de Patricia.

-Es sólo una mujer despechada – agregó.

-Amigos – dijo Jaime silenciando a los demás -, seamos respetuosos con Silvina y dejémosla hablar sobre su club, sin interrumpirla.

-Gracias, Jaime. Mis queridos amigos, mi club nunca tuvo como objetivo ganar el premio de esta noche, ni lograr éxito o trascendencia. Creo que, como ustedes, el verdadero objetivo es hacer

aquellas cosas que nos apasionen y nos hagan sentir bien. Ya sea como club de avistadores de aves, coleccionistas de estampillas o complacedores de millonarios – dijo esto último mirando maliciosamente a Javier -. Y lo que realmente me hace bien a mí y a mis compañeras del club es creer que podemos mejorar las vidas de otros, con nuestra humilde y pequeña intervención. Nuestra meta es unir a gente que está sola, que cree que ya nadie se podrá interesar por ellos. Nos gusta sentirnos como hadas madrinas invisibles que eligen a su Cenicienta. Pero nunca nos presentamos ante ella. Mejoramos su autoestima: le enviamos ramos de flores, como si se tratase de un admirador secreto. Convenimos con algún amigo, para que le diga algún piropo de buen gusto por la calle. O miradas sensuales en un bar. Una conversación casual, en la que ella escuchará cuál es el peinado perfecto para una mujer de su edad y apariencia. O vestimenta que la realce. Utilizamos distintos trucos para fortalecer la confianza en sí misma y en su apariencia. Tenemos innumerables técnicas y utilizamos las que consideramos que se ajustan al perfil de la mujer elegida. La experiencia nos va mejorando en ese aspecto. Tenemos una lista de mujeres para actuar, a la que siempre vamos agregando nombres. El único requisito es que consideremos que la mujer merece el cambio. Que su interior es más bello que lo que está demostrando por fuera. ¡Ustedes no podrían creer cómo cambia a una persona la mejora de su autoestima! Nuestro objetivo, por nuestra naturaleza, siempre fue orientado a lo romántico. Pero hemos comprobado que la persona elegida logra cambios muy positivos sobre diferentes aspectos de su vida: laborales, sociales, etc. Nuestra misión termina cuando la persona deja de estar sola en su vida sentimental. A partir de ese momento, nosotras, sus hadas madrinas, desaparecemos. Y dependerá sólo de ella en lo sucesivo. A la fecha, hemos logrado ¡32 éxitos! ¡No imaginan cuánta satisfacción sentimos cuando un beso apasionado reencuentra a la mujer con sus emociones perdidas y a nosotras nos despide victoriosas de nuestra misión! – exclamó Silvina, con saltitos de alegría.

-Hay un mundo bastante loco, allá afuera – sonrió Javier.

-Más de lo que te imaginas – agregó Patricia.

-Mucho más – confirmó Julio, otro de sus amigos.

-Apuesto a que sí – cerró Tobías.

Club de las Separadoras

-¿Sigue el número 4, correcto? – preguntó Patricia – Entonces es mi turno –se puso de pie y caminó hasta situarse frente a sus amigos- Interesante club el de Silvina. Nuestro club, el Club de las Separadoras, tal vez sea el lado B del suyo. Básicamente nuestro objetivo es separar parejas. Pero no cualquier pareja. Desenmascaramos a los infieles y tramposos. –Patricia rió-. Y tú fuiste una fuente de inspiración, querido Javier.

-¿Te das cuenta el triste papel que estás haciendo, Patricia? – preguntó Javier.

-Puede ser. Pero es divertido. Y es justicia. Compañeros de trabajo, de estudio, conocidos ocasionales..., también nosotras tenemos una lista. Todos los que sean engañadores seriales son puestos en evidencia frente a sus parejas. Hacemos la vista gorda frente a algunos casos. Sólo exponemos a los infieles recurrentes, sin sentimientos, manipuladores, mentirosos y desgraciados. Como tú, mi buen Javier.

-Patricia, por favor, no seas rencorosa –rió Javier- Éramos muy jóvenes. A esa edad las hormonas nos hacen tomar decisiones equivocadas. Ya pasó mucho tiempo.

-Es verdad –respondió seria Patricia-. Pero a tu edad ya deberías haber sentado cabeza, Javier. Más aún si llevas un año de casado. No está bien que te acuestes con otras empleadas de este club.

-¡Has ido muy lejos, Patricia! –Javier se puso de pie, furioso-. No sé qué te propones, pero estás mintiendo. ¡Lo que dices no es verdad!

Patricia comenzó a aplaudir.

-Bravo, Javier. Una actuación brillante y muy convincente –dio unos pasos hasta el sillón y tomó su cartera. Sacó unas fotos y las exhibió ante todos- Pero estas fotos dicen otra cosa, Javier. Son fotos de estos días. Deberías hacer un poco más de gimnasia si te gusta tanto andar al desnudo. Aunque debo reconocer que las chicas que aparecen contigo están en excelente forma.

-¡Dame eso! – gritó Javier, adelantándose.

-Tranquilo, Javier, toma las fotos – dijo Patricia -. Son sólo copias, puedo hacerte más si quieres. Como las que está recibiendo tu mujer en estos momentos.

-¡Estás loca! – gritó Javier y se abalanzó sobre Patricia. Los demás reaccionaron con rapidez y evitaron que Javier la alcanzara. Patricia retrocedió unos pasos, sonriendo.

-Posiblemente cuando tu mujer se lo cuente a su papito, él no querrá que sigas siendo el presidente del club, Javier. ¿Cómo fue que dijiste que lograste que te financiaran? Creo que “insistencia y creatividad” fueron tus palabras... Pero fue sólo con el viejo truco de enamorar a la nenita de papá que lo lograste. Usando a otros, como hiciste siempre.

Javier se desplomó sobre el sillón, sollozando y con las manos tomando su cabeza.

-Cuanta tragedia, Javier. Sospecho que no votarás por mi club esta noche. ¿Quién sigue? – preguntó Patricia, mientras caminaba con paso lento hacia uno de los sillones.

Club del sexo y el buen vino

-Lamentablemente sigo yo – dijo Pablo -. Lindo clima has dejado, Patricia. Javier, ¿puedes dejar de sollozar como un crío?

Javier levantó su cara y miró con ojos asombrados a Pablo.

-¡Estoy arruinado! ¡Arruinado! – y volvió a esconder su cabeza entre sus manos.

-Patricia y tú deberían estar juntos otra vez. Están hechos el uno para el otro. Son susceptibles y dramáticos.

-¿Estás loco? – preguntó Javier, con sus ojos aún más asombrados.

-¿Otra vez con ese gusano? – preguntó Patricia - ¡Jamás!

-Sigamos con lo nuestro, entonces – sonrió Pablo -. Soy el presidente del club del sexo y el buen vino. Nuestro objetivo es disfrutar de la vida y estar abiertos a los placeres que nos ofrece. Al verlos, queridos amigos, pienso cuánto mejor podríamos estar ahora, con menos ropa y más caricias. Como en nuestras reuniones. Créanme que son maravillosas. Y, por supuesto, son secretas y discretas. Llamamos a nuestros encuentros “Las Vegas”. Ya saben, por el dicho: “lo que pasa en Las Vegas, en Las Vegas queda”.

-Un grupo de depravados – espetó Patricia

-Espero que no creas que hablas por todos – le respondió Victoria, una rubia de formas voluptuosas, a Patricia.

-El club parece interesante... - dijo con voz débil Javier.

-¡Esa es la mejor prueba de que es un club de depravados! Sino este gusano no lo aprobaría – exclamó Patricia, señalando a Javier.

-Patricia, depravado es estar fotografiando a personas en su intimidad, sólo para enrostrárselo a sus parejas. En el club de Pablo nadie se esconde para acechar a otros.

-Exactamente, Victoria –y dirigiéndose a todos dijo: “La vida es única y hermosa. ¿Por qué mezquinar los placeres que nos puede dar? “

-Espero que acepten nuevos socios – susurró Victoria.

-Apuesto a que sí – dijo Tobías.

-Por supuesto – sonrió Pablo.

-¡Acerté! – exclamó Tobías.

-¿Algún teléfono de contacto? – preguntó Javier.

-Es el turno del 6 – dijo Patricia, mientras tomaba uno de los vasos con licor que le ofrecía un camarero.

Club Amantes del Cine

-Yo tengo el 6, aunque quedé un poco dispersa después de escuchar a Pablo – dijo Victoria con una gran sonrisa, mientras ocupaba su lugar en el centro –. Soy la presidenta del Club de Los Amantes del Cine. El objetivo de nuestro club es elegir escenas del cine, practicarlas y luego recrearlas en lugares públicos: plazas, transportes, restaurantes, aeropuertos. Somos felices con esta actividad, filmamos nuestras representaciones y luego las proyectamos en nuestra sede para todos nuestros miembros. ¡Aunque los momentos más divertidos son la preparación y cuando estamos actuando! Realmente lo hacemos con mucha pasión: los ensayos, el vestuario, la elección de las escenas. ¡Somos amantes del cine!

A continuación tomó un puñado de maníes de un plato y alzando su puño recitó: “A Dios pongo por testigo de que no lograrán aplastarme. Viviré por encima de todo esto y cuando haya terminado nunca volveré a saber lo que es hambre. No, ni yo ni ninguno de los míos. Aunque tenga que estafar, que ser ladrona o asesina. A Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre”.

Luego rió y exclamó: “¡Cómo olvidar la maravillosa escena de Scarlett O’Hara, interpretada por Vivien Leigh, en “Lo que el viento se llevó”!

Sus amigos la aplaudieron y ella agradeció sonriendo.

Luego puso voz más gruesa, como imitando a un varón:

-Yo me quedo aquí hasta ver que el avión ha despegado.

A lo que siguió con voz femenina y lánguida:

-¡No Rick! ¡No! Anoche dijiste...

-Anoche dijimos muchas cosas –prosiguió con su fingida voz casi masculina-. Dijiste que yo tenía que pensar por los dos y es lo que he hecho. Y sé que tienes que subir a ese avión con Víctor que es a quien perteneces.

-Pero Rick, escucha...

-Escúchame tú. ¿Tienes idea de lo que te espera si te quedas aquí? Créeme, los dos acabaríamos en un campo de concentración. ¿Verdad Louis? – actuaba cada personaje y ahora miraba hacia un lado, como si hubiese alguien ahí.

-Me temo que Strasser insistirá en ello – respondió con otra imitación de voz masculina y situándose en el lado en el que antes no había nadie.

-Dices eso para que me vaya – volvió a repetir con voz femenina y cambiando de lugar.

-Lo digo porque es cierto y es cierto también que perteneces a Víctor. Eres parte de su obra, eres su vida. Si ese avión despegas y no estás con él, lo lamentarás – dijo con firmeza su voz masculina.

-No.

-Tal vez no ahora, tal vez ni hoy ni mañana, pero más tarde, toda la vida.

-¿Nuestro amor no importa? – suplicó con agitada voz femenina.

-Siempre nos quedará París

Había sido muy convincente en su diálogo de “Casablanca” y sus amigos la aplaudieron con entusiasmo. Ella agradeció como una artista desde el escenario.

-¡Muchas gracias! “Luke, yo soy tu padre” – dijo con nueva voz masculina, imitando la célebre frase de Star Wars, mientras simulaba sostener una espada láser.

Todos rieron y el clima se hizo más ameno.

Club de los Previsores

-Es mi turno – dijo Marcela, la morocha de rasgos bonitos – Antes de empezar con la exposición de mi club, amigos, quiero decirles que es muy agradable estar con ustedes otra vez. No sé si volverá a suceder que los diez estemos juntos.

-¡Claro que sí, Marcela! – afirmó Julio – Ahora podremos empezar a tener nuestras reuniones del club de Fundadores de Clubes.

-Sí – respondió Marcela -. Pero a juzgar por las probabilidades, no creo que los diez coincidamos para esas reuniones.

-¿A qué te refieres? – preguntó Pablo -. Si es por Patricia y Javier, ya son adultos. Sabrán manejar sus diferencias.

-“Son adultos, sabrán manejar sus diferencias” – repitió Javier, imitando en tono burlón la voz de Pablo.

-Inmaduros, pero adultos al fin y al cabo – sostuvo Pablo.

-No importa, amigos. Disfrutemos de este momento. Ustedes fueron muy importantes en mi vida. Creo que todos aquí estamos un poco locos. Algunos bastante más que otros – sonrió, y los demás acompañaron con sus risas -. Pero créanme que siempre los quise. Por su misma locura a algunos y a pesar de su locura a otros.

-Sí, sí, blá, blá, blá... No importa, no tengo ningún apuro en volver a casa – dijo Javier, que seguía tomando whisky -. Mi vida está arruinada.

-Como recordarán, siempre me apasionó el análisis y la investigación –continuó hablando Marcela-. Fue así que fundé el club de Los Previsores. Nos gusta analizar, investigar y determinar

cómo serán los hechos ante una causa específica. Nuestro objetivo es anticiparnos a esos hechos, para que terminen resultando convenientes. Siempre hay una cuota de azar o imprevistos, pero intentamos minimizar ese porcentaje. Nos ha servido para nuestros emprendimientos, para negocios de nuestros asociados, para actividades de la vida cotidiana. Cuando algún miembro de nuestro club sabe que debe afrontar algo importante y siente incertidumbre al respecto, entonces lo informa y comenzamos a trabajar para anticiparnos a ese acontecimiento y determinar qué podrá ocurrir, para que con esa información el socio pueda anticiparse y tener una reacción adecuada a las distintas variables esperadas.

-Claro, si tú lo dices... - sonrió Javier con desgano

-Parece un poco difícil – dijo Camilo, que usaba unas enormes gafas de marco rojo.

-Es un poco difícil, pero nos apasiona. El tiempo que podamos utilizar para nuestro análisis e investigación también es un factor importante, dependiendo de la magnitud y la complejidad del acontecimiento. Pero créanme que es apasionante. Sobre todo, cuando comprobamos que nuestras previsiones se cumplen y que hemos podido tomar las medidas adecuadas para neutralizar los efectos negativos o potenciar los positivos del acontecimiento estudiado.

-Suena interesante para las apuestas – reflexionó Tobías.

-Bueno – alzó su copa, Camilo –, como bien dijiste, Marcela, todos aquí estamos un poco locos y no eres la excepción. ¡Pero igual nos queremos! ¡Salud!

-¡Salud! – respondieron todos.

Club de los Sueños Incumplidos

-Tengo el 8, me toca a mí, ¿no? – preguntó Julio.

-Sí, yo era el 7 – respondió Marcela.

-Bien, iré al grano – dijo Julio levantándose del sillón – Soy el fundador del Club de los Sueños Incumplidos –hizo una pausa para observar a sus amigos y luego siguió-. Nos juntamos en una vieja casona. Los miembros del club son de diferentes edades pero todos compartimos un mismo objetivo: vivir por unos momentos lo que nunca fue o lo que ya no será.

-¿Puedes ir realmente al grano? –preguntó Javier- Estoy arruinado y borracho, ¡pero no quiero morir de aburrimiento en este sillón! Bastante tuvimos con la exposición de Marcela.

Marcela sonrió.

-¿Se dan cuenta? ¡El gusano no puede respetar a nadie! ¡Es su naturaleza! – se quejó Patricia.

-No hay problema, intentaré ser más específico – dijo Julio, en tono conciliador -. En la casona cada cual actúa de lo que quiso ser o de lo que alguna vez fue. Los demás compartimos su sueño. Tal vez sirvan algunos ejemplos: como el de Raúl, que vivía de cantar boleros. Tuvo un problema en las cuerdas vocales y perdió la voz. Quedó mudo como una roca. En la casona él hace la mímica de sus canciones y los demás lo aplaudimos, porque escuchamos como él quisiera cantar. Tal vez la voz suene distinta para cada uno, pero lo escuchamos. Porque compartimos su sueño. Está el caso de Esteban, el aventurero. Siempre nos cuenta de las travesías que vivió por selvas, montañas y ríos. Créanme que nació para la aventura. Pero, en verdad, trabajó 45 años en una oficina. 45 años atado a un escritorio. Atado a sus miedos, a sus responsabilidades, a... qué sé yo a qué. Se quedó atado. O

Luisito, que nos lee sus obras. Soñaba con ser escritor y nunca llegó a publicar ni un clasificado. O Agustín, que tenía destino de crack. Todos sabían que sería futbolista y de algún club grande... Ahora está en silla de ruedas. Lamentablemente, también le gustaban las motos. O la señora Balbor, una dulce mujer que siempre nos cuenta, orgullosa, de lo bien que le va a su hijo. Pero su hijo murió al regresar de unas vacaciones en el exterior. Como les dije, cada cual sueña con lo que nunca fue o con lo que ya no será. Y los demás compartimos esos sueños.

Javier se puso de pie, miró a Julio y de pronto explotó en llanto y fue a abrazarlo.

-¡Es muy triste, Julio! ¡Muy triste! ¡Me imagino en esa casona, hablando de “Exclusive Life Club”, cuando en verdad ya no seré su presidente!

-Tranquilo, Javier, tranquilo – lo palmeó Julio.

Javier se secó las lágrimas, dio la vuelta para regresar a su sillón, mientras señalaba amenazante a Patricia. Ella, como una burla, le tiró un beso.

Club de los Lúdicos

-Estamos llegando al final de las presentaciones, amigos – dijo Tobías con una sonrisa y levantándose con esfuerzo del sillón -. Soy el anteúltimo. Nuestro querido Camilo ha quedado para el final. Apuesto a que imaginan de qué trata mi club. ¿Lo saben?

-¡Club de Cocina! – exclamó Julio.

-¿De cocina? ¿Por qué me interesaría un Club de Cocina? –preguntó Tobías, mientras acariciaba su prominente panza y se reía – No, no es un Club de Cocina. ¡Vamos! Aposté a que lo adivinarían antes de tres intentos.

-¡Un club de Apostadores! – dijo Silvina.

-¡Sí! Eso es Silvina, soy el fundador del Club de los Lúdicos. Hacemos apuestas de todo tipo, pero sin dinero. Son apuestas en que los involucrados, por consenso, se ponen de acuerdo en qué deberán hacer en caso de ganar o de perder. Debo decir que soy un experto apostador y, gracias a mi don, logré tener como premio unos cuantos momentos íntimos con algunas señoritas de mi club.

-¡No te creo! – se rió Victoria.

-¡Y con algunos “señoritos”, cuando perdiste algunas apuestas! – rió más fuerte Patricia.

-No me parece mal agregar apuestas al Club del Sexo y el Buen Vino, como parte de nuestros juegos – reflexionó Pablo sonriendo.

-¡Amigos, por favor, no tomen esto a broma! – dijo Tobías, pero enseguida explotó en risas – En fin, creo que todos hemos tomado mucho esta noche. Así es mi club, amigos. Apostamos por cualquier cosa. Les asombraría todo por lo que se puede apostar. Y también les asombraría todo lo que se puede poner en juego en una apuesta, más allá del dinero y los bienes. ¡Hey, Scarlet O’Hara! – se dirigió a Silvina-. ¡Dejaste todos los maníes tirados en el piso! Apuesto a que nuestros amigos camareros te deben odiar.

Todos rieron y Tobías regresó a su sillón.

Club de los Disfrazados

-¡Amigos! ¡Soy el último! – Camilo se levantó eufórico de su sillón - ¡Propongo un aplauso para

todos, ya que nadie ha faltado esta noche y todos hemos sido fundadores de algún club!

Todos aplaudieron y gritaron.

-¡Muy bien! – exclamó Camilo, mientras hacía unos pasos de baile. Era de personalidad alegre y extrovertida – Mi club, amigos y amigas, es el Club de Los Disfrazados. Nos divierte andar por la vida usando disfraces. Son útiles, también, para poder colarnos en eventos. ¡Eventos como el que estamos disfrutando! Por ejemplo, Daniel, uno de los camareros, no es otro que uno de los miembros de nuestro club. Por favor, no lo tomen a mal, pero Daniel estuvo con una cámara oculta toda la noche. ¡Merecíamos guardarnos este recuerdo! ¡Daniel, ven aquí, por favor! – Camilo se reía y se contorsionaba alegre - ¡Daniel! ¡Ven, Daniel! ¿Daniel...? Un momento, por favor... - Camilo se encaminó a la cocina. Un minuto después, regresó pálido y serio. Venía escoltado por unos camareros y dos cocineros que le apuntaban con armas. A su lado, y no menos pálido, venía un camarero con las manos atadas y una venda en la boca. Sin dudas, se trataba de Daniel.

Por cien años más

Todo quedó en silencio. Algunos se asustaron y otros sonrieron.

-¿Qué significa esta broma, Camilo? – preguntó Pablo.

-¡Quietos! – gritó uno de los camareros, agitando su arma - ¡Las manos en la nuca, acuéstense en el piso! – y golpeó a Camilo con su arma en la espalda - ¡Al piso dije, imbécil!

Enseguida obedecieron y se escucharon algunas lamentaciones y sollozos. Todos estaban recostados boca abajo, con las manos en la nuca, cuando Jaime comenzó a levantarse.

-No, Jaime, no... - rogó entre dientes Victoria, que estaba a su lado.

-Señores, por favor... - balbuceó Jaime ante los camareros – Señores...

-¿Qué? – preguntó con impaciencia uno de los camareros, apuntando con su arma.

-Señores... - insistió vacilante Jaime -, por favor, ¿me podrían servir una copa de champagne, que la mía se volcó cuando todos se tiraron al piso?

Los camareros lo miraron fijo y, de pronto, explotaron en fuertes risas.

-Aquí tienes, Jaime – le alcanzó una copa uno de los cocineros.

-Gracias – dijo Jaime – Este champagne es realmente exquisito. ¿No lo creen? – dijo mirando hacia abajo, a sus amigos que seguían en el suelo.

-¿Era todo una broma? – preguntó, aún entre sollozos, Javier.

-Me temo que no – respondió Jaime.

-¿Qué pasa, Jaime? No entiendo – preguntó Patricia, entre asustada y enojada.

-Amigos – dijo Jaime alzando su copa -, les presento a los miembros del Club de los Cien Años – los camareros y los dos cocineros saludaron con sus armas - ¡Por otros cien años más! – brindó Jaime y, de un trago, tomó todo el champagne que quedaba en su copa

¡Sorpresa!

-Como les dije – comenzó a explicar Jaime – soy el fundador del Club de los 100 años. Nuestro objetivo es perdurar por 100 años, aunque sea en la mente de unos pocos. No somos grandes hombres. Nunca se esperó mucho de nosotros. Realmente no tenemos recursos como para no ser

olvidados rápidamente. Ni siquiera creemos que haya un sentido para nuestra existencia... ni la de ustedes. Pero ya que estamos en este mundo unos momentos, al menos haremos mucho ruido.

-¿Qué piensas hacer, Jaime? – preguntó angustiada Marcela.

-Matarlos – respondió Jaime – Una masacre en el reconocido Exclusive Life Club. La primera de una serie de masacres que pensamos realizar. Presentaremos nuestra actuación en lugares reconocidos o con personas célebres – Jaime rió -. En honor a ustedes, mis amigos, es que elegimos esta noche para comenzar. Así también serán recordados como el capítulo inicial de esta historia. Si no nos atrapan antes, nos entregaremos después de, digamos, 10 masacres. Seremos recordados. Objetos de estudio. Apareceremos en manuales de criminalística y psicología – Jaime volvió a reír -. Seguramente nos llevarán al cine. Lástima Victoria que no nos podrás representar – Jaime extendió sus brazos -. Y yo soy el líder. El fundador. ¿Creen que podré durar más de 100 años? – preguntó a sus amigos que seguían en el suelo.

-No lo creo – respondió una voz grave y segura. Aparecieron policías por todos lados. Ni Jaime ni los camareros ni los cocineros llegaron a reaccionar. Enseguida fueron tirados al piso y esposados.

-Todos los días un delirante nuevo – dijo el oficial de la voz grave y segura. Luego señaló a unos de los cocineros y ordenó: “Dejen a ése. Es uno de los buenos”.

Mientras se incorporaban, unos se miraban a otros aún en estado de shock, confundidos y muy asustados.

El oficial se acercó a Marcela.

-Gracias, Marcela. Evitó una masacre – le dijo.

-Gracias a usted, Lombardo – respondió Marcela. El oficial asintió con su cabeza y se retiró a hablar con sus hombres.

Conclusión

-Y así fue, amigos – explicaba Marcela –, como logramos prever que Jaime haría esto. Cada uno de ustedes fue investigado por mi club hace dos años, para saber qué habían hecho de sus vidas. Luego de un tiempo y de evaluar los primeros datos, decidimos que algunos miembros de nuestro club se unieran al club de Las Separadoras, al de los Cien Años, al de Los Lúdicos, al de Los Disfrazados y al de los Sueños Incumplidos. Considerábamos que era necesaria más información sobre esos clubes, ya que nos inducían a cierta desconfianza. Luego de avanzar en el estudio, solamente Las Separadoras y Los Cien Años continuaron monitoreados. Cuando la locura en el club de los Cien Años comenzó a hacerse corpórea, avisamos a la policía. Y así se le preparó esta trampa a Jaime y los demás enfermos de su club. El cocinero al que la policía dejó es, en verdad, un contador público y una de las figuras más destacadas de Los Previsores. Un hombre muy valiente que ahora será una leyenda viviente en nuestro club – luego hizo un silencio y suspiró -. Es realmente lamentable a lo que llegó Jaime. Pero como les dije, siempre los quise a todos ustedes: por su locura y a pesar de ella.

Pablo, Julio, Tobías, Silvina, Victoria, todos estaban excitados y aún con la adrenalina en sus cuerpos. Se hablaban atropelladamente, intentaban comprender lo ocurrido, se abrazaban, reían y

limpiaban algunas lágrimas.

-Marcela – dijo Julio – hemos resuelto por unanimidad que tu club gane el premio y que seas la presidenta de Los Fundadores de Clubes.

-¡Muchas gracias! – dijo Marcela – Aunque ya habíamos previsto eso – sonrió -. ¿Alguien vio a Javier? – preguntó.

-Atrás del sillón – señaló Camilo.

Marcela se acercó y encontró a Javier y Patricia besándose en el suelo, apasionadamente, una y otra vez.

-Disculpen – se excusó Marcela -. Javier, pensé que deberías saber que las fotos de Patricia nunca llegaron a tu mujer.

-¿Cómo? – Javier se incorporó de un salto.

-Sí. Sabíamos lo que Patricia había planeado y tanto las fotos como sus originales fueron destruidos esta noche. Me lo acaban de confirmar a mi celular. Patricia, no debes seguir adelante con ese club. O también deberé denunciarte a la policía por invasión a la intimidad.

Patricia bajó su cabeza, avergonzada.

-No hace falta – respondió -. Sé que está mal y no seguiré con eso – luego tomó las manos de Javier y quiso besarlo.

-¿Qué haces? – preguntó Javier, abriendo bien sus ojos, al tiempo que detenía la cara de Patricia con sus manos -. ¡Debo ir con mi mujer! – exclamó, y se alejó corriendo.

-¡Eres un gusano, Javier! – le gritó Patricia - ¡Eres un gusano! ¡Te odio! ¡Ten cuidado, asqueroso!
¡Siempre habrá una cámara apuntándote!

Marcela miró a Patricia y arqueó sus cejas. Patricia respondió con el mismo gesto.

-Bueno, era previsible, ¿no? – preguntó Camilo, que se había acercado unos instantes antes.

Marcela y Camilo se miraron a los ojos y, unos segundos después, ambos estallaron en carcajadas.

6. Jeremías Poison: “Se nace y se muere. Punto”

Normalmente no rezo, pero si estás ahí,
por favor, sálvame Superman.
(Homero Simpson)

La oscuridad

-No fue fácil salir de la oscuridad, de las tinieblas, de cientos de años de generalizada confusión – dijo el profesor a sus alumnos -. Pero el hombre todo lo puede. Gracias a Jeremías Poison, nuestro ilustre, querido y recordado pensador, hemos superado la etapa de las religiones, el infantilismo, las moralejas. Nos hemos reencontrado con nuestra verdadera naturaleza: la pasión, los instintos, la ambición. Ya no debemos perder tiempo ni energías con pensamientos etéreos que no llevan a ninguna parte. La verdad, lo real, lo tangible, es simple: se nace y se muere. Punto. Hay un principio y un fin. En el medio está la vida. Pura y excitante. Un fuego que quema y abrasa y pronto se extingue. También es verdad, hasta nuestro querido Poison lo admitía, para vivir y convivir se necesitan reglas. Las tenemos. Las conocen. Pero nada impide que el que quiera las pueda romper o intentar imponer sus nuevas reglas. Cada cual es dueño de su vida, puede hacer su propia apuesta y ganar o perder.

-Pero profesor – se levantó de su pupitre Ricardo -, ¿qué hay sobre eso de la inmortalidad del alma?

El profesor sonrió, sacó un revólver y con un certero disparo impactó en la frente de Ricardo, que cayó hacia atrás con los ojos abiertos.

-Como saben, mi regla es que nadie habla ni pregunta hasta que yo doy la orden. Me gusta que sea así. ¿Y saben por qué cumplen mi regla? Porque soy más fuerte y me temen. Y eso me hace sentir bien, que es lo importante. Por lo visto, Ricardo quiso cambiar esta regla. Apostó y perdió... - la puerta se abrió y entró el director.

-¿Qué pasó aquí? – preguntó.

-Una manzana podrida – respondió el profesor -. ¿Alguien ve el alma de Ricardito? ¡Salúdenla, por si nos está mirando! – todos rieron.

-Entiendo – dijo el director, sin poder contener una sonrisa – Ahora envíe a alguien para que limpie.

Cuando el director se retiró del aula y el profesor dio la vuelta para continuar con su clase, encontró a Luis parado frente a él y con un cuchillo en su mano. El profesor, paralizado, vio como esa mano se movía violentamente hacia su abdomen y sintió el acero pasar su piel y llegar a sus entrañas.

Cayó de rodillas. Escuchó a Luis decir:

-Lo siento, profesor. Pero es verdad que usted me da miedo. Y eso no me hace sentir bien.

El profesor lo miró fijo, agrandó sus ojos y, con esfuerzo, logró balbucear:

-Bravo, Luisito. Siempre has sido un buen alumno – luego cerró sus ojos, recibió otras heridas y murió.

No maten a los profesores

-Entiendo que no es bueno reprimir los impulsos – dijo el Director a la clase -. De hecho, eso sólo nos enferma. Pero como decía Jeremías Poison: si bien somos animales y son nuestros instintos los que deben primar, somos también animales racionales, lo que nos hace diferentes. Sin abusar de la razón, debemos usarla a nuestro favor para discernir lo que nos conviene de lo que no. Si matan a sus profesores, y ustedes saben que ya fueron tres este año, se quedarán sin clases. No es fácil conseguir otros para ocupar el puesto.

-Perdón, perdón... - se escuchó una voz femenina en la puerta.

-¿Sí, señora? ¿Qué busca?

-Soy la madre de Ricardo. Me dijeron que venga a retirarlo de la escuela.

-Ah, sí – respondió el Director -. En realidad deberá retirar su cadáver, ya que el profesor, que es el que está aquí tirado, le disparó en la frente como parte de una lección.

-Espero que la lección haya servido. Es una gran satisfacción para mí saber que Ricardito, por fin, fue útil para algo – respondió con una sonrisa la madre -. Como bien decía Jeremías Poison: “Se nace y se muere. Punto. Nuestra responsabilidad es vivir intensamente”.

-Veo que es usted una mujer ilustrada – respondió el director, con admiración.

-Y usted un hombre muy apuesto – respondió la señora - ¿Hay apuro en que retire el cuerpo de Ricardito?

-Por supuesto que no – respondió el Director -. Y como bien citó usted a nuestro querido Jeremías: es nuestra responsabilidad vivir intensamente. Jóvenes, salgan al recreo.

Los alumnos se levantaron de sus pupitres, cuidando de no manchar sus zapatos con la sangre del profesor. Cuando salía el último, el Director le ordenó: “¡Cierre la puerta!”. El alumno obedeció, pero moviéndose lentamente, mientras veía la figura del Director besando apasionadamente el cuello de la madre de Ricardo y desabrochando los botones de su blusa, con torpe rapidez.

Arcagno el Devastador

Arcagno era un alumno del último año de la secundaria. Era un líder entre sus compañeros.

-No entiendo para qué venir a la escuela – le dijo a Martino, su mejor amigo, mientras caminaban por el patio durante el recreo.

-No vengas – respondió Martino.

-Ya sé. No dije que no quiero venir. Sólo que no entiendo para qué.

-La educación es importante. ¿Acaso te gustaría terminar, por ignorante, como esos fanáticos que se esconden en las montañas? Pobre gente, viviendo en esas sectas en las que les lavan el cerebro. Dicen que en algunas le hablan a un dios invisible pero omnipotente, que los premia o los castiga por sus acciones... ¡incluso más allá de la muerte! Están llenos de culpas y temores. No sé, no lo entiendo bien. Son brutos, ignorantes y reprimidos. Hay que ver cuántas sectas se han desparramado en las montañas y cuántas creencias extrañas practican. Pobre gente. Yo creo que es la falta de educación. Por eso es importante la escuela. Nacemos y morimos. Punto. La vida es breve y hay que vivirla intensamente.

-¡A eso me refiero, Martino! – exclamó Arcagno – Quiero vivir intensamente. Nos enseñan eso y que podemos tratar de imponer nuestras reglas. Pero nadie lo logra. Los líderes son más fuertes y los rebeldes son usados sólo como una diversión y un estímulo para los demás. Pero nunca cambia nada.

-¿Y qué quieres cambiar?

-No me malinterpretes. No me interesan los cambios, sino tener el poder para hacerlos. No tengo interés en qué puede ser mejor o peor para otros. No soy tan infantil. Como el querido Poison decía, no hay que perder el tiempo con esa clase de pensamientos etéreos. Simplemente no quiero ser el líder de unos pocos adolescentes. Quiero que mi nombre sea un trueno sobre la tierra. Quiero que mi instante sea devastador. Obviamente, Martino, estoy bien centrado y sólo pienso en mí.

-Estamos en la época de la luz. Sigue tus instintos. Lo peor que puede pasarte es morir. Punto.

Arcagno miró a su amigo y palmeó fuerte su espalda.

-Tienes toda la razón, Martino. ¡Sólo los que viven en las montañas son temerosos de la vida y la muerte! ¡Vamos! ¡Juntemos a todos nuestros compañeros!

Y con silbidos y gritos comenzaron a reunir a todos los estudiantes que continuaban en el recreo.

La Rebelión Estudiantil

Un grupo grande de estudiantes entró al aula donde estaba el Director, desnudo sobre unos pupitres, y encima de la madre de Ricardo.

-¿Qué hacen? – preguntó furioso el Director.

-Estamos tomando la escuela – respondió Arcagno -. Tomen las llaves de su pantalón – señaló hacia una silla donde estaban colgados – y a él mátenlo.

-¡No! – se levantó de un salto el Director - ¡No me maten! ¡Los puedo ayudar! ¡No me maten, por favor!

Arcagno rió.

-¡Eres un viejo hipócrita! – lo acusó - ¡Temes morir!

-Nuestro querido Jeremías Poison siempre dijo que sigamos nuestros instintos – temblaba el Director -. Y todos mis instintos gritan que preserve mi vida. Yo te puedo ayudar, Arcagno. Usa tu razón, sin abusar de ella. Te puedo ayudar, puedo serte útil. Seré tu siervo. No me mates...

Arcagno dudó unos instantes.

-¿Serás mi siervo? – preguntó Arcagno.

-¡Siempre! – exclamó el Director, desnudo y arrodillado ante Arcagno.

-Muy bien. Martino, vamos a la oficina del Director.

-¿Qué hacemos con ella? – preguntó uno de los estudiantes, señalando a la madre de Ricardo.

Arcagno miró a la mujer desnuda sobre los pupitres y sonrió.

-¿Acaso hace falta preguntarlo? Vivan intensamente – dijo.

-¿Y con el Director? – preguntó otro.

Esta vez Arcagno sonrió más y mostró sus dientes.

-Jueguen también con él, pero no lo maten. Luego me lo traen.

La mujer y el Director vieron con gran temor decenas de manos, ojos y risas acercándose a ellos.

Tengo un lindo perrito

Apilados en el patio estaban los cadáveres de los profesores. Arcagno había enviado grupos de estudiantes a otras escuelas y, en poco tiempo, eran muchas las que estaban ya sublevadas. En las paredes se leían consignas a favor de Arcagno.

Desde la oficina del Director, como un comandante general, Arcagno se comunicaba con los líderes de las demás escuelas.

Con una correa de perro en su cuello y atado a una de las patas del escritorio, el Director estaba recostado en el suelo, desnudo y llorisqueando.

Del aula donde estaba la madre de Ricardo, continuamente entraban y salían estudiantes.

-¿Qué te parece, Director? Ahora sí que estamos viviendo intensamente, ¿no es verdad?

El Director miró con odio y miedo a Arcagno. Había sido violado y golpeado.

-Preferiste vivir, ¿recuerdas? – le sonrió con ironía Arcagno.

-¿Qué quieres lograr? – se animó a preguntar el Director.

-Ser un nuevo Líder. Que me teman y respeten. Que los Ocho me conozcan. Quiero una vida intensa– Arcagno rió y sus ojos parecían llenos de un fuego arrasador.

-Te matarán – dijo el Director

Ahora Arcagno rió con todas sus fuerzas.

-Sí, es lo más seguro – concedió - ¡Pero qué divertido será todo esto!

Un poderoso estruendo que provenía del exterior los silenció a ambos. Eran los modernos Mandrones (siguieron a los drones y eran utilizados para el transporte individual de personas) que traían colgados a periodistas y camarógrafos al patio de la escuela.

-Más divertido de lo que pensaba – dijo Arcagno.

Tomó la correa y dijo:

-Vamos, Director. Recuerda que eres un buen perrito.

Y se encaminó al patio, llevando de la cuerda al Director, que lo seguía como un cuadrúpedo, avanzando con sus pies y sus manos.

A un costado, Martino los acompañaba.

En vivo y en directo

Las cámaras pronto transmitían el holograma de Arcagno a todos los hogares. Echado a sus pies estaba el Director y a su derecha, Martino.

Los periodistas pronto los rodearon. Alzaban sus micrófonos luminosos e intermitentes y lucían sus cabellos teñidos de verde y fucsia, como así también de naranja y celeste, tan de moda en ese gremio.

-¿Esto es una revolución, Arcagno? ¡Qué emocionante! ¿Tiene nuevas reglas para imponer?

-¿Sabes que el 84% de la población activa apoya que te subleves, aunque no sepan por qué? ¡Y el 93% desea que te maten a la hora de la cena, para verlo en directo!

-¿Por qué este hombre está desnudo y con una correa, tirado a tus pies? ¿Muerde?

-No, no, es manso – respondió Arcagno sonriendo, pero manteniendo cierta altivez en sus gestos

– De hecho es Ropenverre, el Director de la escuela.

– ¡Ooooooh! – exclamaron los periodistas con admiración, por tener Arcagno desnudo y sujeto de una correa al Director.

-Rogó por su vida – dijo Arcagno

Todos los periodistas rieron estrepitosamente, aplaudiendo sus muslos con las manos.

-¿Rogó por su vida, de verdad? ¡Pero este hombre tiene casi cincuenta años! Gracias a nuestros líderes, hoy nuestro promedio de vida es de 42 años, antes de una muerte violenta. ¿Puede nuestra audiencia creer lo que nos dice este joven? ¡El Director de la escuela rogó por su vida!

Y todos los periodistas volvieron a reír y a aplaudir sus muslos.

-El querido y venerado Poison debe estar revolcándose en su tumba – comentó otro periodista -. Él siempre inculcó que sólo se vive intensamente hasta los 40 años. Tal vez hasta los 45, los que tienen ventajas genéticas. Punto. Con excepción de los Líderes, que por su posición y responsabilidades siempre viven intensamente. ¡Gracias a ellos y al amado y esclarecido Jeremías Poison ya no debemos sufrir la apatía y decadencia de la vejez! ¡Y también se ha acabado con el problema de la superpoblación mundial!

Inmediatamente todos los periodistas, alumnos y hasta el Director, levantaron sus puños y cantaron el himno a los Ocho Líderes, con honda emoción.

Los Ocho Líderes

Los Ocho Líderes miraban los hologramas de la transmisión desde su sala de reuniones virtual, con grandes sonrisas.

-Hacía falta algo así – dijo Líder 3.

-Sí, ya ordené abortar las explosiones en los edificios del sector Luz 1. Con esta sublevación de los estudiantes, podemos postergar la rebelión de los electricistas que estaba programada para esta semana – dijo Líder 6.

-Que la posterguen para diciembre – ordeno Líder 1.

-En diciembre está preparado el ataque de los antiguos Papa Noel en el Centro Comercial “Salve Jeremías” y “Mundo Poison” – le recordó Líder 3.

-Es verdad – asintió Líder 1 -. Maten a los electricistas entonces. Esta rebelión es más interesante. Tuvo gran aceptación en los círculos medios.

-¿A quién responde este estudiante..., Arcagno? – preguntó Líder 4.

-Eso es lo curioso – respondió Líder 3 -. No responde a nadie.

-¡Asombroso! – exclamó Líder 4, sorprendido - ¿Y qué exige?

-Eso es más curioso aún – continuó Líder 3 -. No exige nada. Esta es su versión de vivir intensamente.

Los 8 líderes rieron y aplaudieron sus muslos.

-¿Y qué haremos? – preguntó Líder 7.

-Mataremos a unos cuantos estudiantes: tiros, sangre y explosiones –ordenó Líder 1-. Todo registrado en los hologramas, con muchas cámaras y en horarios centrales. Elijan algunos cadáveres y muéstrenlos como los cabecillas de la Rebelión. Que los decapiten y que sus cabezas sean

embalsamadas y exhibidas en el Museo de La Rebelión. Que les asignen una biografía más o menos interesante a cada uno. A Arcagno lo dejan vivo. Lo duermen y le ponen un chip subcutáneo de rastreo. Que unos hombres nuestros, simulando ser rebeldes, lo ayuden a huir. Este Arcagno es interesante, puede ser útil más adelante. Como decía Jeremías Poison, nuestro querido y antiguo Líder, hay que mantener viva la esperanza de la rebelión, creando pequeñas rebeliones. Y aplastar con dureza cada una, para que todos acepten que hay una fuerza superior imbatible.

En ese momento un fogonazo en los hologramas los distrajo. Una periodista de cabellos fucsia y verde le había disparado en la cabeza a Martino, el amigo de Arcagno.

-Tranquilos – dijo la periodista a sus compañeros, que habían chillado asustados -. Desde que comenzó a hablar este joven, bajaba nuestro rating – mostró su pequeño y luminoso controlador de audiencia online-. Muy aburrido. Punto.

Los demás periodistas rieron y aplaudieron sus muslos. Los 8 Líderes tampoco pudieron contener sus risas.

Tiros, sangre y explosiones

Como ordenó Líder 1, la rebelión fue sofocada con gran despliegue de las fuerzas del régimen. En la escuela, había cadáveres de estudiantes por todas partes. Incluso, colgando del mástil de la bandera.

Fue realmente un espectáculo hermoso para la población. Una rebelión intensa, llena de juventud y fuerza, coronada por un final apoteótico, a la altura de los acontecimientos. Las cabezas decapitadas y exhibidas como hologramas, fueron sencillamente para el aplauso. Tal fue el éxito, que se preparó un especial, con una edición y musicalización dignas de admiración.

La imagen de la madre de Ricardo, desnuda y debilitada, cortando los penes de algunos cadáveres y haciendo un collar con ellos, con música de violines acompañando, hizo lagrimear a unas cuantas amas de casa.

El Director fue llevado desnudo y en correa a las dependencias policiales, para investigar su participación en la revuelta. No estaba muy claro cuál había sido su rol.

Luego del especial, también se hizo una serie de programas con panelistas y público en vivo, que debatían sobre los hechos acontecidos. Como siempre en estos casos, las pasiones hicieron subir los ánimos y en 5 días hubo 9 muertos en vivo (2 panelistas y 7 personas del público), tras discutir acaloradamente. Tres muertes en especial resultaron muy graciosas y el público aplaudió fervoroso con sus muslos.

Más allá de algunas voces divergentes, Arcagno era considerado casi como un héroe. Todos esperaban el momento en que apareciera su cadáver.

Pero el asombro fue grande cuando se informó oficialmente que el cuerpo de Arcagno no estaba entre los demás.

¿Acaso había logrado huir? Los panelistas lograron continuar 2 semanas más en el aire con este nuevo giro.

Los locos de las montañas

Arcagno deambulaba por las montañas, cuando unos encapuchados se le acercaron, con pasos tímidos y algo temerosos.

-Hermano, ¿buscas a alguien? ¿Podemos ayudarte? – le preguntó uno.

Arcagno desconfió de ellos, pero no tenía sentido alejarse ni fingir. Estaba perdido y hambriento.

-Supongo que forman parte de algunas de las sectas que se refugian por aquí, ¿cierto?

-No somos una secta – respondió uno de ellos-. Somos parte de una de las antiguas religiones, que una vez más intenta ser exterminada. Son tiempos difíciles en que Satán se ha lanzado a gobernar las almas humanas. Pero El Salvador ya murió en la cruz por nosotros una vez y ahora...

-Ya, ya, ya – interrumpió Arcagno, impaciente -.La verdad es que no conozco por aquí y tengo mucha sed y hambre. ¿Pueden ayudarme?

-Por supuesto, hermano. Es el amor al prójimo lo que nos debe mover. Acompáñanos.

Arcagno fue con ellos hasta llegar a un precario campamento. Pese a estar exhausto, permanecía atento. Para él, ellos eran unos locos que vivían en la montaña y podían ser impredecibles.

Con el transcurso de los días, fue adaptándose a la vida que llevaban. Comenzó a escuchar las enseñanzas de los más viejos. Reflexionó sobre sus palabras, el sentido de la existencia y sus acciones pasadas.

Se encontraba meditando al lado de un árbol, cerca de un arroyo y entre el silbido de los pájaros. Fue entonces cuando el cielo pareció abrir paso al apocalipsis: un estruendo atronador bajó de las nubes, eran dos poderosos Césares, de la nueva generación de helicópteros, que se acercaban al campamento. De su interior comenzaron a brotar los soldados, sostenidos por sus Mandrones. Disparaban desde el cielo y parecían arcángeles malignos.

Los del campamento corrían desesperados, intentando escapar. Pero no tenían posibilidades. Una vez que todos estaban muertos o mal heridos en el suelo, los soldados aterrizaron al lado de Arcagno.

-¿Se les ofrece algo, hermanos? – sonrió con malicia Arcagno.

-Debemos llevarte de nuevo a la ciudad. Vamos – dijo uno de los soldados.

-De acuerdo – aceptó Arcagno.

-Arcagno... - suspiró moribundo uno de los encapuchados que lo habían traído al campamento – Recuerda lo que aprendiste...

Arcagno lo miró con compasión, se agachó y sosteniéndole la mano le dijo: “Sí, hermano. Muchas gracias. He aprendido que el aburrimiento mata como las balas, sólo que más lento. Considérate afortunado. Te han ahorrado un gran suplicio. Punto”.

El encapuchado lo miró, abrió sus ojos y movió su cabeza negando. Apretó fuerte su crucifijo y, unos pocos segundos después, dejó de respirar.

La verdadera rebelión

El Líder 3 se acercó a Arcagno.

-Arcagno, eres un héroe. Tu figura causó una impresión fuerte en la ciudadanía. Ahora hemos descubierto que tu rebelión no era contra las reglas impuestas por los 8, que son, en definitiva, el espíritu vivo de nuestro querido Jeremías Poison. El Director ha firmado una confesión, en la que

admite que complotaba junto con otros profesores (los que ustedes han matado), para diseminar ideas contrarias a las que iluminan nuestra época. Apostó y perdió. Punto. ¿Estamos en lo correcto?

Arcagno entrecerró los ojos y miró fijo al Líder 3.

-Porque si estamos en lo correcto, como sospecho –prosiguió Líder 3-, el Director será empalado, en horario central, como broche de oro a tu rebelión, con hologramas de alta definición. Luego se te dará la medalla Jeremías Poison a la Intensidad y la Lealtad. Y, por supuesto, tendrás un puesto jerárquico en el Ministerio de Defensa de la Doctrina Poison. Sabes que siendo jerárquico no hace falta que cumplas horarios, podrías aparecer una o dos veces al mes por tu oficina, si es que lo crees necesario. Lo importante es que los jerárquicos vivan intensamente para que sean el vivo ejemplo de la Doctrina Poison. Por eso tienen excelentes sueldos, autos caros, pases gratis para todos los espectáculos y lugares de moda. En fin, todo sea por servir a los ideales. Pero para eso debemos estar seguros de que la rebelión era contra el Director y sus secuaces. Y que lo dirás en público. ¿Podemos estar seguros?

Arcagno se quedó callado unos segundos, mirando fijo al Líder 3.

-No hay ni una coma equivocada – respondió Arcagno –. Así fue exactamente como sucedió todo.

Show final

Desnudo y con la correa puesta, el Director fue empalado en horario central, con los camarógrafos filmando desde distintos ángulos en sus Mandrones.

Estaba rodeado por las cabezas embalsamadas de los estudiantes líderes en la rebelión de Arcagno, que habían sido acomodadas sobre altas estacas. Las cabezas estaban en excelente estado y habían sido traídas con mucho cuidado desde el Museo de la Rebelión.

El Director gritaba y agonizaba. En adelante, la correa de perro quedaría como un símbolo de la traición. Fue común durante los años posteriores, cuando se realizaba algún tipo de pacto entre ciudadanos, sellar con la frase: “si me traicionas, te pondré la correa”.

Arcagno fue condecorado y habló al público.

Al final de su breve discurso levantó su puño y dijo: “se nace y se muere. Punto. Pero hay que vivir intensamente”.

Todos enloquecieron en gritos y vítores. Tantos gritos quedaron mezclados con los gritos del Director, que continuaba con su agonía.

Luego explotaron los fuegos artificiales.

Y hubo show en vivo con bandas de música Tecno Atómica, que era el género preferido para bailar.

Era un mundo feliz, donde todos tenían el derecho de apostar y perder.

Punto.

Final.

7. 6to Congreso Internacional de Amor y Desamores

Eso de “hasta que la muerte los separe”
es una incitación al asesinato
(Inodoro Pereyra)

Introducción

Una vez por año se realiza el Congreso Internacional de Amor y Desamores.

Exponen altas personalidades vinculadas al tema, como es el caso del especialista Victorio Mambetini, que tiene en su haber 4 divorcios y se define como enamorado compulsivo y esquizofrénico (ya que despliega múltiples personalidades en su afán de conquista).

También la encumbrada Elisa Nodera, concurrente serial de las redes sociales. Tuvo 5 casamientos virtuales e igual número de divorcios por la misma vía. Su prestigio se vio amenazado cuando fue acusada de bigamia por algunos usuarios, al señalarse que anunciaba una nueva boda virtual cuando aún continuaba en nupcias con Osito_74.

Don Alberto y María Josefina, prontos a cumplir 60 años de convivencia, también serán de los expositores. Como así otros muchos más.

Es importante resaltar y advertir la falta absoluta de soporte científico para este Congreso. Las exposiciones, estadísticas y conclusiones no se basan en ningún estudio de profesionales, grupos de investigación, universidades ni organismos oficiales. Son meras especulaciones de los exponentes o suposiciones inferidas a través de sus vivencias personales.

Un ejemplo es el caso de Pablo Piccotti, que se comportó en el 5to Congreso de forma diametralmente opuesta a lo que había expuesto en el Congreso anterior (entre ambos Congresos conoció a una jovencita que lo encandiló de principio a fin, pero que se alejó de él un par de meses después de que se conocieran).

Durante el 4to Congreso disertó sobre la importancia de la compostura y la dignidad frente al abandono, lo que concluyó con un cerrado e imponente aplauso del público.

En el 5to Congreso, complementaba su alocución del Congreso anterior agregando el ítem: “un duelo sano”.

Avanzada su exposición distinguió a la jovencita mezclada entre la audiencia. Entonces perdió rápidamente su compostura y su dignidad: suplicó, lloró, se arrodilló e imploró por una oportunidad más.

Tuvo que ser retirado por los organizadores, ante el silencio general.

Apertura del 6to Congreso

La primera sorpresa del nuevo Congreso, la dio el presentador Carlo Antonio Prophecus, no por su llamativa ropa ni sus movimientos excéntricos, algo a lo que ya tenía acostumbrados a todos, sino por aclarar que este Congreso sería, fundamentalmente, de carácter testimonial. Los organizadores habían llegado a la conclusión de que la gente se identificaba y entretenía más al escuchar las

historias vividas por los expositores.

Al menos por esta edición, entonces, los oradores estarían más orientados a narrar sus propias vivencias que a desplegar sus tesis y sus trabajos que, como ya era sabido, tenían un escaso o nulo rigor investigativo. Posteriormente, eran libres de generar un debate o presentar sus ideas finales, pero como consecuencia de la historia que habían contado.

La segunda sorpresa fue que Carlo Antonio Prophecus declaró ante toda la audiencia estar profundamente enamorado y anunció su casamiento para dentro de unos meses. Luego presentó a Bruno, su prometido. Muchos quedaron boquiabiertos, porque Carlo siempre se había jactado de su independencia y de que había nacido para ser amado por muchos hombres... en lo posible al mismo tiempo.

No obstante, ahora parecía sincero y muy enamorado. La gente no pudo menos que aplaudir cuando Carlo y su prometido se besaron (aunque algunos sintieron un poco de envidia por la dicha ajena).

Mi Taj Mahal de arena I

Victorio Mambetini, el autodenominado enamorado compulsivo y esquizofrénico, tuvo la responsabilidad de ser el primer expositor. El público lo conocía y lo apreciaba, por lo cual lo recibieron con un fuerte aplauso.

-Buenas noches, amigos – saludó Victorio a la audiencia- Como aclaró nuestro encantador Carlo, este año serán nuestras historias las que tendrán el protagonismo. He pensado cuál contar y he elegido la de un verano que ha quedado muy lejos en el tiempo. Pero créanme que, aún hoy, el sol de ese verano sigue quemando mi piel. Yo tenía en aquel entonces 12 años. Para los que se lo preguntan, en aquella época el mundo ya era en colores –Victorio y varios otros rieron- ¡No tengo tantos años! – exclamó - Es que 4 divorcios me hacen ver mayor.

-¡Te amo, Victorio! –gritó una de las damiselas del público.

-Si la que gritó es aquella rubia –dijo Victorio, señalando a una mujer que se había puesto de pie y tiraba besos desde una de las butacas del medio-, quiero decir que es muy atractiva. Es una firme candidata para mi quinto divorcio.

Se escucharon las risas y a la rubia gritar:

-¡No, no, Victorio! ¡Que sea para siempre!

Victorio hizo la cruz con sus dedos y exclamó hacia uno de los costados del escenario, con tono bromista:

-¡Seguridad! ¡Llévense a esta loca!

Muchos rieron con ganas. Victorio le hizo gestos a la rubia para que se sentara y prosiguió:

-Sé lo que piensan de mí y la imagen que se han hecho. Pero les pido que para esta historia, intenten imaginar a un pequeño hombrecito de 12 años y no a este hombre que ven hoy. Aunque les parezca increíble, aún ese niño sigue latiendo aquí –Victorio posó su mano sobre el costado izquierdo de su pecho-. Una pequeña porción de cielo que jamás se ha desplomado. Después de tantos veranos, aún sigo recordando y sintiendo esta historia. Siempre la recordé como mi Taj Mahal de arena.

Mi Taj Mahal de arena II

-Por si alguien no lo tiene muy presente en este momento, les recordaré brevemente la historia del Taj Mahal, una de las siete maravillas del mundo moderno –anunció Victorio-: en los primeros años del 1600, el emperador Sha Jahan se desposó con la princesa Arjumand y la nombró Mumtaz Mahal, que significa “la favorita del palacio”. A ese momento, el emperador tenía ya otras esposas, por eso lo de la “favorita”. Tuvo 13 hijos con Mumtaz Mahal. Estaban muy enamorados y eso parece que influía positivamente en el emperador, que era muy amado por su pueblo. Pero todo se oscureció cuando Mumtaz dió a luz a su catorceavo hijo y murió. Sha Jahan quedó desolado. Resolvió, entonces, rendir un último y magnífico tributo a su gran amor: la construcción del mausoleo más imponente del mundo, el Taj Mahal, en la ciudad de Agra, India. Una maravilla arquitectónica que perdura hasta nuestros días, identificada como símbolo del amor.

A mis 12 años, mi madre ya me había contado esta historia. Aún la asocio a su dulce y suave voz.

Como les había anticipado, era verano y estábamos de vacaciones en la playa. Conocí a una chica que tenía un año más que yo. Nos hicimos inseparables. Y un atardecer, cerca del mar, nos besamos. El mundo se detuvo en ese chocar torpe, único e intenso de nuestros labios. Sentí cosas que nunca había sentido. Quise vivir y morir por ese instante.

Al día siguiente fui a buscarla al departamento que alquilaba su familia, pero ya no estaba. Se había marchado con sus padres. Su verano había terminado y, sin que yo lo supiera, me había regalado su beso como última e inolvidable despedida.

Quedaban algunos días aún para que terminara mi verano, pero estaba muy desanimado. La extrañaba demasiado. A ella y a su beso. Al atardecer solía regresar a nuestro lugar, cerca del mar, y me quedaba quieto allí largos minutos, queriendo que el tiempo volviera. Que ella volviera.

Recordé entonces la historia del Taj Mahal, de ese monumento al amor. Al amor perdido.

Y construí con arena mi propio Taj Mahal, cerca del mar, en el lugar que nos besamos. No era imponente ni maravilloso. Sin embargo, tenía en mí la fuerza del verdadero Taj Mahal.

Pero también fue fugaz. Se fue con la marea. Como el verano. Como ella – Víctorio sacó un pañuelo y disimuladamente lo pasó por sus ojos. La gente estaba emocionada y le entregó un aplauso que pareció interminable. Victorio agradeció con sus manos y se retiró del escenario.

Mi Taj Mahal de arena III

Una vez fuera del escenario, Victorio se alejaba por un pasillo, saludando a algunas personas, cuando una mujer le tomó del brazo.

-Victorio, debo admitir que me has sorprendido –dijo Dafne, una mujer madura, pero muy bella y elegante-. Me costaba creerte, pero pienso que de verdad eres un hombre muy sensible. Aceptaré esa cena que me propusiste tantas veces.

-Me hace muy feliz, Dafne –dijo Victorio-. A las 20 pasaré a buscarte, si te parece bien.

-Está bien –respondió Dafne. Y luego de besarlo en la mejilla se fue.

Un joven se acercó a Victorio.

-Qué hermosa historia, señor Victorio. Le debe haber impactado mucho para recordarla tan bien.

-¿Recordarla? –preguntó Victorio -. No es una historia tan vieja –sonrió -. La preparé anoche –

dijo, ante el asombro del joven -. Precisaba una historia a la medida de esa mujer –señaló a Dafne que terminaba de alejarse-. Ya sabes como soy: un enamorado compulsivo y esquizofrénico –rió Victorio-. Sólo hago lo que tengo que hacer. Haz tú también lo tuyo y nunca intentes que te quieran sólo por lo que eres –Victorio palmeó el hombro del joven y se fue.

El joven quedó parado en el pasillo con la boca abierta. Recién después de unos cuantos segundos volvió a pestañear.

Chat con Elisa

Una pantalla de grandes dimensiones se encendió sobre el escenario. Era la pantalla donde se reflejaban imágenes para ilustrar las distintas presentaciones. Ahora aparecía la imagen de un canal de chat. De pronto apareció el nombre de Elisa_Nodera:

Elisa_Nodera: Hola a todos!

Moderador: Hola, Elisa. Te estamos leyendo.

Elisa_Nodera: Q bueno estar con uds un año más

Moderador: gcias Eli. Felices de q participes otra vez. Tienes tu historia?

Elisa_Nodera: Sí. Quiero contar de Indio, mi amor.

Se escucharon los silbidos de una parte de la audiencia.

Moderador: estás recibiendo silbidos

Elisa_Nodera: ...

Moderador: Te silban

Elisa_Nodera: Sí, estaba contando hasta 10

Moderador: tas molesta?

Elisa_Nodera: Sí.

Moderador: No quedó claro lo de Osito_74. Es muy querido en la comunidad.

Elisa_Nodera: Osito_74 no se conectaba

Moderador: 3 días no se conectó.

Elisa_Nodera: no puedo tener una relación así

Moderador: pero tu estado era “casada” con Osito_74

Elisa_Nodera: hace falta ok de los 2 para cambio de estado y Osito_74 no se conectaba.

Moderador: podías iniciar trámite para anulación. Son 5 días y se anula estado “casada” si el consorte no se conecta al chat.

Elisa_Nodera: fui desprolija. Indio me impactó.

Se escucharon entonces nuevos silbidos de la audiencia.

Moderador: silban...

Elisa_Nodera: Q silben. Me tienen cansada.

Los silbidos aumentaron, junto con algunos otros abucheos.

Osito_74 ha ingresado al chat.

Moderador: Se agrega Osito_74

Elisa_Nodera: ...

Moderador: Eli?

Elisa_Nodera: y mi historia con Indio?

Moderador: Osito_74?

Osito_74: sí, hola

Todos aplaudieron y festejaron.

Moderador: Hola O_74! Cómo tas?

Osito_74 respondió con un emoticón de carita triste y se escuchó el suspiro piadoso de la platea femenina.

Elisa_Nodera: se victimiza

Osito_74: Hola Eli

Elisa_Nodera: buscas pulgares arriba con esto. Que bajo.

Osito_74: Perdón Eli.

Elisa_Nodera: desapareciste 3 días.

Osito_74: Tuve un accidente. Estuve internado.

Elisa_Nodera: sin wifi en el hospital? Por favor...

Osito_74: estaba sedado

Elisa_Nodera: como sea

Moderador: pero tuvo un accidente. ¿No te importa saber qué pasó, cómo está?

Elisa_Nodera: No le creo nada.

Osito_74: es verdad.

Elisa_Nodera: yo no me casé para estar todo el día esperando que te conectes.

Osito_74: lo siento. Ya di ok para estado divorciado.

Moderador: mala noticia, Eli. Indio cambió su estado a casado con Marupa_86

Elisa_Nodera: ...

Moderador: Eli?

Elisa_Nodera: estoy chequeando. No puede ser. Me cagó.

El público rió y aplaudió con fuerzas.

Moderador: Eli, acá aplauden.

Elisa_Nodera: Osito? Tas todavía?

Osito_74: sí

Elisa_Nodera: hablamos?

Osito_74: No. Chau

Moderador: Adiós O_74. Eli, ¿quieres contar tu historia ahora?

Elisa_Nodera: Indio me bloqueó.

Moderador: parece que estamos ante una especie de “justicia poética”.

Elisa_Nodera: me juzgan sin entender

Moderador: pero también juzgaste a Osito_74

Elisa_Nodera: Los tengo que dejar! Mi marido está entrando a casa.

Moderador: entiendo. Reflexiona para actuar correctamente en tus relaciones!. Adiós, desconecta antes que vea tu marido!

Elisa_Nodera: Adiós! Bsos!

El público aplaudió esta vez. En la pantalla se leyó:
“Elisa_Nodera acaba de abandonar el chat”.

Bernardo Balbor I

Fue presentado para exponer Bernardo Balbor. Era un joven de unos 18 o 19 años. Su mirada era alegre y limpia.

-Buenas noches a todos. Soy bastante joven, así que sé que posiblemente no crean que pueda ser un experto para hablar de amor. Y es verdad. No lo soy. Pero soy un experto en estar enamorado.

Conozco a mi novia desde el jardín de infantes, hemos cursado la escuela juntos y nuestro broche de oro han sido unas vacaciones inolvidables en la playa.

Yo creo realmente en que hay una otra mitad que nos complementa. Necesitamos de esa mitad para sentirnos completos. Fui afortunado y la encontré de chico. Nunca tuve ninguna duda de que ella será mi compañera para toda la vida.

Y quién puede negar esto: cuando encontramos nuestra otra mitad, entonces somos invencibles.

Esta es en definitiva mi pequeña historia. Es parte de la gran historia que estamos escribiendo con Milena, mi gran amor. ¡Muchas gracias!

El auditorio aplaudió las palabras de Bernardo, algunos con más entusiasmo y otros con más condescendencia.

Bernardo Balbor II

Fue presentado para exponer Bernardo Balbor. Era un joven de unos veintitantos años. Su mirada era un poco preocupada y concentrada.

-Buenas noches a todos. Sé que debo ser breve, hay muchos otros esperando para exponer.

Quería contarles una síntesis de mi historia: vivo con la mujer que amo, a la que conozco desde chico. No hace mucho, fuimos padres de un hermoso bebé: Sebastián. Esta es la parte luminosa de la historia.

La parte oscura es que tuve que dejar mis estudios para mantener a mi familia, tengo un trabajo que no me gusta y la frustración me pone de mal humor.

La parte preocupante de esta historia es que la parte oscura está cubriendo a la luminosa. Tengo muchas discusiones con Milena, mi pareja. El amor no es suficiente si las obligaciones y la rutina nos van carcomiendo cada día.

Pero hay una parte reveladora: me he dado cuenta a tiempo de que estamos erosionando nuestro amor. Así que cambiaré mi actitud. Uno tiene que estar bien consigo mismo, para poder estar bien con los demás. Y yo quiero estar bien con Milena, por eso cambiaré mi actitud no sólo hacia ella, sino hacia mí también.

Tengo proyectos e ilusiones renovadas. Iré a buscarla mañana mismo a su trabajo y la llevaré a cenar, para que podamos festejar la nueva parte de nuestra historia: el renacimiento. ¡Muchas gracias!

El auditorio aplaudió las palabras de Bernardo, algunos con más entusiasmo y otros con más condescendencia.

Bernardo Balbor III

Fue presentado para exponer Bernardo Balbor. Era un hombre de algo más de 30 años. Su mirada era un poco cansada, aunque se la notaba aún vivaz.

-Buenas noches a todos. Contaré mi historia en pocas palabras, ya que no quiero aburrirlos ni quitarle tiempo a otros compañeros que esperan para exponer.

Tuve un hijo de joven: Sebastián, a quien adoro.

Amé mucho a su madre, aunque luego cada cual siguió su camino.

Amé luego a otras mujeres, con mayor o menor entusiasmo.

Profesionalmente, tuve algunos tiempos difíciles pero he logrado ahora un relativo éxito.

En esta etapa de mi vida, luego de haber vivido unas cuantas experiencias, luego de haber ganado algunas veces y perdido otras, me pregunto qué es el amor.

Y, en verdad, descubro un abanico de amores ante mí.

El amor a un hijo, que es un amor despojado de todo egoísmo.

El amor a los padres, con algo de reproches y mucho de agradecimiento.

El amor a lo que hacemos, a nuestras tareas y profesiones, que es un amor que da y quita, sinuoso, pero muy importante para llegar al fin de nuestro día con satisfacción.

El amor a nuestros hermanos, amigos, afectos, que dan contención y lealtad.

Y el amor a nuestras parejas. Un amor que cambia en cada etapa. Es idealista, apasionado, intenso, único... por un tiempo.

Como escuché alguna vez: "Sólo hay un amor que dura hasta la muerte: el último". ¡Muchas gracias!

El auditorio aplaudió las palabras de Bernardo, algunos con más entusiasmo y otros con más condescendencia.

Bernardo Balbor IV

Fue presentado para exponer Bernardo Balbor. Era un hombre de 40 y tantos de años. Su mirada era segura y tranquila.

-Buenas noches a todos. Quiero presentarles al amor de mi vida. Por favor, Milena, acércate – dijo extendiendo su mano hacia uno de los laterales-. Entonces apareció Milena en el escenario, caminando lentamente. Tenía un pañuelo tapando su cabeza.

-Mi historia, nuestra historia –dijo Bernardo al público- comenzó cuando ambos cursábamos el jardín de infantes. Con el tiempo, tuvimos la bendición de tener un hijo: Sebastián. Él es la prueba más pura y perfecta de nuestro amor.

Pero la vida no es un océano de aguas tranquilas. Algunas tempestades nos separaron. Nuestras manos jóvenes e inexpertas no supieron mantener firme el timón.

Pasó mucho tiempo. Mucho tiempo. Y logramos aprender a navegar las tempestades, hasta llegar al puerto en que esperaban reencontrarse nuestros corazones.

Y ahora siento que estoy otra vez en el jardín de infantes, contemplando a la mujer que amaré toda mi vida –la voz de Bernardo se quebró y Milena se acercó a él para abrazarlo y besarlo-. Muchas gracias –dijo Bernardo al público, ya compuesto. Y se retiró abrazado a Milena.

El auditorio aplaudió las palabras de Bernardo, algunos con más entusiasmo y otros con más condescendencia.

Bernardo Balbor V

Fue presentado para exponer Bernardo Balbor. Era un hombre de 60 y largos años. Su mirada era serena y profunda.

-Buenas noches a todos. Me complace estar acá, viendo a tanta gente interesada en el amor. Pasan siglos y milenios y el amor sigue siendo la fuerza vital.

Mi vida ha transcurrido llena de falsas victorias y falsos fracasos. Pero el amor, el amor auténtico, ha quedado erguido entre las ruinas de mis años pasados.

El amor a mi hijo Sebastián. El amor a mis nietos. El amor a mis padres. El amor a Milena.

Milena. Su nombre tiene un sabor distinto a cualquier otra palabra, cuando la nombran mis labios. Milena.

La extraño mucho.

Los años me dieron la resignación. Pero el fuego no se ha apagado.

El amor que perece cuando sus llamas son aún vivas y voraces, es un amor que arderá por siempre.

Milena, gracias por Sebastián. Gracias por mis nietos. Gracias por este fuego que me devora. – Bernardo hizo una pausa, su mirada quedó suspendida en un punto lejano e inalcanzable, luego sonrió y saludó con sus manos - Buenas noches a todos y muchas gracias.

El auditorio aplaudió las palabras de Bernardo, algunos con más entusiasmo y otros con más condescendencia.

Próximo expositor: Bernardo Balbor

Después de que Elisa Nodera abandonara abruptamente el salón de chat, anunciaron a Bernardo Balbor como próximo expositor.

Todos tuvieron la sensación de haberlo escuchado antes.

La parada del colectivo

Luego de Bernardo Balbor el siguiente expositor fue Fernando Pevrez, un joven de andar desenvuelto. Se presentó y saludó a la audiencia. A continuación dijo:

-Quería contar esta historia, porque me ha enseñado algo. Bueno, no estoy muy seguro. Pero creo que sí me enseñó algo –sonrió-. Y quería compartirlo con ustedes.

Para ir a mi trabajo, tomaba el colectivo todos los días en el mismo lugar y a la misma hora. A veces llegaba un poco más temprano y dejaba pasar uno o dos colectivos. Es que, en realidad, esperaba que llegara ella. Que apareciera ella iluminando la mañana desde una esquina. Morocha, linda, de curvas peligrosas.

Tomaba el colectivo junto a ella y la veía bajar siempre en la misma parada.

A veces compartíamos el asiento y sentía como mi corazón se aceleraba.

Todas las mañanas se repetía la misma rutina. Yo esperaba ansioso una oportunidad.

Todos los días el mismo viaje: un sueño de ida, un desencanto de vuelta.

Hacía planes para conversar con ella, pero siempre para el día siguiente. Esperaba la ocasión adecuada.

Una mañana, luego de esperar unos cuantos minutos y dejar pasar unos 4 o 5 colectivos, ella no llegó.

Tampoco las mañanas que siguieron. La esquina desde donde ella aparecía jamás volvió a iluminarse.

Me costó aceptarlo y llegué durante varios días tarde a mi trabajo.

“Ella no volverá –terminé resignándome- y nunca se me presentó la oportunidad de hablarle. Nunca sabré si yo hubiese podido ser para ella, lo que ella era para mí”.

Lo que aprendí, estimados, es que fue mentira que nunca se me presentó la oportunidad. La oportunidad la tuve todos los días. Lo que jamás tuve fue valor. Esa fue mi enseñanza: el amor requiere de valor. No es para cobardes. Hay que ser valiente para arremeter con el corazón y para aceptar con entereza un posible rechazo.

Como cantaba Sabina: “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca, jamás, sucedió”.

Desde entonces, puedo decir con orgullo que he cambiado y me la he jugado cada vez que el corazón me impulsó.

Hasta ahora no me ha ido bien, debo reconocer –sonrió con una mueca.

Si alguna de ustedes –dijo dirigiéndose al público femenino- se siente identificada con lo que digo, no dejen que la falta de valor las reprima. Pueden encararme sin ningún tipo de miedo, les garantizo que mis posibilidades de rechazo son mínimas. ¡Adiós y muchas gracias!

Breve Interrupción

Elisa_Nodera: Indio... Indio... Tas? Desbloquéame el privado. Tas? Hablemos

Moderador: Eli, estás saliendo por la pantalla del Congreso.

Elisa_Nodera: Eh... Sds para todos

Elisa_Nodera acaba de abandonar el chat.

Amor Fantasma

-A mí me tocó enamorarme de un fantasma –dijo Estefanía. Algunos del público la miraron incrédulos.

-El fantasma en cuestión se llamaba Emilio. Aparecía y desaparecía. Instantes fugaces, encantamientos que se deshacían con las campanadas de cualquier reloj. O con el ringtone de su celular, más precisamente.

Era un fantasma y no lo podía retener entre mis brazos. Se aparecía como un sueño, yo me perdía en su mirada infinita y cuando creía que la magia lo podría volver corpóreo para mí, la realidad quebraba todo el hechizo y volvía a perderlo. El fantasmita Emilio desaparecía. Se volvía a su casa, en verdad. Con su mujer. A la que prometía que dejaría alguna vez, para quedarse conmigo.

Pero cuando estábamos juntos, si le sonaba el celular se le arrugaba toda la sábana a mi fantasmita. Ponía excusas y volvía corriendo a su casa.

Supé entonces que estábamos en mundos distintos y opté por el de los vivos: el de las personas que siguen existiendo aún después de una llamada al celular. Comencé a salir con un compañero del trabajo y luego de un tiempo me casé con él.

Pero el mundo de los vivos es frágil y peligroso. La vida es frágil y peligrosa. Quién sabe cómo ocurrió exactamente, qué fue lo que me pasó. Yo también cambié de dimensión. Me transformé en una fantasmita. Ahora floto entre el placer y la culpa y no lo puedo evitar.

Tenemos con Emilio un intenso amor fantasma: a veces desaparezo yo, a veces desaparece él. Pero siempre hay un instante en que nos cruzamos. Luego volvemos a nuestras casas.

Yo lo amo y, de alguna forma, creo que él también me ama.

Pero ni él abandona a su mujer ni yo a mi marido.

¿Y saben por qué? Porque creo que la naturaleza dominante en los fantasmitas, es el miedo a la soledad.

Estefanía apretó sus manos algo nerviosa, luego las extendió y se retiró del escenario saludando al público. El aplauso sonó como discontinuado o confundido.

Las últimas luces del Congreso

Fueron decenas de historias las contadas en el Congreso. Don Alberto y María Josefina fueron los últimos expositores, justo el día en que cumplían 60 años viviendo juntos. Eran simpáticos y se habían querido de muchas maneras a través de los años. Y era evidente que aún hoy, se seguían queriendo. En el ocaso de sus vidas, les tocaba a ellos iluminar a todos los asistentes con la antorcha de la esperanza: la que les mostraba que también el amor perdura.

Luego Carlo Antonio Prophecious desafinó con mucho estilo una alegre canción y contagió al público que aplaudía y bailaba.

Victorio Mambetini y Dafne saludaban abrazados desde un costado del escenario.

En la pantalla relampaguearon algunos emoticones sonrientes que enviaba Elisa_Nodera.

Bruno, el prometido de Carlo, también se acercó para cantar con él, mientras en el fondo unos 5 hombres de distintas edades hacían el coro y la coreografía con el mismo paso. La gente reconoció a Bernardo Balbor entre esos hombres, aunque no estaban seguros de cuál de todos ellos era.

Luego hubo un intenso juego de luces, explosiones de papelitos por el aire, saludos efusivos y caras emocionadas. Finalmente, cayó el telón.

La gente comenzó a salir y, una vez que nadie quedó en el salón, se apagaron unas cuantas luces hasta dejar un ambiente de claroscuros.

María y Manuel aparecieron con sus escobillones para comenzar la limpieza. Al cruzarse, frente al escenario, sus miradas chocaron. Se quedaron quietos, uno frente al otro. Acercaron despacio sus caras y comenzaron a besarse, ante los aplausos silenciosos del auditorio vacío.

Tras ellos, en la pantalla gigante y con grandes letras, aún podía leerse titilando entre luces:

“El amor nunca termina de festejarse”.

8. Final: el detrás de las escenas

“Un arqueólogo es el mejor esposo que una mujer podría tener. Cuando más ella envejece, más interesado está él en ella”.
(Agatha Christie)

Los protagonistas

No fue fácil conseguir los protagonistas para los cuentos del libro. Y más difícil fue que se expresaran en un español neutro. La consigna era evitar el lenguaje localista en lugares como “Las aventuras literarias de Luciano Saldívar”. Finalmente, se mantuvo esa impronta para todo el libro. Fue un argumento bastante discutible que vino desde “arriba” y que los personajes acataron, salvo en algunos contados episodios que debieron ser corregidos.

Por ejemplo, nuestro Pinocho es oriundo de Salsipuedes (Córdoba) y Otelo es porteño, de Mataderos. En la escena en que Otelo le rebanó un pedazo de nariz, Pinocho no se contuvo y le gritó de mala manera: “¿qué hacei negro culiao?”. Casi se van a las manos. Por suerte Yago logró agarrar a Otelo, que le decía: “soltame, boludo, soltame que le rompo el comedor”.

Luego hubo que editar el cuento, para que no aparecieran estos exabruptos.

Este fue un hecho desafortunado, más allá del vocabulario proferido.

Pero para ser justos, salvo estas raras excepciones, el clima entre los personajes del libro fue cordial, festivo y agradable.

También es bueno aclarar que Pinocho y Otelo se pidieron disculpas, hicieron las paces y dieron vuelta la página (literalmente).

A continuación, algunas de las anécdotas y charlas con los personajes del libro, verdaderos artistas de los barrios bajos literarios.

La Muerte

-Yo aparezco en el final de la saga de Bernardo Balbor –dijo La Muerte-. Me maquillé para estar bastante pálido y me puse esta capucha negra. La idea era que yo “exhalaba una bocanada indescifrable de humo”, luego apagaba el cigarrillo y cerraba el libro. Pero la cuestión es que yo nunca fumé y, cada vez que lo intentaba, ¡me atragantaba, tosía, escupía y se me ponían los ojos rojos! Los tres enanos del centro comercial venían corriendo desde el otro cuento a socorrerme y me palmeaban la espalda. Al final hubo que reescribir el texto y quedó: “La Muerte apagó su cigarrillo y cerró el libro”, así se evitaba que yo tragara humo. ¡Fue muy gracioso! – exclamó la muerte con grandes risas.

Los demás me miraron serios y algunos arquearon sus cejas.

Frengdom padre, Bastón y el Zorro

-Mi escena era bastante fuerte –dijo Frengdom padre-: vuelvo borracho a casa, viene Bastón a recibirme y de una patada lo mato. Me habían armado un perro de peluche con peso en el cuerpo, para que no salga volando cuando le metía la patada. La cabeza no tenía peso, para que yo no me

lastimara el pie. Mientras esperaba mi momento, tomé unos cuantos vasos de vino tinto para que mi participación resultase realista y convincente. Quedé bastante mareado y medio perdido. La cuestión es que me equivoqué de puerta y entré en otra saga. Cuando le voy a dar la patada en la cabeza al perro, escucho que me grita: “¡Soy el zorro, soy el zorro!”. ¡Casi muero infartado cuando creí que me hablaba el peluche! – rió Frengdom padre.

-Más me asusté yo –acotó el zorro-. Por suerte estoy domesticado. No como Pinocho y Otelo, que dieron un espectáculo bastante lamentable.

Los Balbor

-Los Bernardo Balbor fuimos varios, de diferentes edades –dijo el Balbor de unos veinte tantos años-. No sé, yo no lo entendí mucho. Me explicaron que es un recurso que se utiliza, en el que la muerte puede aparecer en distintos momentos y luego ser ignorada como si no hubiese ocurrido. Que la vida es frágil, que cuántas veces salvamos nuestras vidas sin saberlo: al perder un colectivo, al detenernos para mirar una vidriera, al hablar un rato de más con un amigo. O viceversa: nos agarra la muerte por perder un colectivo, demorarnos en una vidriera o seguir de largo en la charla con un amigo. No sé. Mucho verso, mucho chamuyo. Si estás vivo estás vivo y si estás muerto, entonces estás muerto. No sé. Yo lo veo así. En fin, cada cual pensará lo que quiera. Yo hice lo que tenía que hacer. Por otra parte, hay que ser justos y reconocer que el cátering estuvo buenísimo. Ojo, igual que no se malinterprete lo que dije antes: la historia de Balbor a mí me gustó. Creo. No la entendí bien. Lo que pasa, lo que me tiene mal, lo que realmente me molesta es lo de Milena. ¿La vieron? Es hermosa. La que tiene mi edad, digo. Y yo justo soy el Bernardo Balbor corneta, el que la agarra besándose con el Dr. Tornalo. ¡El Dr. Tornalo! ¿Quién elige esos apellidos? El punto es que podrían haber puesto que la noche anterior habíamos sido dos salvajes en la cama o que al irme de casa le daba un piquito, aunque sea... No sé. Algo más físico. Cuando participé del 6to Congreso de Amor y Desamores lo escuché a Fernando Pevrez cuando hablaba, el de la historia del colectivo y la morocha. Tenía razón Pevrez. A mí también me faltó valor. Le tendría que haber dicho algo a Milena. Cuando le estábamos entrando a los sandwiches de miga, en el cátering, ahí me la tendría que haber jugado. No sé. Si ahora hay un brindis al final o algo así, me parece que me arrimo y le digo algo. Yo creo que había onda. ¿Vos lo notaste? – me preguntó con la mirada ansiosa.

Le respondí con un gesto de duda y me fui a hablar con otros personajes.

Virgilio y Aristóteles

-Sí, es verdad. Fue por recomendación de mi terapeuta que llegamos con Luciano Saldívar solamente hasta el cuarto círculo del infierno. La idea era que yo lo guiara por los nueve círculos, pero empezó este problema con Aristóteles y reconozco que me desestabilicé emocionalmente. Ahí es donde lo tuvimos que meter a Pinocho en el infierno, para que lo saque a Luciano. Pobre Pinocho, no quería saber nada con entrar en el infierno, por eso de que hay mucho fuego y él es de madera.

¿Lo de Aristóteles? Estábamos conviviendo con él y otros en el Limbo. Había mucho ambiente de camaradería, practicábamos nuestras líneas y todo iba bien. Aristóteles contaba algunas cosas suyas cada tanto. Pero luego fue entrando en confianza y comenzó con sus aires de superioridad: que

Alejandro Magno fue su discípulo, que Platón fue su maestro, que fundó el Liceo de Atenas, que es el padre fundador de la lógica, que tuvo un influjo poderoso sobre el pensamiento de Occidente, que escribió unos 200 tratados, que lo busquemos en Wikipedia... ¡Que lo busquemos en Wikipedia! Tranquilo, me pongo colorado porque me sube la presión. Acá tengo la pastillita. Creí que lo había superado, pero se nota que me pone un poco nervioso todavía. Porque Aristóteles empezó con todo eso y después la siguió con que no sabíamos lavar los platos, que las camas estaban mal hechas, que la carne estaba muy cocida. ¡Al final parecía que el único que hacía las cosas bien era él, los demás éramos todos inútiles! ¿Sabe algo?: ¡yo también aparezco en Wikipedia! ¿Acaso porque soy hijo de campesinos Aristóteles cree que me puede desmerecer? Sí, es verdad lo que él dice: él tiene más renglones que yo en Wikipedia. ¿Y? ¿A quién le importa? Tranquilo. Sí, estoy muy colorado, ya sé. Sólo tengo que respirar profundo y exhalar. Así. Otra vez... Otra... Estoy mejor.

En definitiva, me sobrepasé un poco emocionalmente y quise golpear a Aristóteles. Pero no pasó nada. Enseguida trajeron a un profesional que me dio contención, con el que pude hablar y descargarme. Fue el que me enseñó lo de la respiración. Parece que mi problema en verdad no es con Aristóteles, sino que ya traigo de arrastre algunos temas con mis padres. Quedé tan conforme con este terapeuta que lo recomendé para el libro. De hecho, participó en la manifestación de los psicólogos, en “Las Tres Palmeras”. Es el estudiante de psicología que promocionó las tres materias. ¡Tres materias ya promocionó! Y no anda pidiendo que lo publiquen en Wikipedia por eso.

No obstante, por favor, quiero aclarar que está todo bien con Aristóteles. Incluso le fui a pedir perdón por mi intolerancia. Pero se ofendió y no quiso aparecer en ninguna historia. Allá él. Se cree mucha cosa. Ya se va a llevar una sorpresa el día menos pensado. No, no se preocupe si me tiembla la mano. ¿El color en la cara? Dura unos segunditos más solamente. Sólo tengo que respirar profundo. Así... Exhalar... Respirar... Exhalar... Respirar... Así.

Fundadores de clubes

-Con la saga del “Club de Fundadores de Clubes” terminó pasando algo bastante inesperado –me contó Javier, el fundador de “Exclusive Life Club” -: muchos personajes del libro se hicieron miembros de algunos de esos clubes. Incluso Arcagno, al que todos le tienen un poquito de miedo, se adhirió y se hizo muy amigo de Jaime, el del club de los 100 años. ¿Qué por qué le tenemos un poquito de miedo a Arcagno? Y... hay que reconocer que los de “Jeremías Poison” son medios border. A todos nos gustaba ir a curiosear o hacer alguna participación en las distintas sagas. Por ejemplo, cuando Bernardo Balbor muere en el accidente de auto, yo soy el que está parado al lado del semáforo. En el 6to Congreso de Amor y Desamores, si te fijás bien, hasta Hamlet estaba entre el público, con Yorick en su regazo. Pero en la saga de “Jeremías Poison”, la verdad, es que no se metió nadie. Como que ahí estaban todos muy... muy compenetrados. Muy metidos en los personajes. Daba miedo hasta de que te violaran, qué sé yo. Se cuenta cada cosa que pasó ahí.

¿Si sé quiénes se hicieron miembros de los clubes? Me acuerdo de algunos. Te digo:

El Director (el de Jeremías Poison, el que aparece casi siempre desnudo), se anotó en el Club del Sexo y el Buen Vino.

Yago se metió en el Club de Las Separadoras

Drácula fue al Club de Los Disfrazados

Frengdom Hijo se anotó en el Club de Las Románticas (vaya uno a saber por qué)

Los Bernardo Balbor... habría que preguntarle a cada uno, porque fueron para distintos clubes.

¿Patricia? –Javier sonrió sin poder evitarlo cuando le pregunté por Patricia, su ex novia en la historia de los Fundadores de Clubes- Todo bien con Patricia. ¿Por qué me preguntás? ¿Por lo de atrás del sillón? Era lo que teníamos que hacer... Mirá, acá está la hoja, ¿ves? Nos teníamos que besar apasionadamente – Javier me mostró el papel - ¿Qué nos vieron besándonos desde antes? No, no sé. Estaríamos ensayando – respondió Javier, con una sonrisa, y desapareció rápidamente.

Los Tres Enanos

-La pasamos muy bien, nos divertimos mucho –me dijo uno de los tres enanos.

Hay que reconocer que tienen la malicia y la burla en los ojos y me intimida un poco hablar con ellos.

-Lo que estuvo bravo fue el capítulo en el ascensor –agregó otro de los enanos- ¡Un olor insoportable! Para mí que el tal Jairo V. se desgració de verdad.

-¡Los estoy escuchando! –gritó Jairo V. desde un costado de la misma página- No digan eso porque después el lector quedará con una imagen errada de mí.

-¡Blanquealo de una vez, Jairo! –exclamó el tercer enano- ¡Nos fumigaste en serio! ¿Qué te habías comido?

Los tres enanos rieron moviendo sus hombros.

-¿Te das cuenta? -preguntó Jairo V.- Una barbaridad. A la chica del ascensor también le hicieron creer que se me escapó una flatulencia.

-Pobre chica –dijo uno de los enanos-. En el cátering todavía estaba con arcadas. A nosotros nos hicieron esa imagen de burlones, pero somos tres buenazos. El que es bravo es este Jairo.

-¿Buenazos? Eso es lo que quieren hacer creer –sonrió Jairo V.-. Cuando el de La Muerte de Balbor intentaba exhalar el humo y empezaba a toser, se creía que estos malditos iban a palmearle la espalda para que se recuperara. ¡No! Le pegaban papelitos con cada golpe: “Tocame la cola que me gusta”, “Pegame que no duele”, “¿Me escupís por favor?”. ¡Todas barbaridades!

-Dice todo eso para desviar el tema –dijo otro de los enanos-. Jairo está podrido. Si explota, adiós a la vida en el planeta –agregó, y los tres volvieron a reírse mucho y a mover sus hombros.

-No, por favor –dijo Jairo V.- ¡No sigan con esto, después los demás se lo creen! ¡De verdad!

Entonces Jairo V. hizo algo inesperado: levantó una pierna, se inclinó un poco y, enseguida, se escuchó un ruido áspero y seco. Lo miramos sorprendidos.

-¿Se dan cuenta que no tiene olor? – preguntó Jairo.

Todos nos marchamos corriendo de ahí.

-¡No se vayan! –gritó Jairo- ¡Es mínimo el olor! ¡Díganle a la chica!

Humberto José Roncalloso siempre está

Humberto José Roncalloso participó de todas las sagas del libro y es un referente obligado entre los extras literarios.

-Qué tal Humberto, felicitaciones. Me dicen que usted estuvo presente en todas las historias.

-Sí, muchas gracias –dijo Humberto-. Así es, por suerte tuve asistencia perfecta. La verdad que me divertí mucho y creo que eso es lo principal, ¿no?

-Totalmente de acuerdo. ¿Por qué no nos cuenta su participación en cada saga?

-Sí, como no. Primero aparecí en la historia de Frengdom. Cuando él empieza a gritar “¡Matemos a Dios!, ¡Matemos a Dios!” , yo soy uno de los que estaban a su lado, frente a la fogata. Ahí todos nos hacemos un poco los loquitos, armamos un pogo, nos empujamos, saltamos y gritamos. Algunos se descontrolaron un poco y a mí me quedó la espalda con unos cuantos rasguños. Pero bueno, hay que entender a los más chicos que recién están empezando y querían mostrarse.

Humberto J. Roncaloso en “Las Aventuras Literarias”

-Después de lo de Frengdom participé en “Las aventuras literarias de Luciano Valdías” –me contó Humberto con indisimulable orgullo.

-Sí –le dije-, pero ahí no recuerdo bien cuál fue su papel.

-Estaba en la Taberna de Las Palabras, en la mesa principal: “en el centro de la taberna, en una mesa grande, había un banquete entre dos payadores y algunos invitados.”

-¡Sí, sí, recuerdo la escena! –me entusiasmé- ¿Era uno de los payadores?

-No, de los invitados –respondió-. Era importante nuestro papel porque con el aplauso le sosteníamos el ambiente a los payadores. Fue una linda experiencia. Además comimos bien y me gustó esa atmósfera de peña folclórica que se generó. En esta saga, al principio, yo iba a participar como uno de los caníbales en la isla de Robinson –agregó-, pero después el papel quedó para unos amigos de Viernes –Humberto levantó sus cejas y sonrió, como queriéndome dar a entender algo-. Son cosas que pasan –terminó desestimando con las manos.

Humberto José Roncaloso con los Balbor

-Siguiendo el orden cronológico, a ver que estoy haciendo memoria, después siguió... ¡“Las muertes de Bernardo Balbor”! –exclamó al recordarlo, como si algo muy importante se le hubiese escapado por unos segundos- Tremendo. Ahí sí me tocó un papel fuerte, muy jugado. Se me pone la piel de gallina. Fue una participación muy intensa. Y eso que tuve en mi carrera otras participaciones intensas, muchas en documentos de texto que terminaron en la papelera de reciclaje del Windows. Pero esta fue brava de veras. Sucede en el final de la historia, cuando Bernardo Balbor anda por el cementerio tropezando con las cruces. Un ambiente terrible. No volaba una mosca, se escuchaba solamente el teclear del que escribía. Todo medio brumoso, se va cayendo la luz, pero no la del día, sino la luz de la vida de Balbor (y esta era aparentemente su última vida). Entonces él ve a sus seres queridos que se acercaban, a los que ya habían muerto. Ahí es cuando se lee: “en su confusión, no supo si él venía al cementerio para visitarlos o si eran ellos los que venían para visitarlo a él”. Bueno, yo era uno de los seres queridos que se le acercaban. Pude haber sido un primo o algún amigo de su juventud, no sé, no se especifica. Pero imagínese la escena. Muy fuerte. Yo le sonreía y arrastraba un poco los pies, muy poco, muy poco. Todo muy sutil. Es que tenía que interpretarse que yo estaba muerto, no que era un zombi que le quería comer el cerebro. Un papel muy comprometido. Mucha entrega, mucha entrega. Entrega física y emocional, ¿eh?. Me tuve que duchar varias veces

después de terminar la escena. Me sentía sucio, como si la muerte todavía me manchara la piel. Una experiencia muy intensa. Intensa y maravillosa. Muy loco.

Humberto José Roncalloso en Las Tres Palmeras

-Humberto, sé que se destacó también en la saga de Las Tres Palmeras. ¿Cómo fue esa experiencia? –le pregunté.

-Fue como un recreo. Nos divertimos mucho en Las Tres Palmeras. Jugábamos con los toboganes, usábamos los ascensores para apostar qué piso aparecería cuando apretábamos los botones. Lamentablemente, uno de los ascensores hubo que clausurarlo después del incidente de Jairo V. Se le fue la mano a Jairo. Más que la mano...

-¡No siga! –interrumpió Jairo V.- ¡No fui yo! ¿Cuántas veces lo voy a tener que decir? ¡Ya demostré, incluso, que no pude ser yo! ¿Cómo saben que no fue la chica, eh?

-Como sea -continuó Humberto, sin responderle a Jairo-, la verdad es que la pasamos muy bien. En esta historia mi personaje no fue tan dramático como en la de Balbor, pero tuve, de todas maneras, un alto compromiso. Participé ni más ni menos que en la Manifestación de los Psicólogos, como uno de los guardias de seguridad del Centro Comercial. Me interpongo entre los manifestantes y el local de Olvide y Recuerde. Usé unos bigotes de utilería y permanezco con el ceño fruncido y las manos en la cintura, mirando con autoridad a los que protestaban. Creo que gestualmente mi personaje fue muy sólido y se aprecia claramente lo que intentaba transmitir. Confío en que logré contribuir a la imaginación del lector.

Humberto Roncalloso con Los Fundadores de Clubes

-Indudablemente la solidez de las interpretaciones de Humberto le siguieron abriendo las puertas a las siguientes sagas- afirmé, tal vez con demasiada adulación -. Así llega a la de “El Club de los Fundadores de Clubes”. Si no me equivoco fue uno de los camareros armados que responden a Jaime, ¿verdad?

-No exactamente. En principio, es correcto, iba a ser uno de los camareros armados y estaba entusiasmado porque era un papel bastante vistoso. Pero a último momento se decidieron algunos cambios no muy profesionales, lo digo con todo respeto, y se resolvió que los camareros fueran los amigos de Viernes, los que habían hecho de caníbales. Los argumentos fueron que juntos se desenvolvían bien y que, además, daban una imagen intimidante. Intimidante... ¿Y qué clase de imagen di yo como guardia de seguridad en la manifestación de los psicólogos? Con los bigotes y el ceño fruncido lo llené de dudas a más de uno. Pero bueno, todos quieren estar en las fiestas de Viernes. Los que hicieron de camareros son sus amigos y seguramente él los recomendó. Yo sólo sé actuar, me faltan otras habilidades. A buen entendedor...

-Pero Humberto, ¿usted finalmente participó de esta saga? –le pregunté.

-Sí, sí. Soy uno de los policías que llegan con el oficial Lombardo. Fui muy profesional y entregué todo de mí como siempre. Aunque le admito que me tomé mi pequeña revancha: al momento de capturar a uno de los camareros, lo tiré al piso con bastante vehemencia y le puse fuerte la rodilla en la nuca. ¡Que me digan si no fui intimidante! Y ni siquiera tenía puestos los bigotes de utilería.

Humberto J. Roncalloso en la saga de Jeremías Poison

-Humberto, imagino que haber participado en “Jeremías Poison” también fue una experiencia muy fuerte. Dentro de este libro, se han generado algunos mitos de las cosas que ocurrieron en esa saga y hasta, incluso, se ha admitido que los que estuvieron allí les generan temor a sus compañeros de otras sagas. ¿Usted también se siente estigmatizado como un “intérprete maldito”, por haber representado un rol dentro de esa historia?

-No, no, para nada. Por suerte yo tengo una excelente relación con casi todos mis compañeros. De hecho, hace poco, hará unas seis o siete páginas, fui invitado al Bazar de Benito para festejar su cumpleaños. Una fiesta muy linda, bastante más tranquila que las fiestas de Viernes, eso sí, pero muy cálida. Gente tranquila, conversando amistosamente, sin hacer lobby ni recomendando amigos. Sabe lo que quiero decir, ¿no?

-Sí, creo que sí. Pero imagino que, de todas maneras, lo debe haber movilizado mucho formar parte de esas escenas tan fuertes y de las cosas que se cuentan que ocurrieron alrededor.

-No, en verdad fueron momentos de mucho relax para mí. Al menos, la mayor parte del tiempo. Yo era uno de “los locos de la montaña”. Así que mientras ocurría la rebelión estudiantil, las explosiones, las muertes de los estudiantes, de los profesores, el abuso al Director, en fin, durante toda esa hecatombe, nosotros estábamos en medio de la naturaleza, en unas colinas muy lindas, con días soleados y muy agradables. Íbamos seguido al arroyo, descansábamos a la sombra de los árboles. Todo muy lindo y con mucha paz. Hubo algo de nervios cuando llegó Arcagno a nuestro campamento, porque ahora era nuestra responsabilidad mantener la intensidad de la historia. Mi tarea consistía en mostrarme con una jarra yendo a buscar agua al arroyo. Y, algunas veces, pasar por atrás de Arcagno con unos canastos, mientras él era instruido por los más viejos. Lamentablemente, como las historias son cortas, las oraciones en que yo aparecía realizando esas actividades fueron recortadas a un contexto más general. En sí, mi momento de mayor impacto es cuando aparecen los helicópteros y los soldados nos empiezan a disparar. Es cuando la historia dice: “Los del campamento corrían desesperados, intentando escapar”. Yo era uno de “los del campamento”, el que sale corriendo para la izquierda. Corría tropezando y un poco torpe, por un lado porque quería reflejar la desesperación y el aturdimiento de estar viviendo ese instante crucial y, por otro, porque llevaba sandalias.

-Entiendo – comenté.

-Y le digo la verdad, aún hoy no sé por qué salí corriendo para la izquierda, cuando el protagonismo de la historia iba por la derecha, para el lado en que estaba Arcagno. Cuando escuché algunos disparos cerca, me revolqué en el piso, me llené de ketchup, agoniqué y, lo confieso, me arrastré un poco para el lado de Arcagno, tratando de posicionarme otra vez. Quedó muy realista. Recuerde que ya había participado como uno de los difuntos en la historia de Bernardo Balbor, así que ya estaba fogueado en este tipo de escenas en que había que codearse con la muerte. Lo que sí, al igual que con Balbor, también salí corriendo para las duchas apenas terminamos. Pero esta vez por el ketchup y el barro, que los tenía metidos por todas partes.

Humberto Roncalloso en “Amores y Desamores”

-Mi última participación fue en el Congreso de Amores y Desamores. La verdad es que si bien intenté mantener mi rigor profesional, no me preparé lo suficiente para esta saga. Además, físicamente no estaba entero. Tuve un esguince de muñeca en la historia anterior, cuando me arrastraba para el lado de Arcagno. Si le interesa, le muestro mi participación en el Congreso. Sucede en el siguiente párrafo:

“Ya fuera del escenario, Victorio se alejaba por un pasillo, saludando a algunas personas, cuando una mujer le tomó del brazo”.

Yo era una de las personas a las que saludaba. Como le dije, acá mi performance no estuvo a la altura de las anteriores. En el momento en que Victorio caminaba por el pasillo, me acerco y le doy la mano. Ahí el esguince me quita naturalidad al movimiento y no calculo bien la distancia y el ángulo, por lo que mi mano llega muy floja, muy laxa, a la mano de Victorio. Claramente tendría que haber sido un apretón fuerte y efusivo, ya que mi papel era el de un admirador. Por suerte me salvó el oficio: le planté una sonrisa y con un movimiento de cabeza logré acentuar el saludo. La escena quedó equilibrada y la dejaron escrita así. Pero para ser honesto, el párrafo ya venía mal barajado: la mujer que le toma del brazo a Victorio también calcula mal la distancia y el ángulo. Yo no sé si es por la altura de Victorio o que es algo lento para moverse y nos deja descoordinados, no sé. La cuestión es que el gesto de la mujer quedó algo tosco. Pero estaban todos bastante cansados y lo dejaron así.

Verónica y Luciano

Le agradecí a Humberto J. Roncalloso su amabilidad y él también se mostró agradecido (y sorprendido, me confesó que creyó que la nota iba a ser realizada a los amigos de Viernes).

Tuve la oportunidad de cruzarme con Verónica, la joven a la que Luciano Saldívar le roba un beso en “Las Aventuras Literarias”. Ella me cuenta:

-Hubo que escribir nuestra escena varias veces. Es que Luciano empezaba con lo de “me gustas tanto. Cuando ríes, cuando hablas, cuando te enojas” y no podía seguir porque se tentaba.

-¿Por qué? –pregunté.

-Porque decía que era de culebrón. Él quería decir “sos linda, Vero. Estás muy fuerte”. Pero le decían que se mantenga en el español neutro.

-¿Y usted que hacía?

-Nada –respondió -. Yo sólo le decía: “Dale, boludo. Ponete las pilas. Están esperando los Balbor para empezar su historia”

-¿Y él le hacía caso?

-No, el caradura me miraba y me decía: “estás fuerte en serio, Vero”. Un boludo, se hacía el canchero. Pero es re lindo. Yo me hacía la ofendida, pero mucho no me salía. Al final se aguantó la risa y pudimos dejar la escena escrita. Y te cuento algo: en el guión original yo me doy media vuelta y me alejo con pasos rápidos y cortos. Debía quedar escrito así: “Verónica dobló por la esquina sombreada y Luciano la perdió para siempre de su vista. Luciano quiso creer que tal vez esa esquina fuera como la Librería Mágica. Quizás Verónica estuviera ahora viviendo quién sabe que aventuras. Y algún día, tal vez, esa esquina apareciera en otra calle. Y volviera Verónica victoriosa a

reencontrarse con él”.

-Pero la verdad –siguió contándome-, es que cuando llegué a la esquina ya lo extrañaba. Luciano besa muy bien. Así que no aguanté, me di vuelta, lo miré y sonreí. Luego me recompuse y me fui haciéndome la indiferente. ¡Nadie me dijo nada y dejaron la escena cambiada!

Verónica se rió con frescura y naturalidad. Es joven y todo en ella es frescura y naturalidad. Me despedí con un beso y le dejé saludos para Luciano.

El Director

Estaba llegando al final de la página cuando sentí que alguien me chistaba desde uno de los márgenes. Al voltear, vi asomándose medio cuerpo desnudo del Director.

-¿Qué hace? –le pregunté sobresaltado.

-Estoy desnudo –me respondió-. Me robaron la ropa. Desde que terminó “Jeremías Poison” que ando escondiéndome. Le pedí ayuda a un tal Pablo y me dijo que no me preocupe, que ya me anotaba en su Club del Sexo y el Buen Vino. ¿Me ayuda?

No los vi, pero escuché unas risitas inconfundibles. Supe que los tres enanos tendrían algo que ver.

Por suerte, encontré a Camilo, el del Club de Los Disfrazados, que me dio unas ropas de payaso para el Director.

Arcagno

-La violencia siempre está latente –me dijo Arcagno-, es un instinto primario. Es la educación la que nos contiene. Y el temor. No soy sociólogo ni nadie autorizado para opinar, pero lo ves en la calle: el hombre es un depredador. Te dicen que matar está mal, pero si matás en la guerra está bien. Lo que cambia es el switch de la justificación, pero esa fuerza primitiva está latente en el ser humano. Depende de la circunstancia te pueden sancionar o condecorar. ¿Y si la educación cambiara? ¿Y si matar ya no estuviera mal? ¿Si los paradigmas culturales fueran diferentes?

Asentí con la cabeza lentamente y achiqué los ojos. Puse mi mano en el mentón e intenté un gesto pensativo. Finalmente dije:

-Para ser honesto, Arcagno, creo que no lo entiendo.

-No importa –sonrió Arcagno -, yo también me pierdo un poco con esto –ahora su mirada era más serena y no sentí que me hiciera retroceder con sus ademanes apasionados -. Es que esta historia nos dejó a todos vibrando. Estoy esperando recuperar mi tono –me dijo. Otra vez no tenía mucha idea sobre qué me estaba hablando.

-Conversando con algunos compañeros suyos, me contaron que se creó una atmósfera especial sobre la saga de “Jeremías Poison” y que muchos sienten cierto temor ante ustedes.

Arcagno comenzó a reír y a aplaudir sus muslos.

-¡Hasta a nosotros nos dio miedo! – Arcagno seguía riéndose -. Andar con el Director desnudo y llevándolo de la correa asusta a cualquiera – me dijo- ¡y es bien feo el hombre, eh! Cuando compartía escena con él y le veía todos esos pelos en la espalda, ¡se me olvidaban las líneas y me quedaba balbuceando! Ni hablar cuando me encuentro con la madre de Ricardo y su collar de

penes... En ese momento camina hacia mí, blandiendo su cuchillo, y me dice toda cantarín: “Arcagno querido, a qué no sabés qué vengo a buscar” y me mira la entrepierna. ¡Salí corriendo! Me tuvieron que ir a buscar con los Mandrones para traerme de nuevo. Estaba cruzando a nado el Aqueronte, el de “Las Aventuras Literarias”, cuando me encontraron y me explicaron que era una broma.

Luego de reír unos instantes, Arcagno tomó aire. Quizás estuviese encontrando su tono.

-La historia se hace violenta, pero también da lugar para pensar –me dice más reflexivo.

Asentí lentamente con la cabeza, achiqué mis ojos y puse mi mano en el mentón.

Definitivamente, pensé, me favorecía la imagen de intelectual.

Pepe Grillo

Al que encontré muy contento, tarareando una canción mientras hacía girar su paraguas fue a Pepe Grillo.

-¡Pepe! –exclamé -¡Qué alegría ver que está sano y salvo!

-¡Por supuesto! –se sorprendió Pepe Grillo -¿O acaso creyó que me iban a aplastar en serio para escribir una historia?

-Es que cuando Pinocho mostró la suela, lo vi aplastado –intenté justificarme.

-Un truco literario –me explicó -. La suela, en verdad, estaba hundida con la forma de mi figura. Es decir, mi cuerpo estaba dentro de la suela, por eso parezco aplastado. Yo estaba bien sujeto por un traje de abrojos. Costó que me sacaran, le confieso. Pero más allá del agujero en la suela, como usted bien sabe, para que un truco literario tenga efecto, depende casi exclusivamente de la imaginación del lector. Veo que usted tiene una imaginación influenciable, muy apta para los trucos literarios.

-Sí –afirmé, con cierta duda sobre la intención de lo que me estaba diciendo -¿Entonces con Pinocho la relación es buena?

-¡Por supuesto! –respondió entusiasmado-. Estoy muy orgulloso de Pinocho. Representó muy bien su papel. Justamente ahora vengo de la oficina de Recursos Humanos, para ver que le contabilicen los extras. No sé si usted sabrá, pero no estaba establecido inicialmente que Pinocho entrara al infierno. Así que esa escena es un extra que debe cobrar.

-Veo que cuida a su amigo –le dije.

-A mi representado –respondió -. Hace tiempo que tenemos con Pinocho una excelente relación contractual, de la que yo percibo un módico 15%. El porcentaje debió ser más alto, pero estando yo en la suela de su zapato él tenía la ventaja para negociar.

-Ajá –murmuré, mientras asentía lentamente con mi cabeza, achicaba mis ojos y... Pepe Grillo se marchó en ese interín, revoleando su paraguas. No pudo apreciar, en su totalidad, mi esmerada pose intelectual.

Carlo Antonio Prophecus y la despedida final

Encontré a Carlo Antonio Prophecus de la mano de Bruno, su prometido, y me acerqué para solicitarle que conversáramos un poco.

-¡Ay! –gritó al verme- ¡Qué lindos ojos tenés, bombón! ¡No me provoqués que estoy casada!

Me sentí halagado y le dije que solamente quería que habláramos un poco.

-Impossible now! –exclamó con su sonrisa encantadora.

-Pero... -quise explicar una vez más.

-¡Pero nada! –me interrumpió -¡Sos una loca insistidora! Ahora no podemos hablar porque es el momento de nuestro show final –chasqueó sus dedos, comenzó un juego de luces, luego irrumpieron los acordes iniciales de una canción y la página se llenó de personajes. Algunos levantaron en andas a Carlo que empezó a cantar:

Carlo: -Todo dura un instante nada más: un instante de pena, un instante de vida, un instante de felicidad

Bruno: -Amar también dura un instante, el mejor instante, el que dura una eternidad

Carlo: -Todo es breve, rápido y fugaz. La música dura un instante, un instante para bailar.

Otelo: -Disfruta lo que tienes porque un día ya no lo tendrás.

Hamlet: -Disfruta lo que eres porque un día ya no lo serás.

Aparece la calavera de Yorick, sobre la mano en alto de Hamlet, y canta: -No lo serás, ya no lo serás, no lo serás.

Aparecen las cabezas de los estudiantes de la revuelta de Arcagno, flotando a los costados, iluminadas y sonriendo, cantan: -No lo serás, ya no lo serás, no lo serás.

Virgilio: -Deja tus rencores, deja tus cargas y aprende a respirar

Verónica: -A respirar el aire que infla tus instantes con lo que te quisieras llevar

Los Balbor: -Vivir mil vidas y mi veces amar. Vivir mil instantes que te quisieras llevar

Los Fundadores de Clubes: -Comienza algo nuevo y déjalo terminar, son sólo instantes que vienen y se van

Superyó: -Une tus instantes, únelos a los demás, sueña tus instantes, sueña con los demás

Desdémona: - Perché la vita è fragile, è fragile, è fragile

Yorick : -Y concluirá, adiós, se va

Cabezas: -Se va, se va, se va

Desdémona: - Perché la vita è fragile, è fragile, è fragile

Yorick : -Y concluirá, adiós, se va

Cabezas: -Se va, se va, se va

Victorio Mambetini: -Se irán tus instantes y ya no se repetirán, se irán tus instantes, se irán, se irán

Benito Tolber: -Pero algo dejarás, algo quedará, quedará algo de los instantes que se van

Drácula: -Tu amor quedará, tu amor quedará, tu amor quedará

Milena: -Quedará en el recuerdo de los que supiste amar

Frengdom hijo y Desdémona: -Perché la vita è fragile, è fragile, è fragile

Viernes y los Caníbales: -Disfruta lo que tienes porque un día ya no lo tendrás

Dr. Jekyll y Mr. Hyde: -Disfruta lo que eres porque un día ya no lo serás.

Dorian Gray: -Todo dura un instante, un instante nada más.

Pinocho y Pepe Grillo: -un instante de pena, un instante de vida, un instante de felicidad

Desdémona y Director (vestido de payaso): -Perché la vita è fragile, è fragile, è fragile

Los Tres Enanos: -Y concluirá, adiós, se va

Yorick y Cabezas: -Se va, se va, se va

Todos: -Pero algo dejarás, algo quedará, quedará algo de los instantes que se van. Tu amor quedará, tu amor quedará, tu amor quedará. Quedará en el recuerdo de los que supiste amar. De los que supiste amar. De los que supiste amar. Tu amor siempre quedará.

Temblor de luces, la música crece, se apaga y final.

Carlo se abrazó a Bruno, con muchas lágrimas y mucha emoción. Me pareció ver al Balbor de veinti tantos acercándose a la Milena de su edad. Humberto José Roncalloso rápidamente se paró al lado de Carlo y Bruno, que era donde estaba más iluminado. Vi besándose a Verónica y Luciano. A Otelo y Desdémona abrazándose, tal vez para siempre. Muchos abrazos y muchos besos. Muchas risas y festejos.

De pronto, Pinocho subió a lo más alto del escenario con una copa en su mano y con Pepe Grillo en su hombro.

-Amigos –dijo-, quiero brindar por todos ustedes. ¡Este fue un gran libro!

Inmediatamente, todos miraron su nariz.

FIN



CARLOS A. BOCARDO, Nació el 16 de enero de 1.968 en Villa Ballester, Buenos Aires, Argentina. Egresado de la Escuela Superior de Periodismo, escribió en diferentes medios gráficos y fue colaborador del diario La Nación.

Es autor de dos obras de teatro: "Busco novia argentina. El Diablo" y "El poeta y las putas".
Autor del libro: "Fragile Vita. Cuentos encadenados".